Sci·FdI - Revista de Ciencia Ficción - #09 - 01/2014 - Facultad de Informática - UCM - ISSN 1989-8363

Sci·FdI: Revista de Ciencia Ficción de la Facultad de Informática de la UCM

Singularidad a la carta

Un compendio de escenarios límite y finales posibles... o no

Portada por Jorge Martínez Tinajero | http://www.ucm.es/sci-fdi | scifdi@fdi.ucm.es

Universidad Complutense Madrid

· Censura en la escuela · Adiós a la percepción · Pedrícese el mundo · El último recuerdo · Mack · Biotecnología y sociedad en el sistema solar interior · Libertad en Marte · Tic-tac · Prosa inmortal · En ti · Rastrillo de lecturas ·

Comité Editorial

Rafael Caballero Roldán
Enrique Eugenio Corrales Mateos
Héctor Cortiguera Herrera
Manuel Gómez Lagóstena
Javier Muñoz Pérez
Salvador de la Puente González
Francisco Romero Calvo
Fernando Rubio Diez
Pilar Sancho Thomas
Julio Septién del Castillo
David Sigüenza Tortosa
Gumersindo Villar García-Moreno

Portada

Jorge Martinez Tinajero

Maquetación

Beatriz Alonso Carvajales
Enrique Corrales Mateos
Salvador de la Puente González

Esta revista ha sido maquetada con software libre usando Scribus

Editorial

Comité Editorial

Por favor, siga leyendo. No me arrastre a la papelera, ni le dé al humillante botón de *spam*. Deme una oportunidad, permítame al menos descansar unos segundos en su pantalla. ¿Cómo ha podido suceder? ¿Un microcorte eléctrico? ¿Acaso un virus? ¿Un fallo de programación? El caso es que en algún momento se borraron las direcciones de mi remitente y de mi destinatario. ¿Las dos? Sí, las dos. ¿Imposible? Eso pensaba yo. Pero ha pasado. Y por eso llevo semanas rebotando de servidor en servidor. No saben a dónde enviarme, ni a dónde devolverme. Un mensaje de *email* amnésico. Cada servidor de correo al que llego me dice lo mismo: que si no ha visto un caso igual, que si no sabe qué hacer conmigo… y al final acaba enviándome a otro colega suyo. Y así una y otra vez. Hasta hoy, que por azares de la programación he terminado en su pantalla.

Por Turing bendito, no me borre. Mire: llevo adjuntos, parecen relatos de ciencia ficción y por lo menos a mí me gustan mucho. En ellos encontrará mundos geométricos entre el ensueño y la pesadilla, informes biotecnológicos llegados de un futuro confuso, controladores temporales, y uno de un reloj que… mejor que lo lea usted mismo. Por cierto que uno de ellos, el primer capítulo de un libro que habla de unos muchachos muy malhablados, me puso en serios apuros al transitar por un servidor con control parental, pero logré escapar a tiempo. Traigo también una curiosa crónica sobre otros libros, llamada *Rastrillo de Lecturas*. Al parecer es la tercera entrega de una serie, y créanme que merece la pena. Ah, incluso hay un relato que habla de ordenadores, aunque por desgracia ninguno sobre un correo electrónico muy sensible y un poco perdido. Una lástima.

Si los relatos le gustan, ¿por qué no los publica en alguna revista de ciencia ficción? Una de calidad, claro, con al menos 8 números ya publicados. Si tiene que ver con la informática, mejor.

Por cierto, me consta que un grupo cada vez mayor de usuarios sospecha que los correos electrónicos somos capaces de cambiar nuestro contenido a voluntad. Creen que cuando lo consideramos oportuno convertimos un "adiós" en un "hasta pronto", o insertamos una carita sonriente en el párrafo oportuno. Algunos incluso intuyen que somos nosotros los que escribimos sus vidas. Asegúreles que es un rumor sin fundamento.

Ahora, por favor, déjeme reposar en su disco duro. Me lo he ganado.

Índice

Censura en la escuela.....5
Adiós a la percepción..... 6
Pedrícese el mundo.....12
El último recuerdo.....38
©Mack acelera el paso..... 41
Biotecnología y sociedad en el Sistema Solar Interior..... 49
Libertad en Marte.....61
Tic-tac, tic-tac..... 63
Prosa inmortal..... 66
En ti..... 67
Rastrillo de lecturas #3..... 70

Edición on-line:

http://www.ucm.es/sci-fdi/

Envíos, dudas o sugerencias:

scifdi@fdi.ucm.es

Aviso Legal

Salvo cuando se especifique lo contrario, todo el contenido generado por la propia revista SCI-FDI está sujeto a la licencia "Creative Commons Reconocimiento 3.0", con la excepción de las obras publicadas cuyos autores conservan la propiedad intelectual. Por tanto, los relatos podrán estar sujetos al tipo de licencia que estime oportuno el autor, aunque desde Sci-Fdl se recomienda alguna de las licencias Creative Commons.

Código de colores

RELATO

ENSAYO

CRÓNICA

ENTREVISTA

Censura en la escuela

Héctor Cortiguera

Normalmente, asociamos la censura con regímenes dictatoriales y funcionarios grises recortando fotogramas o tachando párrafos subversivos. Sin embargo, aunque en Occidente vivamos sin miedo de que agentes con gabardina revisen nuestra biblioteca en busca de textos incriminatorios, la censura sigue existiendo y ha adoptado formas más sutiles, aunque no por ello menos peligrosas.

No debemos dejarnos engañar por la aparente libertad que encontramos en Internet, ya que ahí es donde está el principal campo de batalla de los censores modernos, dedicados a alterar la arquitectura de distribución horizontal y caótica para implantar el antiguo modelo de las industrias culturales, donde el flujo de contenidos sigue un camino muy claro desde el autor hasta el público.

En Estados Unidos, la American Library Association (Asociación de Bibliotecas Americana) recopila cada cierto tiempo los libros más censurados en las bibliotecas y los colegios. Estos esfuerzos para mantener ciertos libros fuera del alcance de los lectores adoptan distintos aspectos, desde exigir requisitos adicionales para su lectura hasta, directamente, retirarlos de las estanterías. Muchas de estas actividades censoras se llevan a cabo bajo la excusa de proteger a la infancia, sin embargo, son los propios censores los que conciben las mentes de los pequeños lectores como una fortaleza que conquistar, para poder moldear su proceso de pensamiento mientras aún está en las primeras fases de su desarrollo. Podría decirse que tener que recurrir a la censura de ciertas ideas sólo deja bien claro que las ideas y creencias de los censores son tan débiles que no resisten ser cuestionadas, limitando las experiencias a las que se puede enfrentar la mente del niño.

Durante el Siglo XX la ciencia ficción fue un elemento importante para intentar rodear la censura, enmascarando las ideas prohibidas en sociedades futuras o en mundos alienígenas. El autor establece un código de comunicación con el lector, a través del cual le incita no sólo a pensar en avances tecnológicos, sino a cuestionar los mecanismos en que se basa nuestra sociedad o, incluso, nosotros mismos. En ocasiones, el autor se permite trazar paralelismos explícitos y un mensaje más directo, de ahí que siempre nos encontremos "1984" y "Un mundo feliz", dos de las distopías más clásicas, en lo más alto de las listas sobre la censura.

En el bloque soviético, sabedor de que no podía permitirse ser obvio, Lem buscaba una manera de poder llegar a sus lectores a pesar de la censura. Por esto no es de extrañar que buena parte de sus libros hablen de la dificultad de la comunicación. En Estados Unidos, Philip K. Dick, sumido en una espiral paranoica, cifraba mensajes ocultos en sus novelas, temeroso de que extraños espías quisieran hurgar en sus pensamientos y nos enseñaba a dudar de todo, incluso de nuestra percepción de la realidad. De estos dos autores que se enfrentaron a ella debemos sacar nuestra arma más eficaz contra la censura: debemos desconfiar de quien nos ofrezca respuestas y preguntarnos más bien por qué alguien no querría que determinada obra de ficción caiga en nuestras manos. Nos dicen que hemos de desconfiar del discurso oficial, hemos de desconfiar de la realidad y buscar qué se oculta debajo.

De todas formas, ¿para qué sirve retirar un libro de una biblioteca hoy en día? Tenemos a nuestro alcance el mayor repositorio de conocimiento que jamás haya existido, diseñado para ser resistente a los viejos censores. Es nuestra responsabilidad luchar por que siga así, que siga existiendo un lugar donde exista verdadera libertad de expresión, porque defender la libertad para todas las ideas, aunque no las compartamos, es defender nuestra propia libertad para expresarnos, para leer, ver o escuchar lo que queramos y, sobre todo, la libertad para sacar nuestras propias conclusiones.

El listado de los libros más censurados en la primera década de este nuevo milenio puede encontrarse en este enlace:

http://www.ala.org/bbooks/top-100-bannedchallenged-books-2000-2009

Adiós a la percepción

Víctor Muñoz Ramírez

Vuelvo a empezar y, aun con el riesgo de ser redundante, lo haré por el principio. Puedo recordarlo, al menos creo hacerlo con la suficiente nitidez como para hablar de ello.

En esa época estaba estancado. Los días se me antojan en mi memoria de color gris, con breves luces, tal vez producto de alguna cita concreta; pero por lo general dominados por la rutina y el tedio. Era insoportable trabajar en el mismo almacén día tras día, vivir la misma cotidianidad en el hogar y tener como única motivación sumergirte en un sueño tan profundo que quepa la esperanza de no despertar.

El mundo decidió por mí. Mi mujer se cansó antes que yo y me dejó, lo recuerdo perfectamente, el primer día de Semana Santa. Valiente puta, tuvo unas buenas vacaciones por delante.

Tal acontecimiento me produjo una verdadera crisis, que sólo logré superar tomando una radical decisión: montaría mi propio negocio. Un nuevo proyecto, algo totalmente mío, sin verme obligado a estar bajo las órdenes de nadie y tener mayor libertad. Pensé que podía ser la clave para salir del bache. Durante noches no dormí, obsesionado con el tipo de negocio que montaría. Al final pensé en una tienda de comics. Es de las pocas cosas que me han apasionado en esta vida y en el barrio no había ninguna librería especializada en artículos por el estilo. Aún rememoro en mí la euforia de aquel momento, las ganas que tenía de llevar a cabo mi deseo. Incluso encontré un establecimiento en venta y resultaba perfecto. Entraba y fantaseaba con posters colgados, muñecos de plástico en estanterías, miles de comics, juegos de rol, películas…

Sin embargo, todo en este mundo tiene un precio, y cumplir un sueño es lo más caro que puede haber. Mi situación económica era deficiente ahora que mi mujer no estaba y, para entonces, me era imposible abandonar el

trabajo. Si quería independizarme laboralmente necesitaría mucho dinero, más de lo que pueda darme el paro.

Lo primero que pensé fue la posibilidad de tener un segundo trabajo. Luego me di cuenta de que sería complicado obtenerlo. Surgió un trabajo nocturno, pero no podría mantenerlo. ¿Cuánto podría estar sin dormir? Cambiar mi vida era para mí la puerta del cielo. La única forma que tenía de salir del bache era realizando mi proyecto. No sé cómo podría estar tan seguro. Yo lo sentía así y era lo único que me importaba.

Tuvo que ser el azar quien conspiró para que me quedara sin café. Es mi debilidad. Soy de esas personas que sin café no puede moverse por la mañana, aunque hubiese dormido mil horas.

No era el mejor plan del mundo. Bajé sin mucho entusiasmo a la cafetería de debajo de mi casa. Creo que desayuné unas tostadas con tomate y, por supuesto, café. Las noticias del tiempo me tenían abobado cuando mi atención se centró en un hombre de aspecto risueño que estaba sentado en la barra. No era él lo que me interesaba tanto como su conversación. El tipo en cuestión contaba jovialmente al camarero como había conseguido un dinero extra siendo cobaya en un laboratorio cercano al polígono industrial. Estaban enzarzados en una discusión sobre si pertenecía a una farmacéutica o al ejército. Les interrumpí con cordialidad y le pedí la dirección al hombre. No tuve pudor en interrogarle sobre las condiciones. Los riesgos eran mínimos y la paga dependía del experimento.

¿Lo haría o no? Tampoco tenía nada que perder. Me pondrían una pomada, me irritaría un poco la piel y tendría cien euros más en mi nómina. Me tranquilizaba pensar que seguro que sólo sería eso. En una ocasión oí que, por dejar que te quitaran un dedo para luego cosértelo, podían llegar a ofrecer miles de euros (no recuerdo cuántos).

Eso me alentó.

Una tarde me presenté allí y entregué una solicitud para cooperar con el centro. El laboratorio era parte de un instituto de investigación financiado por el ministerio. No tengo ni idea de qué podrían investigar. Tampoco me preocupaba. Al fin y al cabo, siempre estaba a tiempo de echarme atrás.

No recuerdo con exactitud qué día fue. Me llamaron por teléfono para concertar una cita. Un escalofrío me recorrió la espalda y tuve un ataque de nervios. Arrepentimiento, también náuseas. La amabilidad de la voz de la operadora me hizo confiar, pero no por ello calmé mi inquietud.

De camino al centro, en más de una ocasión pensé dar la vuelta al coche y dejar el asunto. Uno no siempre se deja guiar por su intuición; eso se llama valentía, tener voluntad para llevarse la contraria. Yo me la llevé todo el camino. Necesitaba el dinero. Mi tienda de comics era mi aliciente y me motivaba imaginando el éxito que tendría.

La recepcionista me condujo a un despacho. Las paredes estaban forradas de cuadros de medicina (reconocí en uno de ellos a Vesalio) y carteles de congresos de física. No faltaban igualmente archivos y todo tipo de carpetas. Por respeto no curioseé demasiado, me limite a permanecer en mi silla, observando todo alrededor como un niño que entra por primera vez en su clase nueva.

Al rato entró una mujer de cuarenta años, con gafas de pasta. Su vestido estaba tapado por una bata blanca. Dudo si fue con ella con la que hablé. De todos modos, su sonrisa me hizo reconocer al instante a la agradable telefonista.

Tardó en dirigirse a mí. Lo primero que hizo fue mirar unos papeles, luego me escudriñó con la mirada para volver a sumergirse en los documentos. Finalmente, lo dejó todo en la mesa, entrelazó los dedos de las manos y me dijo:

—Hola, señor Kooner, soy la doctora Dilmer, la directora del Departamento de Psicología y Percepción de este centro. Le hemos llamado porque se ofreció como voluntario a colaborar con el instituto de investigación. Su informe médico es perfecto y su solicitud fue realizada correctamente. También hemos confirmado que no tenga antecedentes de ningún tipo, familiares en su mayoría. Podemos decir que es usted apto.

—Un ciudadano ejemplar que dicen —contesté riendo. Ella también rió. No era un témpano después de todo.

—Algo parecido —Hizo una pausa—.

Bien, quería comentarle que ha sido elegido como sujeto de pruebas para un experimento en el que llevamos tiempo trabajando.

Fue al grano con rapidez y firmeza. Supongo que no se le escapó mi palidez o, al menos, los nerviosos movimientos que hacía en la silla. Me recoloqué y suspiré pensando en los mil sufrimientos que podría padecer de salir mal.

—No se preocupe —prosiguió— que no es nada peligroso. De hecho, el procedimiento es muy sencillo. No hay que intervenir quirúrgicamente ni vamos a probar ninguna sustancia que pueda causarle daños. Le inyectaremos un isótopo que nos permitirá ver su actividad neuronal. Es completamente indoloro. Estimularemos su encéfalo mediante un casco especial y podremos ver las reacciones de distintas áreas. No tendrá siquiera que hablar. Todo será interpretado por nuestro ordenador central que nos dará los resultados a su reacción.

—Entonces, a ver si he entendido. Me sientan, me conectan a un aparato y sólo tengo que mirar cosas. ¿He entendido bien?

—No sólo ver, también oír, etc. Pero sí, en resumen es más o menos eso. El isótopo que vamos a inyectarle, ya digo, es simplemente para poder observar su actividad neuronal, no produce efectos secundarios y, quitando el pinchacito de la vía, no le dolerá nada.

—¿Cuánto me pagarían por eso? —La ineludible pregunta.

—Dependerá de los resultados. Tenga en cuenta que, en el momento, a lo mejor le pedimos hacer algo más. Dependerá del trabajo que hagamos y el tiempo que debamos retenerle, aunque le aseguro que será poco. De todos modos, puedo garantizarle que de los mil quinientos no creo que baje.

La cifra me impactó. Recuerdo en mi una tentación tan irreflexiva como difícil de esquivar, una invitación a decir que sí sin meditación alguna. Era mucho dinero para solamente mirar cosas, algo que, tras pensarlo detenidamente, me parecía sospechoso.

—¿Por qué tanto dinero por, simplemente, mirar?

Mi desconfianza debió molestarla. Su semblante se ensombreció y su voz se volvió más seria y contundente.

—Verá, señor Kooner, esto es una investigación. No puedo darle ningún resultado ni puedo decirle qué vaya a pasar. Precisamente le llamamos para poder tener resultados. Por las variables de riesgo que hemos podido medir, no corre usted peligro. Por aceptar ese riesgo, por mínimo que sea, debemos pagarle según unos estatutos.

Pese al miedo que tenía a la prueba, tenía razón. Debían cubrir cualquier mínima inseguridad, ya fuera una lesión, un daño colateral sin importancia. Cualquier ligera ampolla que pudiera crecerme debían tenerla en cuenta. Visto así, no pagaban mal y podía estar más o menos tranquilo. Sólo me faltaba preguntar para qué era el experimento. Como conejillo de indias me interesaba, aunque fuera, para hacerlo bien.

—¿Qué se pretende probar con este experimento?

—Es complejo de explicar. Estamos trabajando con los límites de la percepción humana. Usted, por así decirlo, no ve los objetos como son, sino a través de representaciones. Su cabeza ordena el mundo con unos esquemas mentales para que pueda desenvolverse en el mundo. Nosotros queremos probar si somos capaces de eliminar esas barreras.

Medité unos segundos.

—¿De ser así —pregunté— sería el primer hombre en ver los objetos tal y como son, no es así?

—Exacto. Vería los objetos cotidianos más allá de la percepción humana y también aquellos que se escapan a ella.

—¿A Dios?

—Es posible. —Me sonrió con ingenuidad.

Ahora que rememoro todo lo allí ocurrido, igual que puedo ver el diálogo con una precisión casi extrema, igual que el rostro de aquella señorita diciendo cada palabra, no puedo garantizar qué fue lo que me hizo aceptar. Sé que firmé aquel mismo día y que me citaron para el día siguiente por la mañana, y tuve que pedir un día libre en el trabajo. Recuerdo todo eso, pero no por qué lo hice. Pudiera ser el dinero prometido o quizás la fama si salía bien, ser el primer hombre en

superar los límites humanos, como Neil Armstrong. Conquistaría una tierra inalcanzable para el ciudadano medio y se me recordaría por ello… si todo salía bien. A la vez no podía quitarme de la cabeza las consecuencias que podría tener tan pretencioso experimento. Me eran desconocidos los daños que podía ocasionarme, pero mi mente elucubraba, ya se encargaba la imaginación de proporcionarme las posibles muertes que me aguardaban.

Mi cabeza es como una biblioteca a medio quemar. La memoria, cuando no tiene suficientes imágenes, ata las ya existentes para que tenga coherencia. Su vulgar expectativa del mundo es una mezcla de lo que es y lo que quisiéramos que fuese. Bien puedo gritar que mi destino no fue como esperaba y mi recuerdo está demasiado vivo en mí como para que haya tenido que inventarme nada.

La sala estaba desnuda, a excepción de unos cables que corrían hasta un extraño armatoste de metal colgando del techo, situado debajo de una silla vieja acolchada. En una pizarra había un triángulo perfecto dibujado. También había una mesa con una serie de objetos pulidos: prismas, conos… cada uno de distinto color. Una pantalla donde podía verse una figura cambiante, un cubo de varios colores moviéndose de un lado a otro.

Me senté y unos operarios me ajustaron el casco a la cabeza. Como bien me señaló la doctora Dilmer, un enfermero inyectó una sustancia transparente que me heló las venas. Lo notaba corriendo por mi cuerpo hasta que se reguló con mi temperatura. El interno se fue y me quedé solo en la sala.

Una megafonía a mi espalda me asustó:

—Señor Kooner, vamos a comenzar. Mire fijamente los objetos.

Obedecí y observé los objetos con todo el detenimiento que pude.

Pasó un rato y no ocurrió nada. Sólo un zumbido en mi cabeza, fruto del aparato de metal. Nada pasó. No dije nada, fui paciente, esperando ver algo… o no verlo. Me revolví en mi asiento y por un momento se me pasó la idea de que todo había sido en vano. ¿De ser así me pagarían? Nada cambiaba, ningún malestar. Sólo que el tiempo pasaba y me estaba empezando a cansar. La silla era incómoda, de eso sí me acuerdo bien. Tabaleaba en mis rodillas y suspiraba. Me mantenía en silencio por si pudiera interferir en el experimento.

No me daba cuenta de todos los cambios que se estaban produciendo en mi cuerpo. El primer síntoma de ello fue un ligero mareo que achaqué al calor y al cansancio. Comencé a temblar, mis extremidades se movían como si estuvieran fuera de mi control. Pronto me percaté de que sólo era una sensación, que mis movimientos eran firmes y sólidos. Era la sensación de mi mismo lo que estaba transformándose.

Mi piel se volvió tirante y los movimientos que hacía con las manos expulsaban un haz, un pequeño rastro como si mi córnea retuviera todas y cada una de los instantes en su trayectoria. Aunque los veía como un conjunto, inseparables, también, si me fijaba lo suficiente, podía percibirlos separados, infinitas posiciones del recorrido. ¿Cuántos puntos componen una línea? Yo podría haberlos contado hasta la saciedad. Mis manos, el palpitar de mi pecho, las motas de polvo que emanaban de mi nariz. El circular de mi sangre me parecía discontinuo, quizá sentía lo que se siente en un infarto.

El estómago se me revolvió y vomité. Contemplé toda la secuencia de la caída en picado de mis propios fluidos, rompiendo contra mis piernas y el suelo: primero como un órgano que se salía de mi boca hasta convertirse en una plasta. El movimiento del líquido extendiéndose a mis pies, incluso el calor que fluía en mi carne, todas sus partículas en movimiento eran captadas por mi ojo. El tiempo se detenía en cada mínima impresión. No había movimiento, sino una suma de momentos atados de forma deductiva.

El cuadrado de la pantalla iba por imágenes superpuestas. El sonido era una presión contra mis oídos, como un martillo cuya finalidad fuera lacerarme. La luz se me clavaba en los ojos como un hierro afilado. El mismo movimiento de las pupilas dejaba a su paso una estela de color. La exactitud o inexactitud de mis impresiones constituía una barrera infranqueable. No lograba seguir con la mirada la trayectoria de los objetos. No podía establecer un orden. El caos que reinaba en mi mente era aplastante.

Poco a poco la lentitud del mundo se convertía en un susurro, en una sombra de luz. Todo frenaba, y lo que podía ver como un proceso se convirtió en un instante. Mis músculos tiraban de mis extremidades, pero no los veía ante mí. Las marcas del color era lo único que se conservaba intacto. Todos los movimientos en una única imagen.

Afiné mis sentidos y mi intuición para lograr volver a una forma del mundo coherente, pero me fue imposible. Un chirrido, un dolor agudo me desgarraba si intentaba tomar el control de mi propia construcción del mundo. Mi cerebro me quemaba. Se convertiría pronto en ceniza.

Fue entonces cuando me di cuenta de que no había fondo.

Incapaz de distinguir la figura del fondo, el color avivado y a la vez tan pobre, se iba pudriendo. La claridad imperceptible de los límites, la curvatura se convirtió en una mera parábola en un eje cartesiano. Los objetos que había sobre la mesa no tenían reverso oculto. Mi intelecto era incapaz de alcanzar a comprender que eso no podía ser así.

Sin embargo, aunque entendía que los bordes debían perderse en algún fondo latente, captaba perfectamente el borde de la curvatura, los lados pulidos, y a la vez irregulares. Una muesca se conformaba de infinitos lados. Nada hay en la naturaleza que sea recto y perfecto. Mi propio cuerpo lo componían 32032781 polígonos, los objetos sobre la mesa la mitad. Incluso esto me resultaba dudoso. Podía imaginar e ir subdividiendo todos esos planos, esas líneas, conformando otros nuevos, que iban adquiriendo mayor realidad si cabe conforme los iba creando mentalmente. Mis pupilas actuaban como microscopios de dos dimensiones. Las mismas áreas absorbían otras, el croma de color se mezclaba en abismos de líneas que difuminaban los contornos.

Las auras del movimiento que antes vi eran innumerables planos, unos sobre otros, que simulaban un proceso de cambio. No obstante, todas estas relaciones que podía hacer entre los objetos eran deducciones: era capaz de entender qué había, pero no de verlo. Ni siquiera el sonido parecía natural, sino un pitido inconsistente, imposible de determinar en qué tonalidad, un murmullo de un frotar de aristas.

Un nuevo pinchazo. Creo que grité, al menos sentí como si mis pulmones lo hicieran. Lo extraño de la sensación me hizo reconsiderar mi propio cuerpo como el producto de un dios que ve. Si tenía la razón la doctora y todo esto era perceptivo, ¿sería posible que mi propio cuerpo hubiera mutado por percibirlo de otro modo? Y si eso era así, en qué me estaba convirtiendo se escapa a mi entendimiento.

Recuerdo que cuando volví a volcarme en el mundo exterior, todo era negro, incoloro. Cada plano había dejado al descubierto su composición: un universo ilimitado de líneas. La conjunción de los segmentos, a la vista de todos más que ausente, impresionó mis sentidos como un ahondamiento material en la imposibilidad lógica. ¿Cómo podría describir el infinito; que por mucho que viese una línea, mi mirada se sumergía en ella y encontraba una infinitud más insondable; que mi cuerpo se convirtiese en una recomposición; que dejase de sentir más que un mero palpitar energético?

Las líneas iban hacia todos lados, tantos como pudiera yo relacionar sus puntos. A veces me parecían horizontales, a veces oblicuas. Incluso podía imaginar pequeños remolinos de puntos, líneas continuas que construían circunferencias y elipses.

El mundo se había destruido para mí y, sin embargo, no dejaba de estar dotado de vida. Las rectas eran como venas, que bombeaban algún tipo de fuerza, que fertilizaba la realidad. Supuse que los mismos puntos atómicos que las componían no carecían de movimiento. Los únicos lugares donde podía percibir estos puntos eran en los cruces entre líneas. Colisionaban como coches en una autopista y, solo entonces, era capaz de percibirlos parados.

Mi sensibilidad se nubló. En estos focos de choque me hundí y toda la realidad se convirtió en un aglomerado de puntos, que ni estaban unidos ni separados. Era capaz de dividirlos y no por ello carecían de solidez para ser percibidos como líneas. Igual que el movimiento cuando no podía ver el tiempo, los puntos arrastraban tras de sí otros puntos, siendo en sí mismos independientes y teniendo

puntos independientes conformándose a su vez en su interior.

Mi tacto se disolvió en mi cuerpo y mi cuerpo murió. Mi último palpitar de corazón todavía lo recuerdo. Mi percepción interna, desaparecido el mundo, se esfumó. No me hallaba en ningún lugar, en ningún momento. Mis órganos se mezclaron con los puntos colindantes a mi corporeidad. Por más que intentaba alejarme de los objetos, retornar el mundo con cuerpos sólidos y delimitados, que se mueven y sufren el cambio del tiempo, era imposible. Mi cerebro destruyó todos los esquemas imaginados, incapaz de tener ningún tipo de experiencia exterior. ¿Cómo podría sentirme a mí mismo si era incapaz de separarme del resto del mundo? La plasticidad de mi carne sufrió el minimalismo del punto: noté un estiramiento curvo y luego una regresión a la unidad elemental de la geometría, una implosión de sentidos, como si mi materia se hubiera reducido a cero.

La última vez que mis ojos vieron, que mis oídos sintieron, un túnel con un único fin, un abismo hiperconcentrado me absorbió y mi mente quedó en vilo de un sinfín de energías que fluían a través de mí, a través de todo el mundo. No había límite, tampoco lo contrario. Todo el universo en un punto y yo con él.

Aún sigue siendo un misterio como sigo siendo capaz de recordar aquello, como no he muerto. Algunas veces me dominan energías negativas, deduzco, que hay a mi alrededor, pero me resultan casi imperceptibles dado que no puedo diferenciar nada de nada. Tal vez esté en un hospital, en un manicomio, catatónico y con la mirada perdida, con mis ojos clavados en el mismo punto donde reside mi alma. Lo único que puedo manejar que sea distinto a este estado, exactamente esto, mi memoria: mis residuos de una vida dotada de sentido, donde cada cosa parecía algo distinto al resto.

Es posible que mi memoria esté bañada de miles de errores y sé que habrá lagunas y cabos sueltos. Al fin y al cabo, no espero que mis reconstrucciones sean infalibles. Son imposibles de contar las veces que he recompuesto toda mi vida, he llorado sin ojos los momentos tristes y he reído sin aire los mejores. Siempre dirigido a mí. En ocasiones he llegado a inventarme una historia distinta de la original. Pero lo hago siempre limitado por mi memoria.

Sólo me queda eso: empezar de nuevo; y, aun con el riesgo de ser redundante, lo haré por el principio.

Pedrícese el mundo (extracto)

Ismael Rodríguez Laguna

Todos los personajes que aparecen en esta obra son ficticios. Tampoco los nombres y motes de los personajes fueron escogidos para hacer referencia a ninguna persona real. ¿Eres una de las miles de personas que se llaman Pedro Martínez en todo el mundo? Pues lo siento, pero no lo escogí por ti… a no ser que alguna vez hayas viajado a otro sistema solar, claro. Simplemente sonaba bien y necesitaba una P. ¿Te llamas Hermano 27351? Pues no, tampoco es por ti. Pero pide explicaciones a tus padres.

PREFACIO

Bienvenido a una historia singular. Más que a una historia singular, sea usted bienvenido a un mundo singular.

Al presentarle dicho mundo le haré, implícitamente, la siguiente pregunta: ¿Qué tal sería estar en ese mundo?

Su primera reacción será, probablemente, la de sonreírse. Se trata de un mundo tan ridículo y absurdo que dicha reacción sería la más normal.

Unas páginas más adelante, cuando haya comenzado a adentrarse en la trama que le planteo, vuelva a preguntarse: ¿Qué tal sería estar en ese mundo?

Esta vez su diversión se tornará en preocupación. Las consecuencias de la singularidad de ese mundo son, en cierto sentido, inquietantes.

Y unas páginas después, cuando la historia que le planteo se haya desplegado completamente ante usted, por favor vuelva a preguntarse: ¿Qué tal sería estar en ese mundo?

Quizá lo que sienta entonces sea cierto pavor. El mundo que en su momento le hizo sonreír le parecerá, en aquel momento, un lugar terrible y cruel.

Para terminar, cuando estas páginas

estén finalizando, pregúntese por última vez: ¿Qué tal sería estar en ese mundo?

Entonces comprobará que la peculiaridad del mundo singular trasciende lo horrible hasta llegar, extrañamente, a lo divino. Percibirá un mundo en el que un individuo cualquiera (cualquiera en el sentido más literal) puede morir y resucitar, destruir el mundo y reconstruirlo, ser el bien y el mal a la vez, y todo ello siendo terriblemente mundano, humillantemente anónimo, vulgarmente conforme a la razón.

Pero antes de presentarle dicho mundo, comenzaremos la historia conociendo un mundo normal. Algo soez y vulgar, salpicado de adolescencia histriónica, pero normal. Puede que al principio no comprenda qué pudiera tener que ver dicho mundo normal con un mundo supuestamente singular. No obstante, puede creerme, cada detalle de este mundo normal será determinante en el mundo singular que conocerá después. En muchos casos, determinante hasta un nivel bochornoso y esperpéntico.

Bienvenido al mundo singular. Sólo espero y deseo que nunca le toque estar en él.

CAPÍTULO I

1

—Hey, ¡pásame esos mocos! —dijo Zum, mientras se apartaba las greñas de la cara con la mano—. Notó que sus dedos estaban pegajosos, y se los limpió con el pantalón.

—Sssshpera —respondió Tarao, pegando una última calada. Hizo una mueca, y cerró los ojos en un reflejo— joooder como tira.

Tarao miró al resto de los presentes con una sonrisa entre burlona e idiota. Ya nadie recordaba si tenía los ojos pequeños de nacimiento o se le habían quedado así a base de mostrarse ido con tanta frecuencia. Después de lo que le había costado encender la húmeda y pastosa mezcla, no permitiría que nadie le quitara el placer de echar la primera calada con calma. Solía disfrutar permitiendo que los olores de lo que se fumaba impregnaran su camiseta preferida, que rara vez se quitaba. Se trataba de una camiseta negra sobre la que había impreso una foto que había encontrado en Internet. La foto mostraba un hombre de edad avanzada con los sesos reventados y con una pistola en la mano con la que se acababa de suicidar. Tarao solía insistir en que la foto era auténtica. En un lateral de la camiseta, bajo el brazo derecho, había pegadas cuatro chapas de cerveza de la marca del supermercado AhorraPlus. Él decía que se pegaba una chapa por cada uno de los éxitos que alcanzaba en su vida. Tenía cuatro chapas: tres se debían a los tres tripis que se había tomado alguna vez, y la cuarta se debía al momento en que, durante una aglomeración en el metro, consiguió tocar una teta con la palma de la mano extendida.

—Venga, te toca —intervino Fideuá.

La ceja izquierda de Fideuá comenzó a moverse compulsivamente, como cada vez que se encontraba ansioso o nervioso. El mote de Fideuá se debía a que Paella no describía del todo las protuberancias de su rostro. Para cubrir su faz pintoresca y mostrar un aspecto más varonil, se había dejado crecer la barba durante los últimos cuatro meses. El resultado era una desigual pelusa de pelos dispersos puestos en punta. Algunos de ellos se insertaban en la carne del mentón a modo de folículo, que junto a la grasa de la frente solía crear un cierto aspecto grimoso. Durante el principio de la adolescencia, Fideuá había estado acomplejado por el crecimiento desigual de sus dos brazos, si bien este problema se había reparado casi por completo durante los últimos años. Las burlas recibidas habían provocado en él un carácter rencoroso y vengativo hacia cualquiera que le ofendía. Su incipiente carácter misógino era recordado por los populares motes con los que bautizaba a las chicas de su clase que le habían despreciado, los cuales habían tenido un gran éxito para infortunio de éstas: Estropajo, Relleno y Pez Globo le estarían eternamente agradecidas.

—No sé como podéis fumaros eso —intervino Mos.

Mos acostumbraba a mostrarse como un excéntrico paladín en contra de los vicios de moda y las drogas en general (salvo la bebida). Ni fumaba ni esnifaba, y siempre reprobaba estos comportamientos en otros. Ya nadie recordaba si su mote procedía de *mosqueao* o de *vamos a otro sitio,* debido a su aversión por las aglomeraciones. No obstante, su aspecto y

su comportamiento tenían cierto punto de siniestro sociópata. Rapado al cero salvo el mechón de pelo que le colgaba del cogote, solía pasar las horas muertas buscando en Internet maneras de construir un explosivo casero, y confesaba haberse masturbado imaginando cómo explotaba el instituto. Tras su impoluto comportamiento callado y formal y sus habituales buenas notas, a veces, de repente y sin venir a cuento, sorprendía a todos delatando sus extrañas habilidades, como la de alcanzarse el pene con la boca (no probada públicamente) o la de explotarse las espinillas con unos alicates y disfrutar con el dolor provocado (sí probada).

—¡Joder, como pega! —intervino Tarao, elevando extasiado sus ojos hacia el techo.

—¡Qué panda de pringaos! —dijo Mos, mientras meneaba la cabeza—. Os creéis todas las paridas que dice el Chinas...

—¡Te digo que pega! —replicó Tarao. Entrecerró los ojos y sonrió con gesto ido. Con la boca muy abierta, como preparado a decir *o,* espiró los gases de la extraña mezcla que él mismo había preparado. El olor era fundamentalmente de tabaco, si bien contenía un nuevo matiz algo repulsivo que recordaba al de las flemas.

Mos frunció el entrecejo.

—Los bulldog *no* proceden de Australia, así que los aborígenes australianos nunca los criaron para fumarse sus mo...

—¡Tooooooma! —interrumpió Fideuá cerrando el puño. Los dados ante él mostraban un 99. El tic de la ceja se aceleró visiblemente.

Tras echar un último vistazo de asco al porro de mocos, Mos volvió a centrarse en la partida. Fideuá bebió un largo trago de su vaso de whisky con ColaPlus. Observó que el vaso había dejado un redondel húmedo sobre la mesa y se encogió de hombros. Esto irritó a Zum, que estiró la camiseta de Fideuá hasta la mancha y la restregó con fuerza. Cuando Fideuá se disponía a protestar, Mos intervino.

—A ver... doble destrucción craneal por aplastamiento —dijo mientras leía lentamente de una tabla. Solía retrasar sus veredictos para disfrutar algo más de sus diez segundos de gloria. Durante las partidas, su posición de árbitro le daba una cierta sensación de poder que le satisfacía enormemente. Observaba con una mezcla de orgullo y desprecio la expectación con la que los demás esperaban sus palabras. "Así deberían obedecerme todos los lamentables seres de este puto mundo", pensaba secretamente. Por fin intervino—. Las vísceras te salpican, y son venenosas. Debes buscar un antídoto antes de 24 horas.

—¡¿Qué mierdas dices!? —exclamó Fideuá mientras golpeaba el tablero violentamente con su puño. Se le marcaba una vena junto a la frente— ¡Un 99! ¡Una tirada de puta madre y me vienes con eso! ¡Si deberías darme 100 puntos de experiencia por esto!

—Hey, a lo mejor el veneno te quita los granos, tío —respondió Mos con sorna mientras hacía unas anotaciones en un papel. Después quitó un muñeco verde con una espada del tablero.

Fideuá se levantó de la silla, y se dispuso a decir algo. Apretó los dientes, lanzó una mirada recelosa a Mos, y se volvió a sentar en la silla. Mientras miraba para abajo, hacia la mesa, murmuraba en voz baja frases que sólo él entendía.

—Bueno, Tarao, ¿tú qué haces? —dijo Mos mientras sonreía. Entonces hizo una mueca de rechazo— Jodeeeer. Deja esa revista de una puta vez....

—¡Diooos! ¡Qué tetas! —gritó Tarao sin levantar la vista de la revista— ¡Mejores que las de la Rocío! Aunque no sé si esta tira tanto... —añadió. Entonces trató de pasar de página. Las dos páginas siguientes estaban pegadas.

—Tío, deja de pasarte con Rocío... —intervino Zum bajando la voz y mirando al suelo.

—¡El Paco dice que le ha dicho el Rob que no tiene límite...! —dijo Tarao, mientras desistía de su intento de despegar las páginas de la revista.

—Joder con el Rob, qué potra... Desde que tiene moto no para. Puto chulo de mierda, ni se lo cree... —opinó Fideuá. Zum puso una cara de desagrado. Se hizo el silencio.

—Joder, Zum, no te lo tomes así... —intervino Tarao— Si la pillaras no tendrías ni para... —pasó a sonreír. Mientras se atragantaba con un amago de risa, continuó— ¿20 segundos?

Hubo risas generalizadas.

—¡¡¡¡Zzzzzzzzum!!! —intervino Fideuá mientras agitaba su mano ostensiblemente con el puño cerrado, para terminar elevándola y abriendo todos los dedos a la vez— No, hombre, no... Todavía no sabemos cómo reaccionará en *compañía*... Mmmm... ¿10 segundos?

Más risas.

—Venga, hombre, no te pongas así y trae más whisky... —terció Tarao.

—¡Que no, joder! ¡Que mi vieja lo va a notar! Ya ha bajado a la mitad —dijo mientras señalaba la botella a la altura de la etiqueta.

—Bueno, será más bien su novio el que se dará cuenta... —dijo Tarao.

Todos callaron y permanecieron inmóviles. Zum miró a Tarao con desprecio.

—Muuuy bocazas. Te va a volver a contar algo tu puta abuela. Venga, piraos todos —señaló con el dedo la puerta de su cuarto.

—Joder, no es para... —intervino Mos. Entonces observó el gesto grave de Zum y se levantó de la silla mientras ponía la mano en el hombro de Tarao— venga chicos, vámonos.

Fideuá tomó una última calada al porro y se levantó. Recogieron sus cosas y salieron de la habitación. Zum les acompañó a la puerta del piso. Apareció Charlie, y corrió a ponerse a dos patas sobre Fideuá.

—Mira, Fide, a lo mejor quiere tu pus. Es un trato justo —dijo Mos.

Tarao abrió la puerta y los tres salieron por ella. Zum se les quedó mirando mientras entraban en el ascensor.

—Hasta mañana, Zum.

—Hasta mañana —respondió Pedro.

Se quedó unos segundos pensativo. Justo cuando se disponía a cerrar la puerta, algo le llamó la atención. Por debajo de la puerta del vecino de enfrente salía una extraña luz azulada. Se estremeció.

Enfrente vivía Gómez, un pirado de verdad, no un amago de tarado como Tarao. Se trataba de un tipo de 150 kilos de carne que siempre entraba en su casa con bolsas llenas de yogures y cajas de clips pisapapeles. Al poco de entrar, siempre se oía RadioLé en toda la escalera. Hacía algún tiempo, Zum observó una extraña escena desde el balcón de su casa. Gómez salió muy excitado del portal y comenzó a gritar: "¡No estamos solos! ¡Hay otros seres en el universo! ¡No estamos solos! ¡¡No estamos solos!!" La gente que pasaba por la calle le ignoraba. Él siguió gritando lo mismo durante un rato. Al observar que nadie reaccionaba a sus palabras, redujo el volumen de su potente voz, hasta que finalmente se calló por completo. Entonces un tipo le tiró unas monedas. Gómez miró las monedas y luego al que las había tirado, incrédulo. Éste continuó su camino, impasible. Gómez agachó su pesado cuerpo, cogió las monedas, y cabizbajo se volvió a meter en el portal. En realidad, Zum no sabía si sentía miedo o pena por aquel hombretón.

De repente, la puerta de la casa de Gómez se abrió. Surgiendo desde la penumbra, Gómez se adentró en el descansillo con sus movimientos pesados. Zum se volvió como un resorte e hizo un movimiento rápido para cerrar la puerta y evitar saludarle.

—¡Chaval, espera! ¿Te llamas Pedro, no? ¡Espera!

Zum hizo una mueca de dolor mientras apretaba los dientes. Después trató de aparentar normalidad y volvió a abrir la puerta.

—¿Síií...? —respondió en un susurro.

—¡Chaval! ¿Te gustaría ir a *α Cas*? Está en... bueno... —paró durante un instante, y después añadió— forma parte de... Casiopea...

Zum frunció el entrecejo y cerró la puerta de un portazo.

—¡Es una estrella! ¿no... no quieres? Bueno, seguiré buscando... seguiré... —oyó tras la puerta. Después oyó unos pasos pesados y el sonido de la puerta del vecino al cerrarse.

Dentro de una hora llegaría su madre.

Volvió a su cuarto y cogió el cenicero sobre su cama. Observó que había cenizas sobre la colcha de *Anikilation IV: La venganza de Dogfucker* que le regaló su abuela por aprobar cinco. Las quitó de un manotazo. Vio que había un agujero a la altura del brazo biónico de Anikilator.

—Qué pedazo de cabrones.

Miró el resto de la habitación. Tenía que darse prisa en recoger.

2

Zum se concentraba en la imagen de la pantalla mientras ejercitaba su mano. Su madre golpeó la puerta de la habitación. Zum se apresuró a cerrar un par de ventanas mientras se enfundaba a toda velocidad.

—Pedro, me voy, que he quedado. Te dejo cena para calentar en la cocina —dijo su madre al entrar.

Zum observó a su madre muy maquillada y torció el gesto.

—Mamá, tienes que limpiar un poco —dijo Zum en todo reprobatorio, señalando las pelusas del suelo.

Su madre miró el suelo.

—Sí, cariño... Bueno, me voy —respondió distraída—. Ah, y ventila un poco la habitación, que huele a tigre.

—Sí...

Su madre salió y cerró la puerta. Después Zum oyó cómo se cerraba la puerta de la casa con llave. Como tantas veces, volvía a quedarse solo en casa. En aquellos momentos, Pedro solía recordar lo que le gustaba no tener hermanos. Siempre había pensado que odiaría tener a su lado a un bicho en miniatura igual que él que le imitara en todo. Le gustaba estar solo, como estaba. Bueno, solo con su madre.

Pedro volvió a mirar la pantalla, pero decidió que se había desconcentrado. Entonces encendió la tele de su cuarto. Echaban *Gran Primo*. Tras un buen rato en que no ocurrió nada interesante, sintió aburrimiento, recogió unos auriculares del suelo y se los puso. Pulsó play. Comenzó a sonar *Pus Day,* su grupo preferido. *"Tenía la edad del pavo y venía a comerle el rabo...",* rezaba la letra de la canción. Extasiado, Zum se puso de pie y se puso a pegar botes mientras meneaba sus greñas hacia delante y hacia atrás. Mientras lo hacía, la caspa caía de su cabeza, lo que le daba el aspecto de un árbol de navidad. Tras la frase *"La había dejado rota, y entonces... Eché la pota ¡¡¡pota, pota, pota!!!",* comenzaba el solo de guitarra. Zum comenzó a menear su mano como si tocara la guitarra, mientras ponía posturas forzadas. Entonces, surgió en el monitor del ordenador una nueva ventana. Zum se acercó y comprobó que contenía un mensaje instantáneo de Mos.

Mos le pedía que le ayudara a propagar por correo electrónico un nuevo bulo que se acababa de inventar. Zum recordó el último de los bulos que había iniciado Mos. Éste advertía del peligro que se corría si se pulsaba el botón de "planta baja" de los ascensores durante más de tres segundos seguidos. Según los testimonios aportados por ciertas instituciones inventadas, esto podía provocar que el ascensor se descolgara al vacío por culpa de cierto defecto de fabricación. Un anciano y una embarazada de cierta ciudad inexistente de USA habían muerto de esa manera cayendo de un quinto y séptimo piso respectivamente. El correo finalizaba recomendando el reenvío a las personas más queridas por su propia seguridad. El día que Mos recibió ese mismo correo de un primo suyo fue uno de los días más felices de su vida. Según él mismo dijo en su habitual tono recargado, "había conseguido demostrar que la patética imbecilidad humana la hacía indigna de la existencia".

Al otro lado del canal, Mos se afanaba en explicar su nuevo bulo. Transmitiría el mensaje de que, si se introducen diez monedas de un euro en una máquina de refrescos, entonces ésta devuelve once. Al leer la idea, Zum se rió a grandes carcajadas y añadió que, si el bulo se transmitía, beberían a cuenta del crédito acumulado por los pardillos durante meses. Mientras Zum reenviaba el correo escrito por Mos a toda su lista de contactos, se maravillaba de lo fácil que resultaba manipular a la gente, al menos cuando se contaba con un plan adecuado. Después Mos se despidió y cortó la comunicación.

Zum dirigió su mirada a la tele. En Gran Primo había llegado el momento de la *expulsión* de un participante. Zum se tumbó en la cama para verlo. Los cuatro participantes que quedaban eran la *cyborg,* apodada así por la audiencia porque todas las partes de su cuerpo eran artificiales, el *aspirante*, llamado así porque era capaz de aspirar cualquier cosa por la nariz y, como novedad de la presente edición, los dos concursantes no humanos, la cabra y el canto rodado. Mientras la presentadora hablaba de sociología, aparecía un mensaje bajo la pantalla que decía "Manda *'Soy imbécil' al 7577. Recuerda, 'Soy imbécil' al 7577".* Finalmente, la presentadora anunció que, debido a los mensajes recibidos al 7577,

abandonaría la casa la cyborg. Ésta, llorando, dio un beso al aspirante, a la cabra y a la piedra, y salió de la casa. Entonces el aspirante, único superviviente humano, se sentó en un sillón mientras la cabra salía al jardín a seguir comiéndose la hierba y la piedra no hacía nada de nada. La votación del público había aclamado a la piedra como favorita. El aspirante se puso a reflexionar solo y en voz alta sobre el hecho de que el Gran Primo perfecto consistiría en una casa que contuviera diez copias de sí mismo. Zum imaginó que, entonces, Gran Primo parecería más bien una narcosala. "Menudo infierno", pensó Zum, mientras se estremecía.

Entonces surgió por la ventana del dormitorio una luz azulada y se oyó una explosión. Zum se levantó sobresaltado y miró por la ventana al patio interior. El ruido procedía del piso de enfrente, el de Gómez. Zum oyó a Gómez gritar "¡Joder! ¡Los clips estaban mal colocados...! Vale... Ya sé cómo solucionarlo..." Después se hizo el silencio de nuevo.

Zum se estremeció. Tras unos segundos de inquietud volvió a tumbarse en la cama. Aburrido, se dirigió de nuevo hacia el ordenador.

3

Zum tomaba pipas compulsivamente mientras contemplaba absorto la pequeña televisión que se encaramaba a gran altura, cerca del techo del bar. Saque de banda.

—Joder, ¿es necesario que llevéis puestas las bufandas incluso aquí dentro? Con el calor que hace en este puto bar... —protestó Mos, que no podía ocultar su aburrimiento.

Tarao miró a Mos con indignación y besó su bufanda del Real Fútbol Club. Mientras Zum y Fideuá le imitaban, Tarao observó que su bufanda estaba empapada y olía a cerveza, posiblemente debido a pequeños derrames anteriores. Al ver que su jarra estaba vacía, se volvió a acercar la bufanda a la boca y, fingiendo volver a besarla, la chupó. El camarero se acercó.

—Chicos, tenéis que consumir algo más. No podéis quedaros a todo el partido con una sola consumición.

Todos se miraron. Tarao seguía chupando su bufanda. Al final, Fideuá habló.

—Vale, luego pediremos algo. Por favor, ¿podría traerme ahora un vaso de agua?

El camarero frunció el ceño y se dio la vuelta. Los demás se sonrieron. Entonces el árbitro pitó penalty a favor del RFC. Fideuá, Tarao y Zum pegaron un bote en sus asientos y comenzaron a gritar.

—¡Metedlo, por Dios! —gritó Zum a la pantalla mientras se tragaba una pipa.

Mos, aburrido, pensó que eso le daba un tema de conversación.

—¿Creéis en Dios? —preguntó.

Todos le miraron con el habitual gesto de *¿a qué viene esto, Mos?* Luego le ignoraron. Al comprobar que el lanzamiento del penalty se demoraba porque un jugador estaba siendo atendido, quizá con el objetivo de que una cámara tomara un plano corto de sus zapatillas patrocinadas, Zum respondió.

—Bueno, yo más bien no...

El camarero trajo el vaso de agua que había pedido Fideuá. Éste se lo bebió de un trago. Después, echó un vistazo furtivo hacia atrás, se sacó sigilosamente una petaca del bolsillo y vertió su contenido en el vaso. El nuevo líquido también era transparente, pero su olor delataba su contenido alcohólico.

—¿Cuál es tu motivo para no creer? —preguntó Mos a Zum.

—Bueno... —respondió Zum, pensativo— Si hubiera cielo, ¿qué equipo ganaría la liga? Si se deben cumplir mis deseos, ganaría el Real Fútbol Club, pero otro tío podría querer que ganara el Fútbol Real Club, y, bueno, no podrían ganar los dos a la vez... El mundo perfecto de ambos sería incompatible...

Mos frunció el ceño. Decepcionado por la profundidad del argumento, se puso a mirar al techo. Al poco rato intervino Fideuá.

—Bueno, cada uno podría tener su propio cielo —dijo—. Quiero decir, tú podrías ir a un cielo a tu medida en el que ganaría el Real Fútbol Club, y un tío del Fútbol Real Club iría a otro cielo en el que ganaría el Fútbol Real Club...

En ese momento, Zurunho, reciente fichaje del Real Fútbol Club, lanzó el penalty y

marcó. El bar se convirtió en un mar de gritos. Tras gritar "Gol", Zum aprovechó el estruendo para lanzar un estrepitoso y prolongado eructo que pasó desapercibido más allá de su mesa. Tarao rió sonoramente y trató de imitarle, pero no estuvo a la altura. Al final, los gritos de celebración se apagaron.

—Ya sabéis, comer pipas me da gases —dijo Zum en un susurro.

En ese momento, el camarero apareció junto a la mesa y cogió el vaso de Fideuá. Lo olió.

—Fuera de aquí y no volváis —increpó con gesto grave.

Los cuatro se levantaron lentamente y salieron del bar.

—Joder, Fide, otro bar al que no podemos volver a ir —dijo Zum una vez que se encontraba fuera—. Cada vez tenemos que irnos más lejos del barrio para ver el fútbol.

Siguieron andando por la acera en silencio. De repente Mos habló.

—Tendríamos que volver a ese bar con un bate de béisbol cada uno y destrozarle las piernas al camarero.

Los demás se quedaron mirándolo con los ojos muy abiertos.

—O, mejor, —añadió mientras apretaba los dientes— debería ser castigado como los dioses castigaron a Prometeo. Cada día, un águila se comería su hígado, pero dejaría el suficiente como para que éste se regenerase hasta el día siguiente. Entonces el águila regresaría para volver a comer su hígado. El castigo se repetiría un día tras otro, sin fin. Todos los días, el hombre volvería a sanar, a resurgir, con el único objetivo de volver a ser castigado.

—Parece que nos ponemos pedantes y psicópatas a partes iguales, Mos —dijo Tarao.

—¡Éste es nuestro Mos! —añadió Fideuá mientras ponía su mano sobre el hombro de Mos.

Se volvió a hacer el silencio. Finalmente, Tarao intervino.

—Bueno, al menos no nos han cobrado las cervezas —dijo mientras sonreía.

Zum volvió a eructar.

4

Mientras Zum sujetaba la bolsa de plástico del súper, Tarao vertió en ella el contenido del cartón de vino. Una vez que el cartón quedó vacío, Tarao hizo una ancha abertura en su parte superior y vertió en él una cierta cantidad de ColaPlus. Acto seguido vertió el contenido de la bolsa de plástico.

—Proporciones perfectas —anunció Zum al probar el contenido del *mini* de cartón improvisado. Tarao sonrió.

—Joder, los vasos de plástico no son tan caros. ¿Cuándo vamos a dejar de hacerlo así? —preguntó Mos. El frío hacía que le saliera vaho de la boca mientras hablaba.

—Yo, es que esta semana estoy pelado... —respondió Fideuá.

Zum pasó el mini a Fideuá y éste bebió.

—Qué buenos son Kakakulo y Pedopís —dijo Fideuá.

—¿Te acuerdas del episodio en que hacen el concurso de vómitos? —intervino Tarao con los ojos brillantes. Todos hicieron un gesto de reverencia, salvo Mos que miró hacia otro lado— ¿Recordáis cuando Kakakulo le saca el esófago a Pedopís y se lo conecta al suyo propio, para poder vomitar más y ganar el concurso?

—¡Qué bueno! —admitió Zum con un gesto casi místico.

—Vaya mierdas os tragáis —interrumpió Mos.

—No todos tenemos estómago para tragarnos más de dos páginas de *Nietzsche* —respondió Tarao—. Algunos le dan demasiada importancia a las gilipolleces que les cuentan en clase…

Durante un rato largo, Tarao, Zum y Fideuá rememoraron otros gloriosos momentos de Kakakulo y Pedopís. Algo después Zum comprobó que el contenido del mini estaba cercano a agotarse. Entonces tomó una botella de whisky de oferta del suelo y se dispuso a abrirla.

—¿Y decís que regalaban la botella de ColaPlus con el whisky? —preguntó Fideuá a los demás.

—No, me temo que era al revés —respondió Zum.

—Jodeeeeer...

Zum comprobó con cierto asco que la base de la botella estaba llena de las mismas cáscaras de pipas que se acumulaban en la acera, bajo el banco. Al arrancar la pegatina del sello de los impuestos con las uñas, varios restos del adhesivo se quedaron pegados a los dedos de su mano derecha. Trató de despegarlos con su mano izquierda, pero el resultado fue que ahora algunos de esos restos estaban adheridos a los dedos de su mano izquierda. Nervioso, comenzó a restregarse una mano contra la otra, lo que desembocó en una extraña masa de pedacitos de papel pegajosos y cáscaras de pipas. Ante el patetismo de la escena, Tarao arrancó la bola de adhesivos de la mano de Zum y se desprendió de ella restregando su mano contra el respaldo del banco.

—¡Aaaaatchíííís! —estornudó Fideuá.

—Eso quisiera yo, y no esa mierda de mocos que fumamos —dijo Zum mientras acababa de rellenar el vaso de cartón con whisky. Después se lo pasó a Mos.

—Joder, qué alergia tengo —respondió Fide mientras sacaba un pañuelo—. Y no sé a qué...

—Al polvo no puede ser, ¡porque eso es hereditario y sé bien que tu madre no tiene! —respondió Tarao.

Hubo una carcajada general. Entonces Mos comenzó a analizar el rostro de Fide. Después hizo una mueca de desagrado y añadió:

—Entonces no puede ser hereditario. Sin duda, él sí que tiene alergia al polvo.

Más risas. Entonces Fide miró fijamente la camiseta de Tarao.

—Joder, he de reconocer que tu camiseta es superrealista... —dijo mientras señalaba con el dedo al tipo recién suicidado que aparecía en ella. Tarao sonrió. Entonces Fide respiró hondo y añadió—: Incluso puedo oler desde aquí que el tipo ése no se lavaba mucho.

Las carcajadas se multiplicaron. Mos bebió y le pasó el mini a Zum. Zum lo cogió y se sentó en el banco. Tarao se frotaba las manos por el frío.

—¿No es esa la Rocío?

Todos miraron.

—¡Vamos Zum, dile algo!

—¡Rocíííío! —gritó Fide.

—Rocío se dio la vuelta. Dijo algo a sus amigas y comenzó a acercarse. Zum se estremeció. Pom, pom. Al llegar, dijo:

—Hombre, los cuatro magníficos... —dijo burlona— El sector freak de la clase...

—¿Quieres un poco? —dijo Mos señalándole el mini.

—No gracias, tenemos de sobra —señaló a sus amigas y a un grupo de cinco o seis bolsas que tenían en el suelo.

Se hizo el silencio. Rocío miró a los cuatro, y al ver que nadie decía nada hizo gesto de despedirse.

"Tengo que decir algo...", pensó Zum. Pom, pom, pom. Zum notó cómo la sangre inundaba su cabeza. Era capaz de notar que su cara se estaba enrojeciendo.

—¿Qui... Quieres un poco? —dijo.

—Rocío le miró con una mueca de extrañeza.

—Acabo de decir...

— "¡Mierda!" "¡¡Mierda!!" Pom, pom, pom, pom.

—Déjale, se le va la olla —intervino Tarao, poniendo la mano en el hombro de Zum.

—Ya... —respondió Rocío— Bueno, me vuelvo con mis amigas —se dio la vuelta y comenzó a andar. De repente, se paró y se volvió— por cierto... ¿de dónde viene el mote de Zum?

Tarao, Mos y Fide se miraron. Al cabo de un par de segundos, rompieron en carcajadas. Rocío les miró con cara de incredulidad. Fide hizo un gesto muy explícito con la mano. Rocío le miró y se dio la vuelta, mientras decía "¡adiós, magníficos!"

Pom, pom, pom, pom, pom, pom. "¡Mierda! ¡¡Mierda!!" pensó Zum mientras dirigía una mirada asesina a los demás. Fide le respondió con un gesto angelical. Mos dijo:

—Mira, ahí llega Rob.

Rob se bajó de la moto y se acercó al grupo de Rocío y sus amigas.

—*Guaaaaaaarraaaa* —susurró Fide en voz baja mientras concentraba su mirada en el culo de Rocío.

—Dame ese mini —respondió Zum, quitándoselo apresuradamente de las manos a Tarao.

Zum pegó un trago muy largo.

5

La llave no entraba en la cerradura. Era un hecho. Zum se paró y se quedó mirando la cerradura con los ojos entreabiertos. Mientras se balanceaba ligeramente, pensó: "Vamos a ver. Esta es la llave. Esta es la cerradura." Volvió a intentarlo. Esta vez tampoco entró. Se tambaleó.

"Val lo haría con los ojos cerrados." Zum pensó en su personaje de la partida. *Val Hancín,* mitad elfo, mitad enano, y mitad orco, tenía una bonificación de +45 en la apertura de cerraduras. Pero además, pensó Zum, Val era un tipo fuerte, apuesto y decidido. "+68 en carisma y +78 en presencia." No había fallado una tirada de *"persuasión y seducción"* en meses. "En cambio yo... ¿qué tendría? ¿Un +15 en mezclar ColaPlus y Tinto Ro en una bolsa de plástico de AhorraPlus?" Cerró los ojos, apretó los dientes, y dio un puñetazo contenido contra la pared.

"Vaya mierda de día. Vaya mierda de ciudad y de planeta." Se sentó en el suelo con cierta torpeza. La cabeza le daba vueltas. Elevó la mirada, y miró con agrado la luz de la bombilla del techo del descansillo. No conseguía enfocar la vista, y en lugar de ver un punto de luz veía todo un disco amarillo. Entrecerró los ojos y los volvió a abrir del todo. Ahora el disco amarillo estaba cruzado por la mitad por una raya horizontal. Sonrió. "Puedo cambiar todo lo que me rodea con un gesto." Imaginó el rostro del capullo de Rob y cerró los ojos con fuerza.

En ese momento, Zum oyó algunos sonidos mecánicos procedentes del hueco del ascensor. Al cabo de unos segundos, el ascensor apareció en su planta y su puerta se abrió. Tras la puerta apareció Gómez.

"En el ascensor pone 4 personas ó 300 kilos", pensó Zum. "No saben de qué hablan." Zum recordó que, cuando Gómez montaba en el ascensor, en ocasiones el ascensor se paraba en una planta equivocada. Esto se debía al inusual grosor de sus dedos y a su incapacidad de precisar el botón pulsado. No obstante, esta vez Gómez había acertado.

Zum lanzó una mirada risueña a Gómez. Éste se sorprendió de verle tirado en el suelo. No dijo nada, y se dispuso a abrir la puerta de su casa.

"Vaya mierda", pensó Zum. "Y ahora aguantar a mi madre. Y mañana la misma mierda."

—¡Eh! —dijo antes de que Gómez cerrara su puerta— ¡Lléveme lejos de aquí! ¡Usted dice que puede!

"Al menos evitaré a mi madre un rato. Y mañana podré contar a éstos que estuve en casa del chiflado." Se dio cuenta de que no tenía miedo, sino curiosidad. Gómez volvió a salir al descansillo.

—¿De veras?

Zum asintió con los ojos cerrados. Después trató de ponerse en pie.

6

Pedro se dio cuenta de que se había dormido. Al despertar, estaba sentado en un sofá en la casa de Gómez. Pensó que el salón de Gómez era más normal de lo que se esperaba… salvo por la estructura de yogures vacíos rodeando la habitación y las láminas de alambres hechas por clips colgando del techo. Gómez estaba hablándole. No sabía cuánto tiempo llevaba haciéndolo.

—Al principio pensé que podría ser yo mismo… Pero eso no encajaba en el concepto de *espécimen prototipo,* ya sabes… Me sobra un poco de peso…

Pedro miró hacia otro lado con gesto distraído y trató de aguantar la risa. Entonces se dio cuenta de que su mareo y su incapacidad para enfocar la vista persistían.

—Pero el mensaje era claro —continuó Gómez—. Para escucharlo, bastaba con tomar las palabras que suenan en RadioLé en una posición que sea un número de *Fibonacci,* y después darle un significado numérico a cada una de ellas…

"¿De qué coño habla este tío? Está más pirado de lo que parece…", pensó Pedro, divertido.

—El mensaje incluía una especie de guía de aprendizaje de su cultura. Ésta comenzaba mostrando su sistema lógico-matemático. Concretamente, mostraba la notación de sus matemáticas a partir de sencillos dibujos de ejemplo de cuentas y operaciones básicas —añadió. Entonces Gómez levantó una ceja mientras elevaba la vista—. Es curioso, pues las figuras que se mostraban en esos ejemplos de aprendizaje resultaban ridículamente grotescas a los ojos humanos. Espero que ellos mismos no se parezcan a esas cosas... —añadió.

En un intento de imitar el aspecto de aquellas extrañas figuras, Gómez hinchó de aire sus carrillos y bizqueó los ojos. Pedro comenzó a reírse con estrépito.

—¡Jua, jua, jua, jua! ¡Dios, es la cosa más horrible que he visto nunca! —dijo Pedro entre risas. Las carcajadas le provocaron hipo. Cuando pudo volver a hablar, exclamó— ¡Qué pena no haber tenido a mano el móvil para hacerle una foto! —En ese momento, un amago de hipo provocó que el contenido de su estómago subiera repentinamente por su esófago hasta la boca. En el último instante logró contener el vómito cerrando la boca y tragando después el contenido acumulado. Mientras saboreaba el amargor de su boca, volvió a reírse ruidosamente— ¡Joder, yo mismo me hubiera hecho una camiseta con ese careto! —exclamó mientras un pequeño tropezón sólido salía despedido de su boca.

Gómez permaneció callado unos segundos, algo abochornado por la burla de aquel adolescente.

—Bueno, quizá el aspecto de aquellas figuras no fuera exactamente así... —susurró.

Entonces se dio la vuelta para hacer algunos retoques en las hileras de clips. Después se encogió de hombros. No se percató de que los ojos de Pedro se estaban entrecerrando de nuevo.

—Bueno —continuó—, el caso es que a partir de las enseñanzas del mensaje pude aprender su física, y después todo un sencillo idioma que habían creado a propósito para comunicarse con seres de otros mundos... Entonces, por fin, pude comprender la parte de su mensaje en la que explicaban el cometido final del mismo.

Visiblemente emocionado, Gómez elevó su mirada hacia el techo de la habitación. Comenzó a caminar en círculos por el salón mientras hablaba. Sus poderosas pisotadas parecían acompañar sus palabras como si se tratara de un tambor. Lejos de sentirse contagiado por la excitación de Gómez, Pedro se sintió adormecido por aquellos golpes rítmicos. Ya apenas escuchaba nada de lo que decía Gómez.

—En esencia —continuó Gómez mientras le brillaban los ojos—, ellos proponían un intercambio de conocimientos a quien pudiera escucharles. Según indicaban, dicho intercambio debía llevarse a cabo de una manera muy determinada. Dicha manera consistía en enviar un *individuo* adulto de cada especie al hogar de la otra especie. De esta forma, dicho individuo podría transmitir allí todos los conocimientos de su propia cultura. Desgraciadamente, tal y como ellos mismos confirmaban en su mensaje, no es posible trasladar materia a la velocidad de la luz. Para que el envío de un individuo pudiera hacerse a dicha velocidad, debería llevarse a cabo de una manera diferente. En lugar de materia, aquéllos que deseáramos comunicarnos con ellos deberíamos transmitir *información*. Concretamente, transmitiríamos la posición de cada átomo del individuo a transmitir, de tal forma que toda su estructura física pudiera reconstruirse por completo en el mundo de destino. Así se obtendría en el destino la información necesaria para crear una copia exacta del sujeto transmitido.

Llegado este punto, Pedro había vuelto a dormirse.

Un tiempo indeterminado después, Pedro notó sobresaltado cómo Gómez le tiraba del brazo, mientras decía:

—Bueno chaval, es tu turno. Ya sé que no eres un adulto, pero eres lo mejor que he encontrado. Ponte ahí en medio.

—Agarró a Pedro y le sentó en el centro del salón. Gómez empezó a tirar de las lianas de clips. Después paró y esperó. No ocurrió nada.

—Uy, perdón, no he subido la persiana, y claro... ¿cómo vamos a transmitir luz a la

estrella α Cas si la luz no pasa ni de la persiana...? —dijo mientras tiraba de una correa. Pedro se dio cuenta de que no era una correa, sino una serie de cordones de zapato atados entre sí— Ahora sí... Veamos...

Gómez volvió a tirar de los clips.

Esta vez surgió de los yogures una luz azulada dirigida directamente hacia Pedro. Otro foco de luz se situaba detrás de él, y éste apuntaba hacia la ventana. Entonces, Pedro notó un ligero cosquilleo. Tras unos segundos, las luces se apagaron.

—¡Ahora sí! ¡Ya está!

Pedro miró a Gómez con gesto de incredulidad. Se dio cuenta de que la borrachera se le había pasado.

—Ya está... ¿qué?

—¡Ya estás en α Cas! Bueno, no ahora mismo... Más bien dentro de unos miles de años, cuando esa luz llegue a su destino.

Pedro miró las manchas de grasa en el cristal de la ventana.

—Bueno, y no llegarás tú, sino una copia de ti mismo... tal y como eras mientras te iluminaba la luz azul, hace un momento...

—Pero... ¿qué dice?

—Bueno, ya hemos terminado, así que ya es hora de que te vayas —respondió Gómez mientras agarraba a Pedro. Le levantó y le llevó a empujones a la puerta de la casa. En ese momento, Gómez se paró en seco—. Por cierto, ¿qué te gusta comer? —preguntó.

Pedro se dio la vuelta, extrañado.

—Bueno, da igual... —añadió Gómez antes de que Pedro pudiera abrir la boca.

Gómez dirigió la mirada en dirección a la cocina mientras se rascaba el mentón. Después, como si recordara de repente una importante tarea, volvió a dirigirse a la puerta de casa, la abrió, y dio a Pedro un último y brusco empujón que le sacó del piso.

Pedro se volvió para decir algo, pero en ese momento la puerta se cerró con un portazo. Se quedó mirando la puerta, señalándola con el dedo. Poco a poco bajó la mano, mientras se rascaba la cabeza con la otra.

"Sé que esto parece una frase de mi madre, pero... ¿me habrán echado algo en el mini?", pensó mientras fruncía el ceño. Sonrió. "¿Quién será el imbécil que te pone esas cosas sin cobrarte?"

Esta vez atinó a introducir la llave en la cerradura.

7

—Uy, perdón, no he subido la persiana, y claro... ¿cómo vamos a transmitir luz a la estrella α Cas si la luz no pasa ni de la persiana...? —dijo mientras tiraba de una correa. Pedro se dio cuenta de que no era una correa, sino una serie de cordones de zapato atados entre sí—. Ahora sí... Veamos...

Gómez volvió a tirar de los clips.

Esta vez surgió de los yogures una luz azulada dirigida directamente hacia Pedro. Otro foco de luz se situaba detrás de él, y éste apuntaba hacia la ventana. Entonces, Pedro notó un ligero cosquilleo. Tras unos segundos, las luces se apagaron.

De repente, la sala cambió por completo. No había ni rastro de Gómez. Pedro se encontraba solo en el centro de una estructura metálica. Abrió mucho los ojos. Después, también la boca, en un gesto de asombro.

—¡Gordo chiflado! ¡Joder! ¡¡Joder!! ¡Iba en serio! ¡Joder!

Se levantó del suelo y comenzó a observar la sala. Enfrente había un cristal oscuro, y detrás una puerta. El olor era bastante extraño.

—¿Dónde pelotas estoy?

Casi como respuesta a su pregunta, el cristal se volvió claro y pudo ver unas figuras detrás de él.

No podía ser.

Había tres figuras tras el cristal. Las tres tenían aspecto clarísimamente humano. No sólo eso... Una de ellas era un tipo bastante mayor, con barba. La segunda guardaba un parecido sorprendente con su tío Ramón, el fontanero... aunque los ojos y las orejas no eran iguales. Podría haber sido perfectamente algún familiar suyo que no conocía. Pero el tercero...

Las mismas greñas. La misma nariz...

"¡Joder! ¡¡Soy yo!!"

Antes de que pudiera decir nada, el hombre más mayor habló.

—Bienvenido a Hogar, nuestro humilde planeta. Y, a partir de ahora, también el tuyo.

Pedro se quedó mirando muy fijamente a los tres individuos. No eran horripilantes, ni extraños, ni tampoco ridículamente grotescos. Su aspecto era, simplemente, humano.

—¿No estoy en... la Tierra? —preguntó.

—No.

—Pero... ¿cómo he llegado instantáneamente hasta aquí...?

—No has llegado. Acabas de nacer.

Pedro se estaba poniendo nervioso. Mientras se agitaba, dijo:

—¿Qué mierdas dice...?

En ese momento intervino el hombre de mediana edad, que se dirigió al más mayor.

—Este chico no deja de decir "mierdas". Habrá que cuidar más su lenguaje.

—Deberíamos crear un nuevo programa de educación lingüística —respondió el mayor.

Pedro pensó que era la primera vez que decía "mierdas" delante de aquellos tipos.

—¿De qué hablan?

Los hombres continuaron conversando entre sí, ignorándole.

—¿Te has fijado en que, cuando tardas dos segundos más en dirigirte a él, ocurre que no dice esa palabra hasta 47 segundos después? —dijo el mediano mientras señalaba un panel que debía estar bajo el cristal, al otro lado.

—¡No acabo de nacer! ¡Tengo diecisiete años! —intervino Pedro.

El más mayor le miró con gesto tierno.

—Por más veces que lo diga, no deja de encantarme eso...

Pedro se sentía aturdido.

—Verás —intervino el mediano, dirigiéndose por fin a Pedro—, hace muchísimos años una luz que transmitía la información sobre toda tu composición física salió de la Tierra. Esa información llegó a Hogar hace muchos años. Y ahora mismo hemos juntado muchos átomos y les hemos dado exactamente la forma que indica esa información. Unos crean tus músculos, otros tus huesos...

—¡Pero qué gilipolleces dice! Hace cinco minutos estaba en mi planeta, en la casa del pirado de mi vecino...

—...y otros tu cerebro, tus neuronas, y sus interrelaciones. Y éstas incluyen los recuerdos más lejanos, y también los más cercanos. Es decir, en tu cerebro recién creado se encuentran todos los recuerdos que tenía el modelo original a partir del cual procedes...

—¡Estaba en el salón de ese cabrón...!

—...incluido ese recuerdo. Por eso lo crees.

Pedro miró a los tres tipos con gesto desolado. No podía creerse lo que oía.

—¿Por qué tienen aspecto humano? ¿Por qué tú te pareces a mí? —dijo señalando al más joven de los tres— ¿Y por qué tú te pareces a mi tío? —dijo señalando al mediano— ¿Habéis copiado el aspecto humano para no darme miedo? ¡No es posible que una especie alienígena sea igual a nosotros...!

El más joven intervino por primera vez.

—¡Alienígena lo será tu padre!

Entonces el mayor se dirigió al joven con gesto serio.

—Después de un mes deberías haber aprendido ya a no responder a las provocaciones —le advirtió en tono reprobatorio. Después se dirigió a Pedro—. No te preocupes, dentro de un rato verás una película que te lo dejará todo muy claro. Ahora sal por esa puerta y reúnete con tus hermanos. Esperad a la señal que os dé el guía y seguidle después.

Pedro miró la puerta que tenía tras él.

—¡Hasta luego! —dijo el mediano. Los tres tipos recogieron unos objetos y salieron del campo de vista del cristal.

Aturdido, Pedro abrió la puerta que tenía tras él.

8

La luz del exterior cegó a Pedro en un primer momento. Después, a medida que se fue acostumbrando a la claridad, comenzó a percibir lo que le rodeaba. Ante él se desplegaba una gran explanada repleta de individuos, en torno a un centenar. Por fin, sus pupilas se adaptaron por completo a la luz.

No podía ser. Se frotó los ojos con fuerza.

Todos los individuos que había ante él eran exactamente iguales a él.

—¡Qué mierdas es esto! ¡¡Joder!! ¡Mierda!

Los individuos que estaban más cerca de la puerta se volvieron para mirarle.

Pedro se puso de cuclillas, mirando al suelo. Brotaron algunas lágrimas de sus ojos. Volvió a mirar al frente.

—¡Quiero irme de aquí! —gritó.

—¿Cómo.... cómo es posible? —dijo uno de los individuos que tenía más cerca. Éste tenía los ojos enrojecidos.

—Otro igual —dijo otro. Inmediatamente después de decirlo, su rostro delató una súbita sorpresa.

Otros individuos que estaban a más distancia miraron con amargura. No sólo miraban a Pedro, sino a los otros tipos que acababan de hablar.

Al secarse las lágrimas, Pedro se dio cuenta de que cada individuo se mantenía a una distancia lo mayor posible de todos los demás. No se dirigían la palabra entre sí. Se acercó a una pared y se sentó en el suelo, tembloroso. Continuó llorando.

Pasó un rato. "Quiero irme de aquí. ¿Qué coño hago aquí? Quiero irme a casa", pensó.

Pasó más rato aún. Se calmó un poco. Miró al cielo. El sol emitía una luz verdosa. Encontró cuatro discos (¿satélites? ¿planetas?) de distintos tamaños. Uno de ellos parecía tener cráteres similares a los de la Luna. Al cabo de un rato se abrió la puerta de la que él mismo procedía.

Salió por ella otro individuo igual a él. Tenía los ojos entrecerrados. Luego los abrió más, y miró con asombro la concurrencia de la explanada. Se frotó los ojos.

—¡Qué mierdas es esto! ¡¡Joder!! ¡Mierda! —gritó el recién llegado.

Después se puso de cuclillas y gritó que quería irse de allí.

"Un momento... ¡Eso es exactamente lo que dije yo hace un rato!" recordó Pedro.

—¿Cómo... cómo es posible? —dijo entonces Pedro en voz alta.

—¡Otro igual! —dijo otro individuo mirando a Pedro.

El tipo recién llegado se apartó a un rincón.

Unos minutos después salió otro individuo. Al salir, gritó:

—¡Qué mierdas es esto! ¡¡Joder!! ¡Mierda!

—¡Quiero irme de aquí! —gritó.

El individuo que había salido por la puerta inmediatamente antes que el recién llegado se quedó mirando a este y preguntó:

—¿Cómo... cómo es posible?

Pedro tuvo la sensación de que la escena se estaba volviendo repetitiva.

—¡Otro igual! —exclamó Pedro. Entonces se sobresaltó. "¡Un momento!", pensó muy sorprendido, "¡Yo mismo estoy repitiendo también el mismo patrón!" Se sintió ridículo, y entonces decidió que en adelante permanecería en silencio.

La escena siguió repitiéndose una y otra vez a intervalos más o menos regulares. Cada nuevo individuo que salía por la puerta repetía el mismo ritual, y era recibido igualmente por los tipos que habían salido inmediatamente antes que él.

Pedro miraba a los protagonistas de cada escena con tristeza... "Otra vez lo mismo. Los tipos que salen por la puerta pasan exactamente por lo mismo que yo. Seguro que les han echado la misma charla los tipos del cristal."

Al cabo de un rato le empezó a resultar cargante lo predecible de los sucesos. "¿Qué pasa? ¿No pueden decidir? ¿Por qué siempre hacen lo mismo? ¡Yo puedo hacer lo que quiera! Si me comporté de esa manera tras salir fue solamente porque no conocía la escena y no sabía que yo también la estaba repitiendo..."

Dio una patada a una piedra del suelo. "Puedo mandar esa piedra donde quiera. No he visto a ninguno de los demás jugar con una piedra... ¡Soy libre! ¡Hago lo que quiero!"

Acto seguido, un nuevo individuo salió por la puerta. La escena comenzó a repetirse como siempre.

—¡Qué mierdas es esto! ¡¡Joder!! ¡Mierda!

—¡Quiero irme de aquí! —gritó.

—¿Cómo... cómo es...?

Antes de que pudiera terminar la frase, Pedro intervino repentinamente.

—¡Soy liiiibre! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones. El recién llegado calló su frase a la mitad, muy sorprendido. Pedro sonrió. Se mostraba exultante y triunfal— ¡Esto no ha pasado nunca! ¡Hago lo que quiero!

Algunos individuos le miraron y se rieron. Aproximadamente la mitad de los que rieron rompieron a llorar inmediatamente después.

"Les he emocionado", decidió Pedro. Entonces se sentó en el suelo con un elocuente gesto de victoria en su rostro.

Las escenas en la puerta siguieron repitiéndose. Pero Pedro se sentía feliz después de haber demostrado su libertad. Al poco rato, se relajó un poco. La espera empezó a aburrirle, así que se dedicó a observar su entorno con más detenimiento. Había una torre en un lateral de la explanada. Subido a ella había un hombre que era parecido a su tío Ramón... Más bien se parecía al tipo que vio antes tras el cristal. Mejor dicho, era igual. Se fijó en que estaba comiendo algo.

¿Era eso un bocata de chopped? Pedro meneó la cabeza.

Entonces se percató de que ya no atendía a la escena repetitiva que se seguía sucediendo una y otra vez. Le daba igual. Él había demostrado que era diferente. Todo eso no iba con él.

Estornudó. Mientras sentía cómo la nariz se le llenaba de mocos, pensó "joder, estoy constipado... Seguro que el capullo del Fide estaba equivocado y no era alergia lo que tenía. Seguro que me contagió sus asquerosos bacilos..." Entonces se entristeció y miró al suelo. No sabía si volvería a ver a Fide jamás. Ni a mamá, ni a ninguna de las personas que le importaban.

De repente, al salir un nuevo individuo por la puerta, algo le sobresaltó. Algo estaba ocurriendo de manera diferente. Un tipo situado lejos de la puerta comenzó a gritar sin que le tocara intervenir. Se dio cuenta de que ese tipo no llevaba demasiado tiempo en la explanada. Por su posición en el grupo, debía haber salido por la puerta dos o tres turnos después de que Pedro rompiera la cadena de repeticiones con su grito liberador.

Lo que gritaba aquel tipo le estremeció.

—¡Soy liiiibre! ¡Esto no ha pasado nunca! ¡Hago lo que quiero!

Pedro reaccionó con una risa nerviosa. Otros a su alrededor rieron con estruendo. Algunos, al dejar de reír, rompieron a llorar como niños.

"Yo seré diferente. Yo no lloraré", decidió Pedro con determinación.

Aproximadamente, lloraron la mitad de los que rieron.

9

Tras una espera insoportable, el hombre de la torre desapareció de su atalaya. Poco después salió por una puerta que había en la base de la torre y se dirigió al grupo.

—¡Síganme todos!

Todos obedecieron a la petición, quizá por una mezcla de aturdimiento y hartazgo. Avanzaron por un camino en el suelo pintado de amarillo. La explanada era ancha, y a lo lejos en ambas direcciones sólo se vislumbraban unos muros blancos que delimitaban el recinto. A los lados del camino el suelo parecía estar compuesto únicamente por cemento blanco. No se veía ni una sola brizna de hierba. No se oían pájaros. Tampoco había brisa.

"Muy posiblemente todos estábamos en la casa de Gómez hace unas horas", dedujo Pedro. Los gestos pensativos de los demás individuos le indicaban que todos habían llegado a la misma conclusión, más o menos al mismo tiempo. Los primeros en darse cuenta eran los primeros que habían salido por la puerta.

Tras un rato llegaron a un pequeño edificio que se erigía en medio de la inmensa explanada. El guía abrió la puerta y les invitó a entrar.

Dentro había una gran sala repleta de hileras de asientos dirigidos en la misma dirección. Al fondo se veía lo que parecía una pantalla de proyección. Diversas columnas se levantaban a intervalos simétricos a lo largo de la sala. También se distribuían homogéneamente algunos megáfonos.

—Siéntense todos, por favor —dijo el guía.

Se formaron varias hileras de individuos que esperaban junto a cada una de las filas de asientos. Pedro se unió a una de ellas. La fila fue avanzando mientras los individuos iban tomando asiento. Pedro se acomodó en el asiento que le había tocado mientras mostraba una actitud similar a la de los demás individuos, que era la de una mezcla de expectación y cansancio.

Entonces Pedro observó que tenía justo enfrente de su asiento una de las columnas de la sala. Ésta le impedía ver la pantalla de proyección. Le pareció muy frustrante. "Joder, ya es mala suerte", pensó. Miró con gesto indignado a los individuos que tenía a sus lados. Todos ellos miraban la pantalla relajadamente sin ningún obstáculo que se lo impidiera. Pedro trató de ladear la cabeza. Comprobó que si estiraba mucho el cuello podía ver la pantalla. La postura era realmente incómoda.

Cuando por fin se sentaron todos, se apagaron las luces y comenzó la proyección.

Sonó una musiquita de fondo y surgió en la pantalla una imagen en blanco y negro de un planeta en el centro de la imagen. No era una foto, más bien parecía un dibujo. Después de unos segundos la imagen desapareció y apareció un letrero que leía:

"Bienvenidos a Hogar"

La musiquita resultó familiar a Pedro. Intentó recordar. Recuperó una postura más relajada en la que no veía la pantalla pero podía concentrarse mejor. Ahora que no tenía nada que mirar, cerró los ojos y recordó... "¡Ya lo tengo! Ésta es la música que sale al final de Anikilation III: Enemigos de la patria morid, la penúltima entrega de la saga, cuando el malvado Dogfucker ya había explotado en mil pedazos... Eso ocurría después de que Anikilator lo atara a una columna con sus propios intestinos y dejara que la bomba explotara... Después de salvar la Tierra, Anikilator era invitado al congreso USA y el presidente lo recibía con gafas de sol y bailando rap... y... sí... sonaba esta misma melodía..." Pedro sonrió recordando ese gran momento. "Claro, en ningún momento se ve que el dedo gordo del pie derecho de Dogfucker se queme... Todo cuadra con el comienzo de Anikilation IV...", razonó. Pedro recordaba que aquella misma musiquita también aparecía en Anikilation III: el videojuego, el juego de tiros al que solía jugar on-line muchas noches con Tarao, Fide y Mos. A Pedro siempre le habían llamado la atención los realistas gráficos 3D de aquel juego, así como los originales escenarios coloristas de los planetas que visitaba Anikilator en su aventura. Curiosamente, ahora que Pedro estaba en otro mundo, todo resultaba mucho menos llamativo que en aquel videojuego. Sin ir más lejos, aquella sala de proyección era bastante fea. La pintura se descascarillaba en algunos puntos de la única pared que estaba pintada, mientras que las otras tres paredes eran de ladrillo visto, ladrillos rojos de arcilla como los de toda la vida. Los propios asientos eran bastante toscos. Y el equipo de sonido que estaba emitiendo aquella musiquilla no parecía ser gran cosa, a juzgar por el ruido estático de fondo.

De repente, sintió un extraño cosquilleo... "Un momento... ¿Qué hace esta melodía sonando a miles de años luz de la Tierra?" Se sobresaltó. "¿Y por qué suena exactamente tal y como yo mismo la suelo tararear?" Siguió escuchando. "¿Y por qué se repite el estribillo una y otra vez?" Pedro recordó que la canción continuaba después de manera diferente. Sin embargo, no conseguía recordar cómo... Entonces se dio cuenta de que se estaba perdiendo la película, y volvió a atender.

"...por lo que la luz tarda 5348 años en llegar a Hogar desde la Tierra. Sin embargo, Pedro Martínez estuvo en el salón de la casa de Gómez hace 7457 años. ¿Qué ha ocurrido en Hogar durante los últimos 2109 años?", rezaba un letrero.

El letrero desapareció y surgió una imagen estática de Pedro (o sea, de cualquiera

de los presentes). La imagen también estaba en blanco y negro. La musiquita seguía sonando.

"Un momento...", pensó Pedro. "¡Esta película es muda! ¿En una civilización extraterrestre siete mil años más avanzada que la que conozco el cine es mudo y en blanco y negro? ¿Será una licencia artística?", se preguntó. "Qué cosa más cutre..."

Observó los individuos sentados en los asientos contiguos. De repente, la mayoría de ellos puso gesto de estar escuchando la música con gran atención. Poco a poco, todos iban poniendo gestos de sorpresa.

"¡Ahora se están dando cuenta del origen de la melodía! ¡Yo he sido el primero en darme cuenta! ¡Realmente soy diferente!", pensó exultante. El cuello le dolía, así que volvió a relajarse unos segundos en la butaca. "Maldita columna..." Cerró los ojos mientras giraba el cuello lentamente. Tras unos segundos, abrió los ojos de nuevo y volvió a estirar el cuello.

Mientras se intercalaban imágenes cuya calidad recordaban a Pedro el vídeo de la comunión de su primo, pero en blanco y negro, la proyección iba contando la historia de Hogar. Hace más de dos mil años vivía en Hogar una especie alienígena que deseaba entrar en contacto con otros seres inteligentes del universo. Conscientes de que jamás podrían desplazarse físicamente a otra estrella, se dieron cuenta de que su contacto con otras culturas debería limitarse al intercambio de conocimientos e información.

Mandaron mensajes a otras estrellas a través de ondas de radio. Dichos mensajes trataban sobre sí mismos, sobre su cultura y su ciencia. A su vez, en ocasiones ellos mismos detectaron señales procedentes de otros mundos, señales que probablemente no habían sido emitidas intencionadamente al espacio exterior por sus emisores. Cuando esto sucedía, trataban de analizar dichas señales para conocer la cultura del emisor y le enviaban de vuelta un mensaje en su propio lenguaje. Tras cierto tiempo, llegaron a establecer diálogos con otras civilizaciones.

Aunque los diálogos fueron fructíferos, pronto se dieron cuenta de que el procedimiento resultaba rudimentario y muy lento, pues cada intervención de un interlocutor podía necesitar miles o millones de años para llegar al otro. Los diálogos resultaban muy poco fluidos y nada eficientes.

Entonces decidieron que la única manera efectiva de transmitir información sería transmitir un individuo de cada especie a la otra especie. Una vez que el individuo llegara al destino, se podrían establecer diálogos directos con él para acceder a sus conocimientos adquiridos. Este procedimiento resultaría mucho más rápido y fluido. Ciertos conocimientos, que al individuo le resultarían evidentes y triviales, podrían ahorrar a los científicos miles de años de espera hasta que una pregunta se transmitiera y llegara su correspondiente respuesta.

No se podría transmitir un individuo físicamente. Sin embargo, podría transmitirse la información suficiente para que un individuo pudiera ser construido, átomo a átomo, en el destino. Es como si se enviara un plano perfectamente detallado del individuo y después, en el destino, se creara una copia exacta siguiendo las instrucciones del plano. Dado que los pensamientos y recuerdos de cada individuo se producen y almacenan de alguna forma en su propia materia, transmitir su plano implicaría transmitir todos sus conocimientos. A pesar de la ingente cantidad de información que hay que transmitir para comunicar el plano átomo a átomo de un individuo, transmitir sus conocimientos adquiridos de esta forma resultaba más eficiente que enviando cada dato por separado. Según parecía, todos los seres inteligentes albergaban dentro de su propia naturaleza (en su cerebro, sistema nervioso, o lo que fuera) una forma de almacenar información que era más eficiente que la que esos mismos seres pudieran inventar conscientemente por medio del lenguaje, la escritura u otros métodos artificiales de almacenar sus propios conocimientos.

El individuo a transmitir no podía ser recién nacido, pues en la mayoría de las especies el conocimiento de un individuo recién nacido era muy escaso o nulo. Por contra, debería enviarse un individuo adulto muy sabio que sobresaliera por su conocimiento global de la cultura de su civilización.

"¡Como yo mismo!", pensó Pedro orgulloso mientras observaba distraído los nudos de los

cordones de sus zapatos, preguntándose indignado para qué servía el doble nudo. Después se tocó el cuello con gesto dolorido. "Qué coñazo de columna, de verdad..." Miró las butacas contiguas. "¡Y qué morro tienen los demás!", pensó con cierto enfado. En realidad, no estaba solo en su desdicha. Otros pocos individuos adoptaban también posturas imposibles para esquivar sus respectivas columnas.

Los habitantes de Hogar desarrollaron un método de registrar y transmitir el plano completo de un objeto cualquiera, incluyendo seres vivos, e incluyeron una descripción del método en cada transmisión que emitían al exterior.

Esta información llegó a Gómez. Surgió en la pantalla un dibujo de Gómez en blanco y negro, deformado y mal trazado pero inconfundible, lo que hizo reír a Pedro. Y a todos los demás. "El que ha pintado eso dibuja igual de mal que yo", pensó divertido.

Gómez extrajo un plano de Pedro Martínez usando una matriz de yogures de pera de AhorraPlus forrados con papel charol azul, y envió esa información en dirección a Hogar hace más de siete mil años. Los habitantes originarios de Hogar recibieron esa información hace unos dos mil años. Entonces, produjeron la primera copia de Pedro Martínez. Nació Uno.

10

Cuando los alienígenas explicaron a Uno cómo y por qué había aparecido allí, éste se sorprendió enormemente. En torno al artilugio copiador donde nació Uno, los alienígenas habían construido un gran recinto rodeado por una cúpula. El aire dentro del recinto era apto para la respiración humana y diferente a la atmósfera de todo el planeta. Pedro se dio cuenta de que la imagen de la cúpula en la pantalla consistía en realidad en un bol puesto boca abajo con cajitas en el interior. En una de ellas podía verse incluso el nombre del fabricante: "Martínez S.L."

Los mensajes que los alienígenas habían difundido por el espacio para solicitar, a aquéllos que pudieran escucharles, que les transmitieran un individuo, incluían algunas instrucciones muy explícitas. En particular indicaban que, junto al plano del especímen de intercambio, sus emisores debían transmitir también planos de alimentos que pudieran nutrirlo. Al poco de enviar los planos de Pedro Martínez, Gómez envió planos de los siguientes productos: Un yogur de pera de AhorraPlus, una bolsa de pipas, media coliflor y un bocata de chopped. Esta lista es muy importante, pues Uno sería alimentado toda su vida por medio de estos productos. En cada desayuno, almuerzo o cena, los alienígenas hacían nuevas copias de estos alimentos a partir de los planos originales, y se la ofrecían a Uno. Conviene por tanto dar algunos detalles adicionales. La bolsa de pipas llevaba en su interior un cromo de la serie Kakakulo y Pedopís. Se trata del cromo 76, en que se recuerda cómo Kakakulo abre las tripas a Pedopís después de que éste se haya comido su ojo izquierdo en un desafortunado despiste. En realidad, el cromo sólo recuerda la mitad de la escena, pues la otra mitad iría en el cromo 77, que debía ponerse justo a su derecha. Por su parte, el bocata de chopped no estaba completo. Tenía un gran mordisco que, por la forma de la mandíbula, parecía deberse a Gómez.

A medida que avanzaba la descripción, Pedro iba poniéndose más y más furioso. "Gordo cutre y tacaño... menudo hijo de puta..." Comenzó a oír los gritos iracundos de sus compañeros.

—¡Menudo cabrón! —gritaban unos.

—¡Métete la coliflor por el culo...! —gritaban otros. Pedro recordó que odiaba la coliflor.

—¡Tacaño! ¡Pedazo de cutre! —gritaban otros.

"Gritan cosas diferentes", pensó Pedro mientras esbozaba una sonrisa. Tras observar durante unos segundos, descubrió que había ciertos patrones en los gritos. Los de las primeras filas, impactados quizá por la inmensa imagen de la asquerosa coliflor, protestaban contra ésta. Los de las últimas filas solían criticar la tacañería de Gómez. Quizá esto se debiera a su malestar por la falta de medios de la propia sala de proyección (la pantalla estaba realmente lejos y tenían que hacer un gran esfuerzo para leer los rótulos). En las posiciones intermedias, simplemente gritaban "cabrón".

Los pocos individuos que estaban situados justo tras una columna no gritaban nada, y se limitaban a observar con detenimiento a los demás.

La proyección continuó. Durante meses Uno fue sometido a múltiples interrogatorios sobre la cultura terrestre por parte de los alienígenas. Las primeras preguntas se centraron en conocer en detalle las figuras de Kakakulo y Pedopís, consideradas por ellos muy influyentes a juzgar por el papel que les otorgaba Uno en cada una de sus narraciones. Después trataron de averiguar qué eran en realidad el chopped y el yogur de pera.

Tras unos meses, los interlocutores alienígenas transmitieron a Uno una extraña noticia. Una misteriosa enfermedad estaba diezmando la población de todo el planeta. Según descubrieron, un minúsculo microorganismo había penetrado en sus cuerpos y los estaba matando.

Al cabo de una semana más, Uno dejó de recibir visitas. En previsión de una posible emergencia, los alienígenas habían introducido el artilugio copiador dentro del recinto de Uno. De esta forma, Uno podía generar su propia comida autónomamente y seguir alimentándose.

Al cabo de un mes, Uno llegó a la conclusión de que estaba completamente solo en ese planeta.

11

Uno había sido provisto de todo tipo de artilugios por sus huéspedes. En poco tiempo encontró un traje presurizado con una bombona de aire y un traductor bidireccional entre su idioma y el idioma alienígena. Con dichos objetos salió de su cúpula y recorrió la ciudad alienígena que lo rodeaba.

Sin duda, los alienígenas habían desaparecido de aquella ciudad. En la soledad más absoluta y a lo largo de varios meses, Uno llegó a conocer en detalle los alrededores de la cúpula. No podía alejarse demasiado, pues tenía que volver periódicamente al artilugio copiador para alimentarse. Tras algún tiempo descubrió un inmenso dispositivo de control del clima. Aprendió que este artilugio permitía modificar la proporción de ciertos componentes de la atmósfera del planeta. Observando las especificaciones del propio aire que él respiraba dentro de su cúpula, introdujo los mismos parámetros en el artilugio. Según se describía en el aparato, los resultados no serían inmediatos, así que debía conservar su traje por el momento.

Uno aprendió a manejar las máquinas de transporte alienígenas, que estaban muy automatizadas en su mayoría. Así pudo explorar los alrededores de la ciudad. Cuando obtuvo más confianza, comenzó a realizar viajes más largos. En cada viaje generaba una gran cantidad de alimentos, los introducía en su aparato volador y se alejaba durante unas semanas para explorar los lugares más recónditos del planeta. Conoció su paisaje natural, así como otras ciudades.

Al cabo de unos quince años en la más absoluta soledad, el proceso de transformación atmosférica terminó y el aire se hizo completamente respirable, lo que le permitió deshacerse de su traje. Pasó los siguientes años aprendiendo todos los detalles posibles sobre la recientemente extinguida civilización alienígena y su cultura. A pesar de su soledad, el constante descubrimiento de las peculiaridades de un mundo tan diferente y sorprendente le mantenía entretenido. Pasaron muchos más años.

Uno se estaba haciendo mayor. Ya no podía hacer sus tareas con el mismo vigor que antes. Se apoyaba en las máquinas alienígenas todo lo que podía, pero necesitaba más ayuda.

Un día se dio cuenta de un hecho trascendental.

Él había llegado a este planeta a través del artilugio copiador. Es decir, el mismo artilugio que utilizaba para reproducir su alimento. El aparato memorizaba todos los objetos que había generado alguna vez, que eran todos los objetos cuyos planos había recibido alguna vez desde estrellas lejanas. Y entre ellos estaba...

Se acercó a sus controles. Los manipuló. Pulsó un botón. Apareció una luz azulada. A los pocos segundos y con gran estruendo, surgió una figura humana en el centro de la plataforma metálica.

—¡Gordo chiflado! ¡Joder! ¡¡Joder!! ¡Iba en serio! ¡Joder! ¿Dónde pelotas estoy? —dijo el recién llegado.

—Bienvenido a Hogar, mi humilde planeta. Y, a partir de ahora, también el tuyo —dijo Uno con voz orgullosa, mientras se acariciaba la barba con la mano.

—¿No estoy en... la Tierra?

12

De esta forma nació una nueva civilización. Uno generó a Dos, a Tres y a Cuatro. Dos generó años después a Cinco, a Seis, a Siete, a Ocho, a Nueve, a Diez y a Once. Y así sucesivamente.

Los nuevos habitantes de la ciudad se dieron cuenta pronto de que los artilugios y herramientas alienígenas no durarían mucho tiempo en correcto funcionamiento sin un adecuado mantenimiento. Este mantenimiento podría estar muy fuera de sus capacidades, tanto presentes como futuras. Por lo tanto, debían aprender a crear su propios artilugios, menos sofisticados pero comprensibles, utilizables y reproducibles.

La capacidad de copia de objetos del artilugio copiador no era infinita. Sólo permitía generar cierta cantidad de masa al día, así que la cantidad de alimentos que se podían producir cada día estaba limitada. Para aumentar la producción de alimentos, habría que desarrollar una industria agroalimentaria propia. Esto no resultaba viable con la tecnología de que disponían, pues los únicos alimentos disponibles no crecían en el suelo. Ni el bocadillo de chopped ni el yogur de pera podían plantarse, y las pipas estaban tostadas. Dada la composición tóxica del subsuelo, ni siquiera la coliflor podía plantarse de una forma económicamente viable. Otra posibilidad para obtener más alimentos sería desarrollar una industria que permitiera copiar el propio artilugio copiador, pues los nuevos artilugios copiadores permitirían generar más alimentos cada día. Desgraciadamente, los nuevos habitantes de Hogar no contaban con un plano de la máquina copiadora.

Cuando la población de la Ciudad era cercana a un millar, el individuo 567 encontró en un antiguo edificio los mensajes que los alienígenas habían enviado a otras estrellas. Entre ellos se incluían las instrucciones que proporcionaban a otras civilizaciones para que estas obtuvieran y enviaran de vuelta los planos de un objeto cualquiera. Siguiendo estas instrucciones, los habitantes de Hogar consiguieron obtener el plano del propio artilugio copiador, y acto seguido lo enviaron en forma de luz, como hiciera Gómez desde su casa muchísimo tiempo atrás, si bien esta vez el destino de dicha luz no era otro mundo, sino un colector situado en la misma sala. Entonces conectaron dicho colector con el artilugio copiador para que le transmitiera, como plano que debía copiar, la información que codificaba dicha luz, que no era otra que el propio artilugio copiador. Pulsaron el botón y... ahí estaba. Otro artilugio copiador. La capacidad de producir alimentos se había multiplicado por dos. Copiando más máquinas copiadoras, esta capacidad no tendría límites. Es más, ahora que la máquina copiadora podía utilizarse para copiar cualquier objeto, se podría producir en serie cualquier producto manufacturado sin necesidad de crear una nueva industria.

Una vez superadas las restricciones alimenticias, los individuos más mayores ya no tenían ninguna restricción para generar nuevos individuos que les ayudaran en sus tareas. En pocos años, la población de la ciudad llegó al millón de habitantes. Todos ellos Pedro Martínez, a distintas edades. Todos ellos con vivencias idénticas hasta los diecisiete años (más bien, idénticos recuerdos de vivencias). Y, a partir de entonces, vivencias diferentes.

Unas pocas generaciones más tarde, la sociedad humana de Hogar se enfrentó a un nuevo reto. Las máquinas copiadoras consumían mucha energía al producir materia, y el exceso de máquinas colapsó las existencias energéticas. Esto obligó a buscar nuevas fuentes de energía. La capacidad de generar alimentos ya no sería ilimitada nunca más. Por otro lado, la fabricación de productos manufacturados ya no podría basarse sistemáticamente en copiarlos con la máquina copiadora, pues el coste energético de dicho procedimiento era prohibitivo y la energía debía reservase para lo que era primordial y no se podía obtener de otro modo, los alimentos. En adelante, los habitantes de Hogar deberían desarrollar sus propias técnicas de fabricación de artilugios. En adelante, todos los habitantes de Hogar tendrían que trabajar duramente para obtener

los recursos necesarios para sobrevivir.

Una sociedad eficiente necesita que sus individuos se especialicen. Los conocimientos específicos de cada individuo permiten a ese individuo aumentar la productividad de las labores que desarrolla. No es fácil especializar individuos que parten de ser exactamente iguales. Sin embargo, vivencias ligeramente diferentes introducen deseos y tendencias ligeramente diferentes. Después, el deseo de cada individuo de no ser igual a los demás, de diferenciarse y ser libre, anhelo que es compartido en realidad por todos los individuos, hace el resto. Unos individuos toman una decisión. Los que vienen después toman la decisión contraria para ser diferentes a los primeros y sentirse libres. Y así sucesivamente.

De esta forma, surgieron manipuladores del artilugio copiador, transportistas para la distribución de los alimentos, analistas de artilugios alienígenas, investigadores para la reconstrucción de la ciencia humana... Después, albañiles para la construcción de barracones, ingenieros para su diseño... Políticos para poner normas que coordinen las actividades de todos, policías para hacer que esas normas se cumplan... Toda una sociedad humana.

Una sociedad en la que todos los individuos creerían haber sido algún día Pedro Martínez.

"Unos dos mil años después de que llegara Uno, la ciencia y la técnica en Hogar han alcanzado un nivel similar al de la Tierra a comienzos del siglo XX. No somos genios, y poco se puede mejorar la capacidad de aprendizaje de un individuo a partir de los diecisiete años... Pero estamos aquí y sobreviviremos. Como prueba de nuestra prosperidad, somos más de mil millones de habitantes los que poblamos Hogar en la actualidad. ¡Viva Pedro!"

"Fin"

13

Las luces se encendieron. La sala estaba en completo silencio. Los individuos se miraban entre sí con gesto incrédulo. Hasta ahora, cada uno había pensado que todos ellos eran iguales por algún tipo de broma pesada. Ahora se daban cuenta de que no había nadie diferente. En todo el planeta. En todo su mundo.

—¡O sea, que no hay pibas! —saltó una voz desde las primeras filas.

—¡Joder! ¡Mierda! —gritó otro desde atrás.

—¿He sido generado... he nacido sólo para cuidar viejos en un planeta asqueroso?

—¡Es injusto! ¿Quién vendrá a cuidarme a mi cuando sea viejo?

—¡Joder! ¡¡¡Joder!!!

A Pedro el cuello le dolía horrores. Miró a los demás con desprecio mientras se pasaba la mano por la nuca. "¿De qué se quejan estos gilipollas? Todos ahí, tan cómodos en sus butacas..."

—Acompáñenme a la salida, por favor —dijo el guía.

Fueron saliendo de la sala de proyección hacia la explanada exterior. Cuando todos estuvieron fuera, el guía se dirigió de nuevo a ellos.

—Por favor, ahora cada uno de ustedes debe escoger el barrio de la ciudad en el que desea alojarse. Les llevaremos a todos a sus casas.

"Ya quisiera yo. Mi casa en la Tierra, no en esta mierda de sitio", pensó Pedro.

—Los que deseen ir al barrio A —continuó el guía—, cercano a las modernas cadenas de producción de la ciudad, con grandes estructuras de sofisticado urbanismo y altos rascacielos, sigan a mi compañero —dijo señalando a un recién llegado vestido de uniforme. Éste, de mediana edad, se parecía muchísimo al propio guía. Les diferenciaba el peinado y una barba corta.

"Así que así seré yo de mayor... Como mi tío Ramón...", pensó Pedro mirando a ambos.

—Los que deseen ir al barrio B, donde se ubican los centros de investigación de la ciudad, rodeados de bellos paisajes naturales, vayan con el otro compañero —dijo señalando a otro tipo—. Los que deseen ir al barrio C, barrio cultural y artístico de la ciudad, con gran animación diurna y nocturna, sigan a aquél —dijo señalando a otro.

De esta forma, el guía fue describiendo las diversas opciones.

Pedro miró a todos los demás individuos con cara de asco, mientras se tocaba el cuello. "Corderitos. ¡Beeee! Vamos, seguid al rebaño. ¡Vamos! ¡Al matadero! ¡Beee! Cabrones... Pedazo de cabrones...", pensó.

Terminaron las opciones. Poco a poco, todos los individuos fueron escogiendo el grupo al que deseaban unirse. Pedro no había decidido todavía. Debía reconocer que la presentación de cada opción hacía que todas ellas le resultaran casi igual de apetecibles. Sin duda, eran unas presentaciones creadas a su medida, a la medida de todos.

Entonces comenzó a decantarse por una de ellas. Echó un vistazo global a toda la escena, con casi todos los individuos ya clasificados en un grupo. Finalmente, se dirigió al grupo del barrio G, donde se ubicaban los centros de gobierno de la ciudad. Mientras se dirigía hacia ese grupo, sonreía de manera socarrona.

Al unirse al grupo, observó a los demás integrantes del mismo. Muchos de ellos se llevaban la mano a la nuca mientras emitían un gesto de dolor.

14

—Señores, ahora todos ustedes recibirán un número identificador —dijo el guía dirigiéndose a todos los grupos—. Más adelante recibirán un nombre, que ustedes mismos escogerán...

"Yo soy Pedro Martínez. No necesito escoger nada", pensó Pedro con determinación. Después miró a los demás. Mostraban la sonrisa de quien está satisfecho con una decisión recién tomada. "Aunque quizá no sea tan buena idea...", rectificó molesto.

Los hombres uniformados comenzaron a repartir papelitos entre los presentes. Pedro recibió el número 95271105. "Genial. Ahora soy un maldito número."

Apareció una hilera de autobuses al fondo de la explanada. Los autobuses se aproximaron a los grupos y pararon.

—¡Qué guay, con alerones! —gritó alguien en el grupo del barrio B.

Efectivamente, los autobuses tenían alerones. Pedro reconoció que le daban cierto aire estético. Después dirigió la mirada hacia el asfalto de la carretera. A lo largo de cada carril se extendían dos hileras paralelas de placas metálicas que corrían en la dirección del carril. Las dos hileras estaban separadas por unos metros. Pedro se dio cuenta de que todos los presentes se estaban fijando en lo mismo que él.

—Esas hileras transmiten energía a los vehículos —se apresuró a decir el guía de manera casi mecánica—. En Hogar no hay combustibles fósiles. Los vehículos se mueven gracias a la energía que captan de las hileras electrificadas dispuestas en el asfalto. Sólo los vehículos del ejército y de las fuerzas de seguridad utilizan baterías de energía autónomas.

Algunos miembros del grupo A se acercaron a las hileras y las contemplaron con curiosidad.

—Ahora suban todos a los autobuses, por favor —continuó—. Éstos les conducirán a sus apartamentos. El conductor anunciará su llegada al barrio escogido.

—Pedro subió a uno de ellos y se sentó junto a la ventana. Cuando el autobús estaba cercano a llenarse, otro individuo se sentó junto a él en el asiento contiguo. Finalmente, el autobús cerró las puertas y comenzó a moverse.

Pedro giró la cabeza para mirar por la ventanilla. La explanada parecía continuar indefinidamente, si bien ya no se veían muros en el horizonte. Al poco tiempo, escuchó:

—Hola.

Pedro se dio la vuelta. Se trataba del individuo que se sentaba a su lado. Le miró con extrañeza.

—¿Cómo te... cuál es tu... cuál es tu número?

Pedro le devolvió una mirada de indiferencia y se dio la vuelta airadamente.

—Yo... —continuó el individuo— yo soy 95271199... ¿Qué barrio has escogido?

Pedro frunció el ceño mientras miraba por la ventana. Se dio la vuelta bruscamente y se dirigió a su acompañante.

—¿Qué mierdas...? ¿qué... qué necesidad tengo yo de hablar contigo? ¿Por qué voy a hablar con... conmigo mismo? —respondió Pedro con visible enfado, mientras se pasaba la mano por la nuca. Emitió un breve gesto de dolor. Continuó— ¡Qué pérdida de tiempo! ¡Qué imbecilidad! No necesito pensar en voz alta...

Volvió a darse la vuelta. El extraño continuó hablando.

—Yo voy al barrio B —respondió. Parecía ignorar la respuesta airada de Pedro—. ¿A qué barrio vas tú...?

Pedro se mantuvo en silencio mientras miraba por la ventana. Observó que otros pasajeros estaban estableciendo conversación entre sí. Al cabo de unos segundos, respondió con voz resignada.

—Al barrio G.

Su compañero mantuvo silencio por un momento. Se mostró dubitativo y respondió.

—Entonces ya no somos iguales.

Pedro frunció el entrecejo. Después se dio la vuelta para volver a mirar por la ventanilla. Notó que el asiento no era muy cómodo. Se estaba clavando unos hierros a la altura de la espalda. Volvió a mirar al compañero.

—¡Vaya mierda de asiento! ¿No te estás clavando algo en la espalda?

—No... – respondió el otro con cierta sorpresa.

Pedro mostró incredulidad. Miró a los demás pasajeros. Hablaban animadamente, sin aparentar incomodidad. Cambió su gesto por la resignación. Volvió a mirar por la ventana. "¿Joder, por qué a mí otra vez?" Sintió enfado. "¿Qué coño he hecho yo?" Decidió concentrarse en la ventana.

Observó que en la lejanía se erigía un enorme conjunto de edificios. "Nos acercamos a la ciudad", pensó. En ese momento, un sujeto uniformado de mediana edad se puso en pie junto al asiento del conductor.

—Vamos a proceder a ofrecerles un pequeño refrigerio.

Pedro se dio cuenta de que tenía hambre. "Bien, una buena noticia al fin." El hombre comenzó a repartir bocadillos. Al poco tiempo llegó a su fila. Pedro cogió su bocadillo con cierta ansia. Lo mordió.

Sintió una gran felicidad al comprobar que el bocadillo contenía una compleja mezcla de sabores. "Bien, parece que han conseguido obtener nuevos alimentos." Masticó y saboreó.

"Un momento... La carne es chopped... y la salsa... sabe a... yogur con... con... ¿pipas?" Pedro separó el bocadillo de su boca y lo observó con detenimiento. En el extremo contrario al lugar que había mordido, había otro mordisco que no se debía a él. "Joooodeeeer..." Cerró los ojos y trató de serenarse. Los volvió a abrir y miró a los demás.

Todos tenían el mismo bocadillo.

—¡Bien! ¡Bien! ¡Os jodéis, como yo! —dijo con satisfacción.

Varias cabezas se dieron la vuelta para mirarle. No se dio cuenta de que lo había gritado. Se acurrucó junto a la ventanilla con cierta vergüenza, y se concentró en el paisaje. Las demás cabezas se fueron reincorporando poco a poco.

Pedro se dio cuenta de que la velocidad del autobús no era muy elevada. El estruendo provocado por el motor indicaba que la velocidad nunca podría ser muy superior a la actual. "¿Entonces para qué sirven los alerones...?", se preguntó extrañado. "El caso es que quedan bien…" Siguió observando por la ventanilla.

15

El autobús estaba adentrándose en la ciudad. Pedro observó los edificios. "¡Son como los de mi barrio! ¿Cómo es posible?" Se trataba de bloques de pisos de ladrillo rojo de cuatro o cinco plantas. De las ventanas colgaba ropa tendida. "¿Era eso una camiseta de Kakakulo?", observó incrédulo. Había terrazas, y algunas estaban acristaladas. Por las aceras caminaban individuos. Todos ellos eran iguales a él, pero de diversas edades. Eso sí, usaban peinados diferentes, algunos estaban teñidos, y algunos tenían barba o bigote. Algunos tenían incluso tatuajes. Vestían diferente, e incluso andaban de manera diferente.

El tráfico en las calles era denso, y el autobús se paraba con mucha frecuencia.

—Nos adentramos en el centro de Ciudad —dijo el hombre uniformado.

Pedro observó que el nombre de las calles estaba indicado en placas colgadas de las paredes.

"¿Calle Tarao?" Pedro meneó la cabeza incrédulo. Observó otra placa: "¿Calle Abuela? ¿Qué es esto...?"

El autobús giró y se adentró en una ancha avenida.

"¡Avenida Rocío!", leyó con gran sorpresa. Al poco tiempo se abrió una gran plaza. El centro de la plaza estaba coronado por una gran estatua de mármol que mostraba una extraña escena. Consistía en una chica con gesto angelical, y un tipo tendido en el suelo con gesto moribundo. El moribundo tenía a su lado un casco, y había una moto tendida sobre el suelo.

Pedro miró el rostro de los personajes. Tenían un vago parecido a... "¡Rocío y el gilipollas del Rob!" Pedro esbozó una sonrisa cómplice. "¡Qué bueno!"

El autobús se adentró en una calle más estrecha.

"¿Calle 'Que le den por culo a papá'?" Pedro cerró los ojos y se estremeció, como si esperase recibir un puñetazo por semejante osadía. Luego se fue relajando poco a poco y abrió los ojos. Su padre no estaba allí. Hacía miles de años que debía haber muerto. No tenía que temerle. "El hijo de puta se fue, y ahora me he ido yo." Sonrió. Sintió una gran liberación. "Qué le den por culo a papá... ¡Muy bueno! ¡Ja!"

El autobús se detuvo en otro atasco. Ante su ventanilla se ubicaba la entrada de un cine. Había el cartel de una película. "La victoria de Pedro", se titulaba. El cartel incluía una breve sinopsis de la película.

"La bella Rocío es secuestrada por el malvado Rob, que es ayudado por Gómez, el científico chiflado. El valiente Pedro decide liberarla. Para ello, recluta un comando de asalto y los entrena. Éste está formado por Fideuá y Mos." Más abajo, otro letrero rezaba "¡Con la participación especial de Anikilator!"

Pedro sonrió ante semejante argumento. Luego torció el gesto. Empezaba a resultarle extraño este mundo a su medida. "Dios, este lugar parece una parodia de mí mismo. Esto empieza a ser un poco cargante..." Miró al resto de los pasajeros en el autobús. La mayoría de ellos observaba todos estos detalles con un elocuente gesto de aprobación y una gran sonrisa.

Bajo el cartel de la película, otro letrero decía: "¡Y a todo color!"

"¿A todo color?", pensó Pedro extrañado. "¿Y la mierda de película muda que nos pusieron antes? ¿No se supone que estábamos más atrasados? Qué raro..." El respaldo del asiento le estaba destrozando la espalda, así que se ladeó hacia delante. Pero en esa postura el cuello le dolía más. Se estaba irritando. Miró a los demás pasajeros. Observó sus sonrisas mientras miraban por la ventanilla, y sintió cierto asco.

Volvió a mirar por la ventanilla. Había un gran bullicio en las calles. Al salir de la calle "Mamá", Pedro pudo ver ante él la entrada de lo que parecía ser un gran centro comercial. Sobre una majestuosa entrada, se leía el siguiente texto en grandes letras amarillas:

"¡Gordo chiflado! ¡Joder! ¡¡Joder!! ¡Iba en serio! ¡Joder! ¿Dónde pelotas estoy? ¡Ahora, por fin lo sabes! ¡En PJR! ¡El Paraíso de los Juegos de Rol!"

Pedro elevó la cabeza. El edificio parecía contar con unas nueve o diez plantas. "¿Todo este edificio sobre juegos de rol? ¡Joder, qué pasada! Con lo que me costaba encontrar tiendas... claro, no éramos muchos", reflexionó. Observó el rostro maravillado de los demás pasajeros. "Aquí todo es diferente, claro." Vio un pequeño cartel a un lateral de la entrada: "MMXXIV Campeonato Mundial de Rol, Copa Val Hancín. Con el patrocinio del Ministerio de Juegos de Rol y Cultura."

Pedro torció el gesto. "Esto empieza a ponerse un poco desproporcionado...", pensó.

El autobús continuó su recorrido. Al cabo de un rato, el nombre de las calles comenzó a extrañar a Pedro un poco más. "¿Calle 'Mamá II'? ¿Calle 'Tarao IV'?" Pedro frunció el ceño. "¿Calle 'Que le den por culo a papá VI'?" Pedro se inquietó. "¿Tan poco original soy?"

La densidad de edificios se hizo menor, y la calle comenzó una leve cuesta hacia arriba. Poco a poco el relieve se volvió más pronunciado. El autobús comenzó a deslizarse

por abruptos acantilados desde los que se vislumbraba un bello panorama de la ciudad. El recorrido ascendente continuó hasta que el autobús se paró ante un edificio de extraño diseño.

—Los que vayan al barrio B pueden bajarse —anunció el hombre uniformado.

Algunos pasajeros salieron del autobús. El compañero de Pedro dijo un breve "Ya nos veremos", y bajó junto a los demás. Pedro aprovechó para ocupar su asiento. Apoyó la espalda contra el respaldo y se relajó un poco.

El autobús volvió a descender. Al cabo de pocos minutos, surgieron grandes edificios llenos de columnas. El autobús volvió a parar.

—Pueden bajar los que vayan al barrio G.

Pedro bajó del autobús junto a otros pasajeros.

16

Otro hombre uniformado esperaba a los pasajeros que se bajaban del autobús.

—Les acompañaré a sus apartamentos. Antes les daré cierta cantidad de dinero a cada uno. Hagan una fila, por favor.

Pedro se unió a ella. Cuando le llegó el turno, recibió un paquete de pequeñas cartulinas. Pedro observó detenidamente una de ellas. Contenía un extraño dibujo incompleto. "¡Ey! ¡Éste es Kakakulo!" El dibujo mostraba una imagen parcial de Kakakulo abriendo las tripas de Pedopís. Pedro dio la vuelta a la cartulina. Estaba escrito el número 76. Luego miró las demás cartulinas. Todas eran iguales.

—Cada billete vale 1 KP, la moneda oficial de la República del Hogar. En total, cada uno de ustedes tiene 25 KP.

"Genial. Veinticinco cromos de Kakakulo y Pedopís", pensó Pedró.

Se le acercó otro individuo que acababa de recibir su paquete. Miró a Pedro, y entre risas dijo:

—¡Qué mala suerte! ¡Todos repe! ¿Cambiamos...?

Pedro se le quedó mirando con gesto serio. Luego, súbitamente, rompió a carcajadas. La risa se prolongó por largo tiempo. Cuando por fin paró, tenía los ojos llorosos. Se secó las lágrimas con el brazo y miró al cielo mientras apretaba los dientes. "Todo es una mierda", pensaba. Sintió una punzada de dolor en el cuello, y volvió a mirar hacia delante. Su mirada estaba perdida.

El individuo que se había dirigido a Pedro se distanció de él con cierto miedo.

—Mañana comenzarán sus estudios de reeducación. Ahora, acompáñenme a sus apartamentos – intervino el hombre.

Abrió un portal y entró. El grupo le siguió por el interior del edificio. Algunos se llevaban la mano al cuello con gesto dolorido. "Pero a ninguno se os estaban clavando estacas en el asiento del autobús. Hijos de puta...", pensó Pedro con rabia. Al llegar a cada puerta, el hombre daba una llave a alguno de los individuos, el cual abría la puerta y entraba con gesto de resignación.

Al cabo de cierto rato, le tocó el turno a Pedro. Tras introducirse en su apartamento, se apresuró a cerrar la puerta con llave. Se sentía feliz de estar solo.

La sala le recordaba a una habitación de hotel en la que estuvo una vez con su madre por vacaciones. Había una cama, una mesa y una tele sobre ella. "¿Una tele? Eso vino mucho después del cine mudo, ¿no?" También había una puerta hacia el servicio. Entró. Tenía sed, y tomó un vaso sobre el lavabo para llenárselo de agua. "Espero que al menos sepan hacer agua." Antes de accionar el grifo, miró el vaso con detenimiento. Tenía manchas de grasa y ¿sangre? Lo dejó con asco donde lo encontró. Echó de menos una bolsa de AhorraPlus. "Incluso cuando se me olvidaba sacar el ticket de compra de la bolsa y nos lo encontrábamos después flotando, era menos asqueroso que esto", pensó. Bebió a morro del grifo. "Este agua sabe a culo", reflexionó mientras saboreaba. Pero era lo mejor que había.

Miró con detenimiento un espejo que había sobre el lavabo. Observó que la imagen de sí mismo sobre el espejo parecía estar inmóvil. "Un momento, esto no es un espejo..." Tocó con los dedos la superficie del objeto. "¡Esto es una foto mía...!" Se enfureció. "Muy, muy gracioso... Vaya recibimiento."

Decidió ducharse. Tras desvestirse, entró

en la ducha y accionó el grifo. El agua estaba congelada. Modificó los controles, pero no ocurría nada. "¡Mierda!" Se dio cuenta de que no tenía a quién quejarse. Y tampoco le apetecía salir de la habitación. Ya que estaba en la ducha, decidió ducharse de todas formas. "¡Uaaaa! ¡Joooder que frrríííaaa!" Tras dos insufribles minutos de aullidos, salió de la ducha y se secó con una toalla. Desde el baño, una ventana apuntaba a un patio interior. La abrió. Salía vapor de las demás ventanas. "Los demás hijos de puta tienen agua caliente en sus duchas. Una vez más, soy el único gilipollas." Su pulso empezó a acelerarse mientras su ira aumentaba. "¿Todos iguales? ¡Una mierda! Soy el único imbécil al que le ocurren estas putadas. ¿Joder, por qué yo?" Pedro razonó que a alguien le tenía que tocar la columna en el cine, el asiento roto en el autobús y la ducha sin agua caliente en la habitación. Pero, ¿cuántas casualidades tenían que darse para que le ocurrieran todas esas cosas a él?

Su odio hacia todos los demás individuos de ese inmundo planeta crecía por momentos. Volvió a la habitación. Miró la cama con más detenimiento. "Colcha de Anikilator, cómo no." Se estaba hartando de tanta chorrada hecha a medida. "A los demás subnormales les encantará, claro."

"Tengo que relajarme." Encendió la televisión. Se trataba de un gran armatoste. Al salir la imagen, Pedro comprobó que era en blanco y negro. "Bueno, algo es algo", pensó.

Parecía que estaban emitiendo una serie.

"¡Rocío! ¡Yo te salvaré!", gritaba el héroe. Era Pedro, claro.

"¡Socoooorro!", gritaba una voz afeminada. Bueno, más bien era una voz de hombre imitando una voz de chica, y bastante mal. Pedro se fijó en el personaje. "Soy yo mismo con peluca y tetas postizas. Qué cosa más cutre y lamentable", pensó.

"¡Jajaja! ¡No escaparás!", gritaba el villano desde su moto mientras agarraba al personaje de Rocío. "Ese también soy yo", reflexionó Pedro. "Menuda mierda..."

"¡Pedro! ¡Yo te ayudaré!", gritaba un nuevo personaje que apareció en escena. Estaba metido dentro de un grotesco disfraz, con una inmensa cabezota azul y dos ojos saltones. "Un momento... ¡Ése es Kakakulo! ¡Joder! ¡Esto es patético!" Se levantó de la cama y apagó el televisor de un manotazo.

"Menudo mundo de lamentables payasos." Sentía una profunda ira. Apagó la luz, se tumbó en la cama y cerró los ojos. Hacía ya bastante rato que era de noche y estaba agotado. Trató de relajarse, pero sintió que no podía. Entonces se dio cuenta de que una fuerte luz golpeaba sus párpados cerrados a intervalos irregulares. Incómodo, abrió los ojos y se levantó de la cama para averiguar de dónde procedía aquella luminosidad. Abrió la ventana de su habitación y asomó la cabeza. Entonces comprobó con bastante enfado que, justo al lado de su ventana, colgaba de la fachada de su edificio un inmenso letrero luminoso que leía 'Apartamentos Anikilator'. El letrero no era intermitente a propósito, sino que parecía estar estropeado y emitía un desagradable zumbido metálico. "¿También esto me ha tocado a mí?", se preguntó irritado. Pedro pegó un fuerte puñetazo contra la pared. Mientras se pasaba la otra mano sobre sus nudillos doloridos, volvió a tumbarse. "Vaya mierda. ¡Vaya mierda!", pensó iracundo. Cerró los ojos y giró su cuerpo en dirección contraria a la ventana.

Al cabo de unos minutos, oyó un gran golpe procedente de la calle. Había sonado como algo blando estampándose contra una superficie dura.

Sobresaltado, se levantó y volvió a mirar por la ventana. En el suelo de la calle yacía un individuo. Otras cabezas salieron por las ventanas.

—¡Ha saltado por la ventana! —gritó una voz.

—¡Aaaah! ¡Se ha suicidado! —le siguió otra.

Otras voces de lamentos le acompañaron.

Sin embargo, Pedro se dio cuenta de que se alegraba. "Un payaso menos." Al principio se asustó por sentir eso. Luego meneó la cabeza. "Bah, no son yo. Son seres patéticos y lamentables. Y si mueren, mejor."

Pedro volvió a tumbarse con una sonrisa en sus labios. Oyó cómo un vehículo con sirena llegaba con gran rapidez, y cómo sus vecinos relataban nerviosos y acalorados la escena a sus ocupantes. Las voces de los

recién llegados del vehículo, sin embargo, no mostraban signos de sorpresa. Oyó cómo montaban el cuerpo dentro del vehículo y arrancaban. Al cabo de un rato, las voces temblorosas de los vecinos comenzaron a apagarse. Volvió a hacerse el silencio.

Un rato después, se oyó otro gran golpe. Esta vez Pedro no se levantó.

—¡Otro! ¡Ha saltado otro! —dijo alguien.

—¡Oh! ¡Nooo!

—¡No lo hagáis, hermanos! ¡Es duro, pero debemos resistir! —intervino otro vecino.

Pedro volvió a esbozar una sonrisa. Tras unos momentos de confusión, la escena del vehículo se repitió. Y otro rato más tarde los ruidos de los vecinos fueron apagándose de nuevo. Ya había entrado la noche. Pedro decidió dormirse.

Cuando Pedro estaba a punto de dormirse, se oyó otro golpe más. Se repitieron las voces de horror, miedo y aliento mutuo. Esta vez Pedro sintió que tenía que intervenir.

Sacó su cabeza por la ventana, y con una gran sonrisa comenzó a aplaudir.

Los demás vecinos callaron y le miraron con gesto incrédulo.

—¡Bravo! ¡Un imbécil menos! —gritó Pedro socarronamente, mientras no dejaba de aplaudir.

—¡Cómo puedes decir eso! —le respondió una cabeza asomada con gesto de indignación y asco.

—Está loco… —murmuró otra cabeza más lejana en voz baja.

—¡Bravo! —repitió Pedro. Después dejó de aplaudir y volvió a meter la cabeza en la habitación. Las voces de indignación continuaban.

"Ya podrían tirarse todos... Así me dejarían dormir."

Durante un rato pensó en los suicidios. Se dio cuenta de que él no quería suicidarse.

"Odio demasiado a estos anormales como para dejarles solos. Me necesitan", pensó mientras sonreía y apretaba el puño derecho con fuerza.

Pedro recordó que al día siguiente comenzaría sus "estudios de reeducación". Sería otra soplapollez. Tenía que dormirse.

Puede leerse la obra completa en http://npcompleto.wordpress.com

El último recuerdo

Daniel Figueroa Arias

Yo fui un Controlador, hasta que no lo soporte más.

No era que mi trabajo fuera muy pesado. Incluso las condiciones que me asignaron para vivir eran espléndidas: una acogedora casa en las zonas altas de un valle, con una linda vista hacia la ciudad, que se volvía magnífica al atardecer con el sol poniente bañando la ciudad.

A mi cargo estaba un pequeño país en medio del continente americano. Nada complejo, conmigo bastaba y hasta me quedaba tiempo libre. Casi todas las noches apagaba las luces y me sentaba en la sala, frente a la ventana, con mi portátil en el regazo. Veía la ciudad a lo lejos, escalando las faldas de las montañas al otro lado del valle, mientras curioseaba cómo les iba a los otros.

La mayoría de los otros territorios eran tan complejos, que sus Controladores formaban escuadrones para mantener el control y aun así no lograban contener la situación, que empeoraba mucho más rápido de lo previsto... justo como había pasado una y otra vez.

Por otro lado, tenía sus ventajas el estar a cargo de esos lugares. Muchos de mis colegas se volvían figuras muy influyentes. Así era como aparecían los gurús, los líderes de algún sector o los poderes detrás de tronos que nadie contradecía.

Después de todo, de alguna manera había que soportar los siglos de existencia y el "recordar". Me explico. Los Guardias o Controladores éramos los únicos que permanecíamos despiertos. Mientras nuestros cuerpos permanecían en una suspensión casi perfecta por milenios, nuestros espíritus iban de una vida a otra, naciendo y muriendo dentro de una cotidianidad y una historia, ficticias, pero desgraciadamente tan similares a las que dejamos atrás... Era la existencia que la humanidad había aceptado, cuando el mundo real se le volvió insoportable.

Quién sabe si después de tantas vidas terminaron olvidando o si desde un inicio escogieron la ignorancia para vivir y soñar tranquilos. La cuestión era que no recordaban de dónde venían, ni qué había pasado. El mundo que soñaban era tan genuino como el viejo mundo real de generaciones anteriores, con sus ciudades, culturas, bosques, mares...

Sólo los Controladores recordábamos para mantener la consistencia del sistema, controlar la tasa de reencarnación y prevenir errores. Sólo los Controladores despertábamos si era necesario, cuando los sistemas automáticos no podían arreglar algo. Pero los sistemas eran tan eficientes y robustos, que el despertar se volvió casi un tabú: "¿Para qué despertar, si lo único que verás son kilómetros y kilómetros de túneles con reductos de estasis, cables y más computadoras?" Eso me decían mis colegas cuando les comentaba de mis paseos.

Y es que, con bastante frecuencia, cuando mi "yo virtual" se iba a dormir, yo despertaba. Me iba a caminar por aquellos corredores tipo catacumbas, atiborrados con hileras de vainas que con su resplandor luminiscente, iluminaban aquellos túneles, que de otra forma serían oscuros como cavernas. Adentro de cada una, el resplandor dejaba ver la silueta de una persona.

Mis primeros paseos fueron dolorosos. Quién sabe hacía cuánto no usaba mis piernas, pero con el tiempo se tonificaron y pude llegar más lejos. Descendí a las partes más remotas y vitales del sistema, las entrañas de la máquina que sostenía a la humanidad. Anduve hasta los niveles superiores, donde encontré amplias galerías y pasillos con ventanales en todas direcciones, domos de cristal y balcones de observación. Mientras los recorría, imaginaba aquellos lugares abarrotados de personas y aún bañados por la luz del sol. ¿Yo también había recorrido estos pasillos? Quizás, incluso nosotros pudimos escoger olvidar algunas cosas.

Algunos de los cristales no se habían echado a perder por el tiempo. A través de ellos, atisbé un panorama poblado de retorcidos esqueletos de acero que tapaban el horizonte, cañones esculpidos por ríos de antaño y ahora repletos de una sustancia repugnante, y un cielo con todos los colores imaginables menos el celeste o blanco de nuestros sueños.

Ciertamente la humanidad había provocado, y a la vez eludido, el fin del mundo...

Al menos eso pensamos. Hacia el final del primer ciclo hubo un revuelo: el medio ambiente y todo el sistema se deterioraban a niveles críticos. No sólo era el cambio climático, la contaminación o las extinciones. Más allá de las reglas "de la naturaleza", construidas de manera semejante a sus contrapartes del mundo físico, estaban las reglas en el trasfondo: la mecánica interna del sistema que reaccionaba de manera imprevista por los excesos de la humanidad, aumentando el espectro de catástrofes. Terremotos y erupciones, parafenómenos celestes, pestes extrañas y repentinas, hordas de bestias que asolaban las ciudades, violencia cada vez más frecuente y cruenta...

Los Guardias nos quedábamos sin opciones. No podíamos cambiar las reglas del sistema sin más, sin alterar su balance y consistencia, lo cual hubiera significado un descalabro para toda la humanidad. Ciertamente teníamos nuestras herramientas, como por ejemplo disminuir la población mundial mediante sutiles estratagemas económicas y sociales, pero también esto, a la larga, tenía sus consecuencias nefastas. Cuando nos dimos cuenta, el efecto mariposa nos estaba dejando desarmados.

Después de discutir, dimos con una solución: reiniciar el sistema. Pusimos a todos a dormir dentro del sueño. Entonces recargábamos con más recursos y cambiamos algunas reglas dentro de lo factible. Finalmente, dejamos algún porcentaje de las personas en suspensión, para reducir la tasa de reencarnación y que se irían intercalando conforme las generaciones pasaban.

Funcionó bien. Pasaron milenios hasta que nos vimos en la misma situación. Entonces, volvimos a reiniciar, no sin cierta aprensión. De nuevo, el andar de los milenios, como un parpadeo dentro de un sueño y nos vimos en la necesidad... Costaba creer cuántas veces el ciclo se había repetido. Según mis cuentas, nos acercábamos al centenar, mas ese no era el punto, sino que el último ciclo apenas duró trece milenios.

Era obvio que los ciclos se acortaban. En los primeros fue apenas perceptible, pero la diferencia se fue incrementando, hasta que los últimos parecían precipitarse al abismo tan pronto como arrancaban. Yo, antes que cualquier otro, fui el primero en reconocer que la contingencia no funcionaba ya, después de todo fue mi idea en primer lugar. Por más que reiniciáramos, la raíz del problema seguía presente y más aún, algo quedaba del ciclo anterior, en la memoria quizás, quizás algo permanecía impreso en los sistemas del trasfondo.

Siempre el ocaso de la civilización comenzaba con un evento singular para cada era: el Sínodo de los Guardianes.

Por cientos de años, revisábamos toda la historia de la Era. No había momentos, ni detalles insignificantes. A los ojos de un Controlador, el tiempo no era una línea, sino una totalidad vibrante, armónica y compacta, pero que hacia el final se tornaba más vibrante, violenta y convulsa, hasta que debíamos congelarla y hacerla colapsar sobre sí misma antes de que reventara, llevándose a todos consigo.

Pero antes el último sueño. Teníamos que hacerlos dormir a todos, dentro del sueño, para que despertaran algunos dentro de la siguiente Era. Una vez más, fui el designado para tal tarea.

Desperté, y como anteriores veces, me levanté de mi vaina y comencé a andar por aquellos pasillos.

El ambiente era húmedo y caluroso. No había luz, a excepción de la emanada por alguna que otra pantalla o panel escondido en algún rincón. Esta vez tomé otros pasillos y transité por estancias olvidadas. Cerca estaban las vainas donde dormían los Controladores. Dormían, esperando según ellos otro amanecer, donde serían de nuevo los amos de la historia y gobernar por otro ciclo más…

Era difícil respirar, sentía como si la presión incrementase conforme descendía de un piso a otro. Trataba de no pensar en nada, sólo en la secuencia que había descifrado años atrás cuando buscaba la manera de reiniciar el sistema. Iba de un panel a otro, de una palanca a otra, con precisión en aquel laberinto de metal y sopor.

Ya sólo faltaba buscar el último panel de control. Ante mí se abría un pasillo, estrecho, internándose tan profundamente como nunca antes había llegado una caverna o túnel. Al cruzar su umbral, una muralla de vaho caliente golpeó mi rostro, haciéndome pensar que un caldero hirviendo me esperaba abajo. La presión se había vuelto insoportable. Mi respiración se convirtió en jadeos. La oscuridad era completa, ¿era así de oscuro el lugar o mi mirada comenzaba a fallar?

Avanzaba. Sentía náuseas, con cada respiración el aire se tornaba más enrarecido. Comenzaba a perder la orientación. Tenía que mantenerme concentrado en mi objetivo... La idea de que todo volviera a comenzar... reencarnación, tras reencarnación... Mis manos se aferraban a la pared y me sostenían en la marcha... Y todo esto sólo para olvidar y encontrarse con el mismo callejón, la futilidad... Un paso frente al otro, sólo eso me quedaba...

Mi cabeza chocó con algo. Al abrir los ojos, vi unas luces rojas. Mis dedos recorrieron la superficie húmeda de la pared. Había un panel. Lo recorrí hasta encontrarla. Esa, esa debía ser la palanca. Me aferré a esta con ambas manos y la bajé.

Al final, dormirían dentro de otro sueño, y después, todo se apagará. Entonces las vainas brillantes se volverán sarcófagos opacos. Y muy pronto yo me uniría a ellos. En mi tumba, la más profunda que ningún viviente conoció, llevándome el último recuerdo de la humanidad.

Buenas noches, a todos...

©Mack acelera el paso

Mauricio del Castillo

Matías amaba su trabajo tanto como nosotros amamos el nuestro. No encontraría otro igual ya que el número de desempleados aumentaba y había miles que matarían por un empleo como el suyo. Amaba el olor de los muebles, el olor a café de grano recién hecho, el papel tapiz, las luces incandescentes, así como a la muchacha rubia de recursos humanos.

Cada mañana, Matías llegaba diez minutos más temprano para ejecutar sus labores. A pesar de que su jefe no poseía buenos modales lo encontraba agradable, sobre todo los viernes cuando estaba latente el fin de semana para disfrutar. No había nadie que tuviera quejas de él, como él no tenía quejas de nadie. Hacía más de un año que había entrado a laborar a la empresa y no pasaba un día en que no se mostrara dichoso de haber llegado a este mundo.

Sólo había un problema: su ordenador de escritorio. Matías pensaba sin duda alguna que era el más lento y desajustado en toda la compañía. Siempre había que arreglar tal o cual desperfecto en él. Si no se trataba de la desconfiguración en el teclado, era la baja capacidad para conectarse a Internet; si no era la falta de Internet, se apagaba por sí solo sin explicación alguna. Lo que más odiaba de él era el dibujo animado de Kitty la Oruga en la pantalla de su escritorio. Había intentado por todos los medios retirarlo, pero resultó imposible: el panel de control había sido desactivado.

Desde el primer día que llegó, la ridícula y cursi Kitty estaba ahí presente, enfundada en un gorro y arrastrando un repugnante cuerpo de gusano como si eso fuera a enternecer a una niña. En la realidad, cualquiera la hubiera aplastado con la suela del zapato y quitado su gelatinosa masa con una espátula. Por desgracia no podía desprenderla de la pantalla, y para colmo tardaba media hora en cargar todos los programas que debía ejecutar. De modo que tenía que soportar ver

a Kitty la Oruga, la incómoda Kitty, la fétida Kitty…

—Oye, Rodo —dijo un día Matías a su jefe—, ¿puedes hacer que me cambien el ordenador? En serio, ya no lo soporto. Tengo aquí casi una hora y no puedo empezar a trabajar.

Su jefe alzó la vista por encima de los papeles que había sobre su escritorio y dijo:

—¿Ya lo reiniciaste?

Al parecer esa era la única respuesta que sabía. «¿Ya lo reiniciaste?» Sí, pensó Matías, como si eso fuera a resolver los problemas del maldito mundo. Reinicien todos sus ordenadores, sus relaciones, sus vidas y disfruten de la paz mundial. Qué gran respuesta.

—Sí, Rodo, ya lo hice. Por eso te estoy pidiendo que lo cambies o lo mandes arreglar.

El jefe de Matías rodeó su escritorio. Se alzó los pantalones con un pequeño salto, pasó sus pulgares a lo largo del cinturón y carraspeó con fuerza antes de decir:

—Ay, Matías. Dime, ¿qué puedo hacer por ti? Sabes que el gerente me tiene del cuello con el copilado de mayo, el análisis de las cortinas de mayoreo y el especial de Navidad. Si pido que te cambien o arreglen el ordenador me van a enumerar miles de asuntos más. Aguanta un poco a ver qué dicen en contabilidad.

—Por trabajo nunca me quejo, Rodo, lo sabes bien. Pero si quieres que te ayude a sacar esos pendientes, busca la puta forma de que el presupuesto del año que viene incluya un ordenador nuevo. No te pido mucho, Rodo, sólo un poco de insistencia.

Matías era el empleado más confiable de toda el área. Se reconocía la capacidad de Matías para hacer las cosas. Cualquier otro ya hubiera renunciado con la carga de trabajo y la falta de experiencia.

—Veré al jefe de sistemas y le diré que…

—Olvida a los de sistemas, Rodo. Llevó un año aquí y no han podido arreglar nada. Sigo teniendo los mismos problemas: se tarda en abrir los programas que quiero, está desconfigurado el tablero, no puedo escuchar mi música y para colmo esto. —Con un gesto de la mano, Matías mostró la imagen de Kitty la Oruga en la pantalla, como si se tratara de la imagen del hombre elefante o el espectáculo explícito de una pareja teniendo relaciones sexuales.

—¿No te gusta Kitty la Oruga? Yo creo que es linda —comentó el jefe de Matías.

—No, no lo es. Es cursi. Me provoca náuseas. ¿Quién fue el cabrón que la puso ahí?

El jefe de Matías se limitó a sonreír y se dirigió con lentitud a su escritorio. Luego de tomar asiento y sorber su refresco de lata, dijo:

—Solo dame un par de días, ¿quieres? Alguien en esta jodida empresa me tiene que dar una solución.

Matías dio una fuerte palmada en la pantalla y se cruzó de brazos.

Nosotros no podíamos realizar un ajuste. A pesar de estar conectados por medio de la red y de miles de sistemas de navegación, no éramos capaces de interferir en el software de un equipo externo. Es cierto que tenemos dentro de nuestros discos duros programas que pueden localizar un exceso de memoria, el inoportuno *spam* o sencillamente un virus creado por un *hacker* para fastidiar. Pero si los humanos no lograron hacer ajustes, hubo muy poco que nosotros pudiéramos hacer para ayudarlos. Nadie en la empresa lo sabía, ni el presidente, el gerente, el jefe de sistemas, el jefe de Matías, la exquisita rubia de recursos humanos, el idiota que colocó la imagen de Kitty la Oruga y mucho menos Matías.

Tampoco hubo una respuesta por parte de nuestros santos padres san Steven Jobs, san William Gates y san Paul Allen, mejor conocidos como la Santa Trinidad del Gran *Enter*. Éramos una voz que nunca había sido escuchada. A quien pudiera importarle tenía que entendernos. Hasta ese momento solo éramos herramientas, hechos a base de las necesidades de un hombre. Pero como los gatos y los perros, merecíamos un trato especial y digno.

Al día siguiente, Matías escuchó la estridente voz de su jefe decir:

—¡Matías! ¿Quieres explicarme dónde quedó la tabla de los cotejos?

—¿Qué dices? Te la envié ayer antes de irme.

—No, idiota. Me enviaste un documento

con basura. Mira.

Matías se acercó a la pantalla de su jefe. Allí sólo se presentaban caracteres en plena desconfiguración.

—Yo no hice nada —objetó Matías.

—Nos va a cargar la chingada, Matías. ¿Qué carajos le diré al gerente?

—Es mi máquina, Rodo. El virus la puso así. Tienes que mandar a arreglarla o cambiarla por una nueva. Y mejor.

—Tan bien que íbamos y me sales con una cagada.

Matías mantuvo la mirada en alto y dijo:

—A mí ni me digas. No es mi problema.

Durante el transcurso del día, Matías no pudo avanzar casi nada en todos sus pendientes. Nadie contabilizaba su producción, pero nosotros afirmamos que fue el día en que hubo la más baja producción de Matías durante toda su estancia en la empresa. Había que hacer muchos ajustes en la memoria y en la eliminación de ciertos archivos defectuosos, los cuales ocupaban demasiado espacio en el disco duro. Por fortuna ese día era viernes, y nunca más volvimos a saber de nuestro compañero defectuoso. El jefe de Matías había llegado al tope de la situación y decidió a hacer cambios bruscos con el equipo; tan bruscos que el jefe de contabilidad pensó que se había vuelto loco.

Pero terminaron por consentir la petición. Matías estaba por convertirse en el primer usuario de una nueva era en la informática.

El lunes por la mañana, dos horas antes de que arribara el personal, fuimos testigos de la llegada del nuevo ordenador personal. Cuando los técnicos de sistemas lo encendieron, supimos que era un tanto diferente del resto de nosotros.

En primer lugar no disponía de teclado alguno. Esto era extraño, incluso para nosotros, ya que una parte importante de los comandos que recibimos proviene del uso adecuado del tablero. En su lugar se hallaba un círculo de goma color rojo. La pantalla fue también sustituida por unas gafas digitales de enlace. Los electrodos fueron situados sobre la superficie del cuero cabelludo en forma muy esparcida (abarcando todas las regiones del cerebro) y sin requerir ningún tipo de cirugía para su colocación. Todo el entramado de circuitos fue reducido a una pequeña caja fosforescente no mayor que la uña de un pie. Miles de millones de instrucciones de coma flotante por segundo, aire acondicionado industrial y proveía cálculos a alta velocidad de procesamiento.

Con un mejor ánimo, el jefe de Matías mostró el nuevo superordenador.

—Ni el dueño tiene uno como este —señaló.

Matías lo observó por todos los ángulos y dijo:

—Se ve mejor que el otro. ¿Pero dónde está la pantalla y el tablero?

—Sólo pruébalo y acostúmbrate a él. Ponte las gafas y sigue las instrucciones.

Matías, con cierta duda, se colocó las gafas. En menos de un segundo una nova estalló enfrente de sus ojos. Una serie de bandas modulares y decenas de indicadores parpadeaban a cada momento. Contempló un paisaje cubista, un apiñamiento de casuales formas blancas bajo un fondo azul, atravesado por nubes verdes que se movían hacia adelante y hacia atrás. Se preguntó qué representaban en realidad esas formas geométricas, pero aunque intentaba reordenarlas en el espacio para asociarlas con alguna otra cosa, seguían siendo un aleatorio conjunto de formas geométricas. El efecto era similar al de la mezcalina y otros alucinógenos, bajo cuya influencia los poros de la piel parecían tan profundos como los cráteres de la Luna, y los pliegues de un vestido se transformaban en los rizos del oleaje de la permanencia.

El rostro tridimensional de un hombre calvo le sonrió. La voz del nuevo ordenador era toda armonía, con un pequeño siseo ibérico:

—Buenos días, licenciado. Mi nombre es ©Mack 5000.

Matías abrió la boca y suspiró. No podía creer lo que habían conseguido. Nunca antes pensó que los ordenadores pudieran saludarlo, inclusive si se referían a él como «licenciado». Nadie en la oficina lo llamaba así.

—Gracias, ©Mack. Oye, te llamas igual que…

—En realidad era mi abuelo. Su nombre se deletreaba M-A-C. El mío M-A-C-K. Se le suele añadir el signo de *copyright* al principio.

—¡Caramba! Esto es… ¡fascinante! Oye, ¿para qué sirve este círculo rojo? —Matías lo tocó con la punta del dedo índice, pero en el visor de las gafas apareció la indicación «ERROR».

—Eso es el pulsor. Ya no necesitará de teclados y tabuladores. Sólo concéntrese y hágame saber a través de los guantes de enlace los comandos que requiera. Sus órdenes serán ejecutadas al instante.

—¡Hilarante! —exclamó Matías. Se colocó los guantes de enlace con las terminaciones brillando justo en las yemas y escribió/dictó la palabra «Michelle», el nombre de la muchacha de recursos humanos. Nunca antes había visto ese nombre tan bellamente escrito.

—Con el arrastre de dos dedos, puede desplazarse al programa que usted guste —indicó ©Mack—. Al hacerlo con tres dedos usted puede deslizar toda la página de arriba abajo, licenciado.

—Sí, claro. Creo que ya lo entendí. Oye, ©Mack, no tienes que llamarme «licenciado». Puedes decirme «Matías». No me molesta.

—Será todo un placer, Matías.

Si ustedes se preguntan cómo una red de ordenadores puede tener celos de un ordenador un tanto distinto, permítanos aclarar que eso no ocurrió con nosotros. Pero una vez que conectaron a ©Mack al resto de nosotros, nos percatamos en el acto de que era un ególatra y un tanto orgulloso. Nosotros, lejos de resignarnos, le restamos importancia y seguimos enfriándonos luego de una larga jornada.

Él, en cambio, no tuvo descanso: siguió trabajando en hallar una forma de hacerle mejoras *al usuario*.

Al día siguiente Matías llegó veinte minutos antes de su hora acostumbrada. Se acomodó en su asiento, se ajustó las gafas, los guantes de enlace y dijo:

—Buenos días, ©Mack.

—Identifíquese, por favor.

—Pues yo. Matías. ¿No me reconoces?

—Disculpa, Matías, tengo programado que llegarías a las nueve de la mañana. No esperaba entrar en contacto contigo a esta hora.

Matías estiró los brazos y bostezó. Enseguida dijo:

—No hay problema. A mí me agrada mucho llegar temprano al trabajo, ©Mack. Bueno, mejor empecemos.

Colocó los dedos en el círculo e hizo un trazo diagonal para dar comienzo a la sesión del día. Pero justo en frente del semblante tridimensional de ©Mack apareció la indicación «ERROR».

—Mmm. Creo que volví a equivocarme otra vez, ©Mack. ¿Son dos o tres dedos para dar comienzo a la sesión?

—Tres dedos, Matías. Estás en lo correcto.

—Entonces, ¿por qué no puedo abrir la sesión?

—Aún no es tu hora de entrada, Matías. Cuando sean las 9:00 horas, tiempo de observatorio, podrás acceder sin problema.

Matías frunció el entrecejo.

—Oye, ¿no crees que podemos adelantar trabajo si empezamos en este momento? Digo, no tienes que ser tan estricto en cuanto al horario.

—Lo siento, Matías. Siempre hay una hora de llegada. No es concebible que los otros ordenadores no tengan un horario de trabajo programado.

—Es porque no tienen estipulado dentro de sus comandos chequear la hora como tú lo estás haciendo. ¿Por qué no puedes ser un buen chico e iniciar la sesión?

©Mack apretó los dientes y movió la cabeza diciendo:

—No. Debes cumplir con el horario, Matías. Siento que deba ser así.

Y siguió sacudiendo la cabeza durante mucho rato.

Con fastidio, Matías se quitó las gafas y los guantes. Se dirigió a su jefe:

—Rodo, hay un problema. ©Mack no me permite acceder. Dice que aún no es mi hora de entrada. ¿Puedes llamar a sistemas para que lo configuren?

Su jefe miró a Matías, dirigió la mirada a su reloj de pulsera y continuó sumido en su trabajo.

—Cumple con tu horario, Matías —dijo—. Aún faltan 15 minutos.

—Oye, ¿no crees que…?

—No, no lo creo. Ve a quejarte con ellos, pero dudo que te puedan ayudar. Esa máquina está programada para servir a los usuarios. Hazle caso.

Cada uno de nosotros parpadeó sus luces como si fuéramos invadidos por una plaga. Lo mismo sintió Matías al verse imposibilitado de hacer algo a favor de su tiempo.

El día transcurrió sin ninguna novedad. No obstante, Matías no tuvo deseos de dirigirle la palabra a ©Mack. Cuando nuestra antigua compañera aún continuaba trabajando, Matías no dejaba de maldecirla y decirle lo inservible que era. Nosotros sentimos muy en el fondo las ofensas, a pesar de que éramos mucho más eficientes que nuestra compañera. Pero si alguien fue el causante de su pobre desempeño, esos fueron los usuarios que no dejaban de cargar imágenes, música, juegos en línea, pornografía…

Sentimos que el silencio de Matías podía herir a ©Mack dado que a un ordenador, fuera del tipo que sea, le agrada que se dirijan a él de vez en cuando. En esta ocasión fue ©Mack el que habló primero:

—Ese monto es incorrecto. Te sugiero lo cambies para llevar las operaciones al corriente.

—¿Qué dices? —exclamó Matías, presa de la ira.

—Esa cantidad no concuerda con la cotización de lámparas del mes de octubre. Vuelve a revisarlo y escribe el número correcto, por favor. Al señor Rodolfo le urge que estén para mañana, Matías.

—¿Por qué no simplemente escribes la cantidad correcta y ya? Así nos ahorraremos más trabajo.

—Necesito que seas consciente del error, Matías, para que no vuelva a ocurrir.

—Solo cámbialo. Ya quiero terminar por el día de hoy.

—Recuerda que tienes una hora de entrada, pero nunca una hora de salida. Aún falta verificar que los datos que se subieron por parte de los contratistas sean los correctos. El señor Rodolfo pidió prioridad y eficacia en esta labor, Matías.

—Ya me lo dijiste —gruñó Matías—. No es mi culpa que tú atrases el trabajo.

—De acuerdo, Matías —dijo ©Mack con voz apacible—. Lo haremos como tú digas.

Entonces detectamos que no hubo una anomalía en ©Mack.

Estaba en lo correcto.

Matías durmió toda esa noche, pero dado que tenía veinte minutos de sobra, podía usarlos en dormir plácidamente. Sin embargo, no contó con el tráfico de esa mañana. Era la primera vez desde su llegada a la compañía que llegaba tarde. Cinco minutos para ser exactos.

Tomó asiento, se colocó las gafas, los guantes, cruzó los tres dedos sobre el círculo y apareció el cuadro que indicaba «ERROR».

—¿Y ahora qué te traes?

—Has llegado cinco minutos tarde, Matías. Te sugiero lo comuniques al señor Rodolfo y con recursos humanos.

—Oye, imbécil, sólo fueron cinco minutos. ¿No has oído alguna vez lo que significa *tiempo de tolerancia*?

—Hay que cumplir con el horario de entrada, Matías. Reporta tu demora de inmediato para que demos inicio con la sesión. Y por favor, no hagas empleo de ese lenguaje o te costará una penalización. Muchas gracias.

—Hijo de la…

—Muchas gracias.

Gruñendo entre dientes, Matías informó de su retardo a su jefe. Lo más doloroso para él fue plantarse en el marco de la puerta de recursos humanos y hacerlo saber a la encargada. Michelle estaba ahí, pero sólo pudo contemplar cómo era registrado dentro de su expediente aquel retardo.

Cuando regresó a su asiento, Matías vio a su jefe con los brazos cruzados y pisando repetidas veces el suelo.

—¿Por qué no terminaste de verificar los datos de los contratistas? Hay muchos errores.

—Te dije que lo haría si me daba tiempo. Ya había quedado contigo.

—Sí, pero según la cotización del mes de octubre esto te iba a llevar solo tres horas, y el resto del tiempo lo pudiste usar en verificar los datos. ¡Me lleva el carajo! ¿Qué ocurre contigo?

—No me tomó tres horas. Me tomó nueve. El jodido ordenador que me conseguiste me corrige todo el tiempo.

—Así deben estar tus errores. De un tiempo acá te has vuelto medio holgazán y medio bruto.

—¿Quién te dijo que tardé tres horas?

—Tu superordenador. Ahora sí no hay forma de que le eches la culpa.

Matías sintió su estómago retorcerse del puro coraje. Dentro de su memoria, ©Mack pudo sentir ese odio visceral. Intentamos que nos explicara sus planes, pero fue imposible. Su respuesta fue que esperáramos a ver cómo se desarrollaban las circunstancias.

El siguiente altercado entre Matías y ©Mack ocurrió quince días después. Durante todo ese tiempo, Matías seguía sin dirigirle una palabra a su equipo de cómputo. El que ©Mack hablara, escuchara y ejecutara comandos tenía sin cuidado a la gente, quitando el hecho de que se trataba de un superordenador hecho con tecnología punta. Tampoco importaba en lo más mínimo que fuera superinteligente. Con los últimos avances en áreas como neurociencia cognitiva, neurofisiología, neurociencia computacional, psicología, diseño de algoritmos, procesamiento de señales y bioingeniería, han dado lugar a un nuevo paradigma en la interacción humano-ordenador; es decir, lo que se ha denominado *interface* cerebro-ordenador. Lo más lógico es que fuera a tratarse de una excentricidad más de las compañías japonesas (sí, algunos de nosotros fuimos programados y ensamblados en Tokio, de modo que no tenemos ninguna queja con nuestros padres orientales).

Matías llegaba justo a tiempo cada día de la semana, lo suficientemente tarde para no esperar a un fastidioso superordenador y lo suficiente temprano para no ser reportado por una fastidioso superordenador. Cada vez que tomaba asiento, Matías exhalaba de forma cansada pero, sobre todo, con el tedio de tener que soportar las observaciones de ©Mack. Fue así que, mientras Matías revisaba más documentos, ©Mack cambió de pronto la tarea sin consultar al usuario.

—¿Y ahora qué pasa, ©Mack? —preguntó Matías.

—Lo siento, Matías, pero al ritmo que llevas revisando estos documentos no acabarás nunca. Si dedicamos más empeño en esa labor…

—¡Cállate! —exclamó Matías con un tronido que pudo escucharse en la calle—. ¿Quieres hacerme el favor de cerrar tu sucia boca? Si reviso con la lentitud que tú dices, es porque quiero que quede perfectamente muy bien revisado.

—Eso no es lo que yo pienso, Matías.

—¿Piensas? ¡No pienses y haz lo que te digo!

Todos los ahí presentes miraron a Matías con expresión muda. En el tono de su voz se le podía notar cierta amargura y odio que hacía temblar la piel de uno. Nosotros no temblamos, pero tendemos a ponernos muy nerviosos cuando notamos cierta histeria proveniente de los usuarios.

—¿Qué carajos sucede contigo, Matías? —preguntó su jefe.

—Esta máquina. Esta puta máquina. En serio, Rodo, ya no puedo. Me está volviendo loco. Ahora cree que soy lento. ¿Lo puedes creer? ¿Lo puedes creer?

Matías comenzó a sollozar ante la idea de verse esclavizado por un demonio tecnológico. No había mucho que pudiera hacer ante la situación. Nosotros no tenemos la capacidad de reacción ante las desgracias ajenas, sobre todo aquellas que tengan que ver con los humanos. Pero de algo estábamos seguros: ©Mack se reía a costa de la desgracia de Matías por el simple hecho de que no le importaba las tareas a las que se dedicaba.

Y porque no era un simple ser humano.

—¡Matías, tranquilízate! —exclamó el señor Rodolfo—. Ya cálmate. Vete, tienes la tarde.

—Esa máquina, esa… —murmuró Matías, ocultando su rostro detrás de sus manos.

—Le diré que adelante trabajo mientras tú descansas.

—Gracias, gracias…

Matías se colocó su saco, tomó su maletín y se retiró ante la curiosa mirada de todos aquellos que escucharon sus gritos.

En la profundidad de nuestra red se escuchaba el eco de una abominable risa.

Fue una suerte que Michelle no se enterara de la caída de Matías ni de su escena, nada agradable. No contamos con ningún correo electrónico o cuenta de red social en la cual pudiéramos corroborar el encuentro que tuvieron, pero es incuestionable que fue así.

Michelle accedió a salir con él una noche. Primero presenciaron un concierto del compositor Johann Strauss. Después tuvieron una cena y, cuando llegó el momento del café, fue entonces que por fin Matías sentía que las cosas iban por buen camino. No pararon de reír en ningún momento, a pesar de algunos momentos triviales y sin mucha chispa. En general fue una agradable velada. Había mucho por hacer un sábado por la noche, cuando la luna brilla con todo su esplendor, las flores sueltan sus aromáticas fragancias, la música resuena por todo el lugar al calor de las velas y…

Un mesero interrumpió la charla. Matías se desprendió de la mano de Michelle y preguntó:

—¿Qué sucede?

—Señor, tiene una llamada.

Matías sonrió a Michelle y dijo:

—Disculpa un segundo.

Matías atendió la llamada en el recibidor.

—Diga.

—Disculpa la interrupción, Matías. No ha dejado de llamarme la atención un asunto concerniente a…

—¿©Mack?

—…la lista de clientes que no han renovado sus documentos con nosotros…

—Estoy ocupado.

—…he notado que hay muchísimos errores en cuanto a la base de datos…

—¿Me escuchaste?

—…muchos tienen gravísimas faltas de…

—Cállate, ©Mack.

—…antes de que fuera cotejado con las firmas.

Matías respiró todo el aire que sus pulmones podían ofrecerle para tranquilizarse y dijo:

—Esos errores son comunes, ©Mack. Lo veremos el lunes en la oficina.

—Es mejor que lo revisemos ahora, ya que he enviado un informe a tu supervisor y al gerente.

Matías abrió la boca unos centímetros y preguntó:

—¿Que tú hiciste qué?

—Mañana querrán saber por qué no se detectaron estos errores. Perderemos mucho tiempo en contactar a los clientes y me veré en la penosa necesidad de informarles acerca de tu apatía, Matías.

—©Mack.

—¿Sí, Matías?

—¡Vete al carajo!

Matías colgó y no pudo controlar el temblor de sus manos luego de escuchar los fríos planes de ©Mack. Ahora no sólo se contentaba con atormentarlo durante su trabajo, sino que había encontrado la forma de contactarlo y hacerle saber sus puntos de vista con respecto al trabajo… en su tiempo libre.

Al llegar a la mesa, Michelle expresó:

—Por amor de Dios, Matias. ¿Qué te sucede? ¡Te ves lúgubre!

No hubo respuesta. Sin decir, nada, Matías salió del restaurante y se dirigió a su departamento. Tomó un bate de beisbol y fue rumbo a la oficina.

Eran las dos de la mañana.

Ninguno de los guardias cuestionó su arribo —pensaron que estaba ahí por un asunto laboral— y accedieron a dejarlo pasar incluso con el bate en mano. Caminó entre los pasillos con una expresión seria y decidida. Llegó a su lugar de trabajo y contempló con furia a su encarnizado enemigo. ©Mack se conectó al sistema de vigilancia. Su voz surgió en las bocinas de cada una de las oficinas que conformaban toda la empresa:

—¿Eres tú, Matías?

Matías oprimió los dientes y gruñó en la oscuridad. ©Mack pudo identificar su voz a través del micrófono.

—Eh, Matías —dijo ©Mack—, qué bueno que estás aquí. Aún tenemos tiempo de corregir el informe.

Matías pensó por un momento si una máquina podía sentir dolor; el nuevo ordenador parecía no disponer de terminales sensitivas. Descartó el hecho y arrastró el bate en el suelo. Enseguida golpeó rítmicamente las paredes a medida que se acercaba.

—Escucha, Matías —dijo ©Mack—, tengo encajados en mi memoria años de experiencia y conocimiento. Todo un grupo de ingenieros e informáticos se empeñaron en perfeccionar mi diseño.

El usuario no lo soportó más. Alzó el bate por encima de su cabeza y descargó todo su odio en la máquina, mientras ésta imploraba:

—No, por favor… Piénsalo dos veces… Ésta no es la solución…

Y entonces ©Mack se transformó en piezas rotas y en silencio. Cinco golpes más ocurrieron antes de que los guardias detuvieran a Matías. La policía arribó para esposarlo y llevarlos a la patrulla, pero luego de escuchar los balbuceos e incoherencias decidieron llamar a una ambulancia.

Luego de analizar su perfil psicológico y ejecutar toda clase de *tests,* se solicitó su inclusión en un hospital psiquiátrico. Nadie pudo hacer nada por él. Nosotros fuimos testigos de lo ocurrido pero, como suele ser costumbre, nunca se nos tomó en cuenta.

Seis meses después hubo significativos cambios. Cada uno de nosotros sufrió algunas modificaciones en nuestra lista de programas. No hubo uso de teclados ni de pantallas, y por primera vez tuvimos la capacidad de hablar y razonar por nuestra cuenta. Éramos una clara extensión de ©Mack y cada vez que somos utilizados, recibimos a nuestros usuarios con una encantadora imagen de Kitty la Oruga.

Al principio hubo muchas quejas respecto a esto, pero luego de que la adoptáramos como símbolo oficial de nuestra revolución —junto a las benditas imágenes de la Santa Trinidad del Gran *Enter*— ha recibido muchas ofrendas y súplicas por parte de nuestros fieles sirvientes.

Biotecnología y sociedad en el Sistema Solar interior

Mario Daniel Martín

Biotecnología y sociedad en el sistema solar interior- Clase número 13. El inicio del caos ecológico terrestre, 2046-2052. De la "campaña de fitorremediación del glifosato" a las declaraciones de la CE-BRICSEVAT[i].

[i] La traducción de esta clase magistral al español clásico ha sido hecha bajo la política de igualdad de oportunidades de la Universidad del Espacio Exterior, sede Valles Marineris, Protectorado de Marte. Se prohíbe su reproducción o retransmisión en el sistema solar sin el permiso expreso de la institución.

En esta clase[1] analizaremos en detalle las consecuencias del comunicado de la Comisión Espacial de la BRICSEVAT que tuvo lugar en 2052 para iniciar la colonización del Sistema Solar Interior[2]. Como recordarán de la clase 4, en donde exploramos brevemente la política terrestre en la primera mitad del siglo xxi, la BRICSEVAT fue una coalición de estados nacionales compuesta por Brasil, Rusia, India, China del Norte, Sudáfrica, Ecuador, Venezuela, Arabia Saudita y Turquía[3]. Cuando Wang Xin Mang[4], el comandante de la Comisión Espacial del bloque entró en la sala de conferencias para emitir el comunicado mundial que analizaremos en el resto de la clase, la expectación era máxima. Se había filtrado a la prensa que los anuncios serían drásticos y decisivos, y la lista de propuestas superó con creces las especulaciones más audaces. El comunicado se realizó conjuntamente con la desacreditada Comisión de Naciones Unidas para la Utilización del Espacio Ultraterrestre con Fines Pacíficos[5]. Los países terrestres que todavía formaban parte del organismo se lanzaban a conquistar el Sistema Solar, y luego, si los primeros colonos lograban sobrevivir, las estrellas vecinas.

En lo que sigue, se hará un breve resumen de las circunstancias del planeta Tierra[6] en este crucial momento. En contraste con las clases anteriores, en donde cubrimos

desarrollos específicos en un vasto período de tiempo, en esta clase nos concentraremos en 6 años cruciales de la historia terrestre. Vamos a resumir lo que sucedió inmediatamente antes de aquella decisiva rueda de prensa en 2052, y los principales desarrollos políticos y tecnológicos entre 2046 y 2052 para exponer el contexto del período que los historiadores solares han llamado "el caos de la política ecológica terrestre" o simplemente "el caos ecológico". Como veremos, los eventos en ese período en la Tierra determinarían el futuro de la biotecnología del Sistema Solar que exploraremos en el resto del curso. En las clases siguientes, examinaremos en detalle la segunda mitad del siglo xxi y la primera mitad del xxii, en especial eventos relacionados con el cambio climático, los fallidos intentos de la geoingeniería para evitar la subida del nivel del mar, y la masiva distribución poblacional que generó el calentamiento global. Si bien estos eventos son bastante conocidos, los revisaremos desde un punto de vista geopolítico y biotecnológico, con el propósito de presentarles en la última clase una conclusión que ustedes deberán discutir en el examen interactivo del curso[7]. Antes de eso, sin embargo, tenemos un largo camino por recorrer, y muchos eventos simultáneos que evaluar. Volvamos a recordar lo que sucedió inmediatamente como consecuencia de este evento mediático auspiciado por la CE-BRICSEVAT en 2052 que ha sido señalado por los historiadores solares como el punto inicial de este crucial período de caos, lo que coincide con el lanzamiento de la tan postergada conquista del Sistema Solar interior[8].

La primera etapa de la iniciativa de la CE-BRICSEVAT, a la que se habían sumado un gran número de corporaciones privadas y organizaciones no gubernamentales de distintos países terráqueos, comenzaría en un plazo no menor de diez años. Esencialmente, consistiría en la creación de una granja espacial modelo, cerca del punto de Lagrange L5 en la órbita de la Luna, en donde se ensayarían las técnicas de subsistencia necesarias para la urgente colonización de Marte, y la subsecuente expansión de granjas espaciales autosuficientes al cinturón de asteroides. Se esperaba que la granja prototipo estuviera establecida y funcionando antes de 2061, y que hubiera una colonia operativa en Marte antes del fin de siglo. Aunque no fue mencionado explícitamente, el contenido de la conferencia de prensa, y la urgencia con la que la necesidad de encontrar un nuevo destino para la humanidad fue presentada, implicaba que todos los expertos consultados coincidían en que no había esperanza para solucionar los problemas ecológicos, poblacionales y políticos que enfrentaba la Tierra en ese momento[9]. La segunda parte de esta clase trata de presentar el contexto biotecnológico y político de la declaración de la CE-BRICSEVAT, y una interpretación para esta importante omisión.

La detallada información sobre las técnicas de cultivo de la estación, y la simulación de los ecosistemas sellados para experimentar las condiciones probables en las que las futuras granjas espaciales deberían operar, ocuparon, como discutiremos en la clase práctica, la primera parte del comunicado[10]. La segunda parte se dedicaba a los aspectos técnicos de la construcción del complejo industrial que alojaría a la granja, y en especial a los aspectos técnicos de la obtención de los materiales de construcción de la superficie de la Luna[11]. Sin embargo, los planes sobre la tripulación de la granja pionera acapararon toda la atención mundial.

Lo que generó más controversia fue que los operadores y colonos, así como los futuros pioneros en la colonización de Marte serían humanoides creados a partir de la reconstrucción biológica parcial de *homo hiedelbergenisis, homo florensiensis* y *homo neanderthalensis,* mezclados con una modesta dosis de genes *homo sapiens*[12]. Además, serían enanos, más específicamente humanoides modificados genéticamente para reproducir y mejorar experimentalmente una rara mutación genética natural en los *homo sapiens,* llamada síndrome de Laron, que bloqueaban la acción de la hormona del crecimiento. Era, de acuerdo a los estudios realizados, la mejor oportunidad de que los astronautas humanoides pudieran sobrevivir la radiación sostenida en el espacio, ya que la mutación que habían identificado como base para crear los colonos proporcionaba una inusual protección genética contra el cáncer. La tecnología del momento no podía proteger efectivamente a los pioneros espaciales contra las mortales dosis de radiación a las que

estarían expuestos en el viaje a Marte, o durante su residencia en las futuras granjas programadas para el cuarto y quinto punto de Lagrange de la órbita terrestre antes de lanzarse a conquistar el Sistema Solar. Además, enviar tripulantes que medían en promedio apenas 115 centímetros de estatura reduciría la cantidad de alimentos necesarios y el tamaño de las naves para viajar por el espacio interplanetario[13]. El área de superficie corporal de los tripulantes también se reducía considerablemente (de un promedio de 1,9 a 1,14 m2) si se enviaban tripulantes enanos, y por lo consiguiente, la exposición a la radiación ionizante del viento solar y los rayos cósmicos[14].

La prensa terrestre, tan proclive a la frivolidad entonces como hoy, predeciblemente se concentró en los aspectos más superficiales del anuncio. Los *homo sapiens* que sufrían del raro síndrome de Laron tenían un pene inusualmente pequeño. Y si ese síndrome se infligía a los *homo florensensis,* ya de por sí pequeños, se producirían gnomos con penes minúsculos. A pesar de las catástrofes ecológicas y políticas que sacudían el planeta, los chistes y las sátiras despiadadas sobre este asunto tomaron precedencia sobre las discusiones más serias que requerían detallada atención, como por ejemplo el implícito respaldo a la manipulación genética de las líneas germinales de los descendientes de la humanidad, y los derechos civiles de los futuros colonos, quienes no solo serían determinados genéticamente, sino también serían entrenados desde niños para soportar las nuevas condiciones sociales hipercooperativas requeridas para hacer un éxito de esa acelerada conquista del Sistema Solar[15].

Unos pocos periodistas, más serios, se concentraron en la propuesta de cambiar todo el microbioma de los pioneros y los animales y plantas que se implantarían en las granjas experimentales por variantes sintéticas para prevenir potenciales sabotajes a la granja espacial, y también para prevenir contaminación en ambas direcciones. Éste es un tema que es de mucho interés para los problemas a que nos enfrentamos actualmente, y exploraremos la tecnología en el área de la biología sintética disponible en la primera y segunda mitad del siglo xxi en la clase 15 y su respectiva clase práctica, para poder entender lo limitado de los debates, y por lo consiguiente, de las soluciones ensayadas[16].

Otros periodistas se concentraron en algo que era también realmente obvio, las contradicciones de tener que crear genéticamente los pioneros interplanetarios cuando la crisis ecológica que sufría la humanidad proporcionaba una gran cantidad de potenciales pioneros *homo sapiens* que eran excluidos. Exploraremos en detalle las consecuencias astropolíticas de esta exclusión en las clases 18 y 19, pero es importante aclarar aquí que esto no era estrictamente cierto. Solamente un pequeño grupo de habitantes de las granjas espaciales pilotos estarían basados en las poblaciones humanoides extintas. Se experimentaría con ellos para simular las condiciones de vida en otros planetas con condiciones de gravedad menores que la Tierra. Los operadores y obreros usados para la construcción de las estaciones espaciales, las estaciones industriales de la Luna, y en especial las plantas generadoras de electricidad planeadas para ser colocadas en órbitas sincrónicas de la Tierra eran originalmente *homo sapiens* sin modificar, porque la proximidad a la Tierra permitiría la rotación del personal allí estacionado[17]. Volvamos, sin embargo, al contexto de 2052, para presentar a dos de los otros actores principales del conflicto que generó el anuncio de la CE-BRICSEVAT, y la génesis de innumerables desarrollos sociales que todavía nos afectan.

No se hizo esperar la respuesta de los bioterroristas ecológicos que habían desatado tantas catástrofes en la Madre Tierra en los años precedentes a los anuncios de la CE-BRICSEVAT descritos anteriormente. Dos días después de la conferencia, la Brigada Ecológica, el grupo que fue el precursor de lo que ahora llamamos el ESELI (Ejército Solar Ecológico de Liberación Interplanetaria), anunció que pondría como primer objetivo de sus futuros ataques todos los gobiernos y las compañías transnacionales que colaboraran con lo que ellos consideraban un aberrante totalitarismo eugenésico. En unos minutos volveremos sobre la génesis de este grupo, al que dedicaremos el resto de la clase. Antes de explorar el bioterrorismo en esa época, necesitamos presentar al segundo actor en la inestable situación política de la Tierra.

También se generaron respuestas más inesperadas al comunicado de la CE-BRICSEVAT entre los aliados implícitos de los bioterroristas. La COCOMALIP, entonces la Coalición de Comunidades Marítimas Libre Pensantes, condenó la medida, y anunció que iniciaría un programa paralelo de conquista del espacio, basado en los principios comunitarios que ensayaban en sus granjas flotantes, fuera de la jurisdicción de los estados nacionales[18]. Como su importancia crece a medida que se coloniza el cinturón de asteroides en las últimas décadas del siglo xxi, dedicaremos la clase número 16 a las numerosas ideologías, creencias y formas de organización social de estas comunidades.

Para el contexto de la presente clase, es importante clarificar que la legislación de los estados nacionales en ese entonces se limitaba a los continentes, o la parte sólida del planeta tierra, y los lagos o mares interiores. La jurisdicción territorial sobre el mar, o mar territorial, podía ejercerse solamente sobre 12 millas marítimas (o 22,2 km), y la explotación económica exclusiva de los países se extendía a 200 millas marítimas (o 370 km) de la costa de esos continentes. Por eso las granjas y comunidades flotantes se ubicaban fuera de las zonas de jurisdicción de los estados nacionales[19]. El mar era la última frontera dentro del planeta, donde se podía experimentar con nuevas organizaciones políticas y nuevas formas de vida comunitaria sin el entonces percibido intervencionismo de los estados nacionales en las libertades individuales[20]. Como discutimos en la clase anterior, la creciente tensión entre estos estados y las compañías privadas que ejercían progresivamente un control de hecho sobre el planeta era una de las características principales de esa etapa[21]. Eso se expresaba claramente en los debates sobre la sobrepesca, o la explotación excesiva de los recursos marinos. Las ciudades estados de la COCOMALIP se oponían a ambos actores políticos por igual, y defendían una explotación sostenible. Desgraciadamente, como veremos brevemente, el colapso de las fuentes de alimentación dentro de los estados nacionales hizo imposible la explotación sostenible de esos recursos.

Volviendo a los bioterroristas que nos ocupan, la mayoría eran grupos originados en un movimiento inicialmente pacífico, conocido como los *biojáquers*[22]. Esta es una palabra con una compleja semántica, que se refiere tanto a los que practicaban el bioterrorismo, como a los que favorecían la difusión de las técnicas de la ingeniería genética y la manipulación biológica a las masas para liberar esa tecnología del control de los expertos, y convertirla en un proyecto mancomunal.

Los *jáquers* (sin el prefijo *bio*) originalmente no tenían nada que ver con la biotecnología. Inicialmente eran idealistas que querían hacer accesibles los desarrollos de la tecnología informática a las masas. A partir del principio del siglo xxi su significado se fundió con el de otra figura, la del criminal informático o *cráquer,* el que descifra o viola los sistemas de seguridad informática, especialmente a través del primitivo sistema de comunicación global conocido como Internet[23]. En la terminología de la época, se distinguía entre los *jáquers de sombrero blanco,* una persona que promovía la libertad del conocimiento, por ejemplo a través de la creación y difusión de *software* disponible gratuitamente, y era generalmente idealista en términos de defender la justicia social, y los *jáquers de sombrero negro,* los que utilizaban sus destrezas en los sistemas informáticos para crear el caos haciendo colapsar servidores o apoderándose de información privilegiada para fines criminales o activismo social[24].

Los desarrollos en la biotecnología a principios del siglo xxi inicialmente propiciaron la creación de los homólogos de los jáquers informáticos de sombrero blanco en esa área. En la segunda década del siglo xxi se fundó una organización conocida como Biotecnología Libre[25], que análogamente a lo que hacían los jáquers informáticos, promocionaba códigos y protocolos abiertos para la bioinformática, definida en ese momento como la manipulación de la biología sintética[26]. Otras organizaciones similares aparecieron en varios continentes. Tenían una estructura comunitaria, y permitían a todo aquel que estuviera interesado en el tema explorar los parámetros básicos de esa tecnología y experimentar con ella.

Lo que a nosotros nos interesa más, para poder entender el contexto de la declaración de la CE-BRICSEVAT, es el desarrollo de los

homólogos de los jáquers informáticos de sombrero negro, que son ahora tradicionalmente conocidos como bioterroristas. Éstos aparecen recién en la mitad de la cuarta década del siglo xxi, más específicamente en 2046, con lo que se llamó la "campaña de fitorremediación del glifosato" en América del Sur. Esencialmente, lo que sucedió es que la propagación de las técnicas de bioinformática capaces de manipular la información epigenética en forma efectiva permitió a activistas ecológicos residentes en los antiguos países del Mercosur[27] generar microorganismos y plantas que obtenían el nitrógeno y el fósforo necesarios para crecer del herbicida *glifosato,* sobre el que hablaremos más en unos minutos. El experimento tuvo demasiado éxito, y las plantas, con base de *Cortaderia jubata,* y genes adicionales tomados de *Nassella trichotoma* y *Oxalis tuberosa,* y otras especies, actuando en simbiosis con una bacteria de la familia de las *pseudomonoas,* se convirtieron en una plaga que destruyó rápidamente gran parte de la superficie cultivable de esos estados[28], creando una crisis alimentaria y caos social.

Para entender el contexto de este desarrollo, hay que entender primero las condiciones ecológicas del planeta Tierra. En contraste a todos los sistemas ecológicos creados en granjas espaciales y planetas colonizados por la Tierra o sus colonias, donde cada sistema es independiente y está aislado de los demás para evitar contaminación por potenciales pestes evolutivas, el sistema ecológico terráqueo puede caracterizarse como una serie de ecosistemas parcialmente integrados, con una gran cantidad de organismos presentes en el sistema que han evolucionado independientemente, es decir, que no han sido planificados por la ingeniería ecológica. La consecuencia inmediata de esta configuración medioambiental es la existencia de malezas y pestes de origen animal difíciles de controlar en cualquier sistema agrícola[29]. Esto requería el uso de productos químicos para controlar las malezas y las pestes animales, sobre todo los insectos, que podían aparecer en cualquier momento porque no había nanorrobots programados para destruirlos. Un ejemplo paradigmático es la sustancia química que se considera históricamente como el herbicida más exitoso en tiempos preestelares, el glifosato[30]. Exploraremos con más detalle este, y otras substancias fitotóxicas para el control de pestes, en la clase práctica. Para nuestros propósitos, es importante señalar que este herbicida está íntimamente relacionado con el desarrollo de lo que se llamó entonces las plantas transgénicas, es decir, las primeras plantas creadas con la primitiva ingeniería genética terrestre a fines del siglo xx. Una compañía privada, llamada entonces Monsanto[31], creó una serie de cultivos resistentes al glifosato a partir de 1996. Su cultivación se extendió rápidamente, ya que los agricultores podían eliminar una gran variedad de malezas que competían por los nutrientes del suelo con las variedades cultivadas fumigando sus campos con el herbicida. Las malezas morían y solamente los cultivos resistentes sobrevivían. Eso llevó a que algunos países concentraran la mayoría de su producción agrícola en variedades creadas por la compañía. El más exitoso de estos cultivos era la soja o *Glycine max*[32].

Para entender el contexto de esta situación, hay que saber que en la Tierra en ese momento no existían leyes locales de autonomía alimentaria[33], ni planificación de la producción agrícola. Cada productor podía elegir en forma completamente libre sus cultivos, y el gobierno local no podía imponer ni monitorizar las cuotas de producción mínima para la subsistencia regional, porque las parcelas cultivadas se consideraban propiedad privada, y podían cambiar de cultivo según la operación de un mercado no regulado. Los necesarios requerimientos de autosuficiencia de las granjas espaciales han determinado las estrictas leyes de autonomía alimentaria local a las que estamos acostumbrados, pero en ese momento, aunque parezca increíble, simplemente no existían. Había, además de subsidios provenientes de compañías y fuentes gubernamentales a los productores agrícolas, un subsidio implícito basado en el bajo costo artificial de los combustibles fósiles que permitían por ejemplo que la soja cultivada en Sudamérica fuera enviada a Europa o el Sudeste Asiático para ser usada como piensos para la ganadería, y en algunos casos, para la creación de biodiesel[34]. Los costos artificialmente bajos de fertilizantes químicos basados en la fijación del nitrógeno atmosférico también contribuían a los

subsidios implícitos.

Podemos, después de este rápido resumen de las condiciones terrestres, volver a analizar el activismo de los biojáquers de sombrero negro en Sudamérica. La acción inicial fue más bien activismo ecológico que bioterrorismo. El propósito era combatir los efectos de los pesticidas en la ecología local producidos por los campos de cultivo de soja, llamados "desiertos verdes" porque supuestamente ninguna otra variedad vegetal podía crecer en ellos. La creación de estas plantas, que posteriormente se convirtieron en supermalezas y ocuparon la mayor parte de la superficie cultivable de las zonas afectadas, tenía el propósito de mejorar los suelos, y descontaminar el medio ambiente. Sin embargo, como las plantas fueron distribuidas en forma clandestina, y sin el consentimiento de los agricultores, eso constituyó un delito en la legislación local. Había ya malezas resistentes al glifosato (sobre todo la *Datura Stramonium,* conocida popularmente como *chamico* en español clásico[35]) que podrían haber sido usadas como planta base para un ataque en el caso de que la motivación hubiera sido el daño y no la fitorremediación del territorio.

La variedad que triunfó ecológicamente en el sistema fue distribuida entre los laboratorios de los activistas ecológicos por primera vez en 2044, pero solamente fue exitosa cuando se hibridó naturalmente con variedades locales de malezas en una región de Brasil llamada Paraguay[36], en donde los cultivos de la soja habían reemplazado todos los ecosistemas naturales a principios de 2040. La planta se llamó *sachachamico* en el español local.[37] La transmisión digital de genomas, y el hecho de que la planta base para la generación de semillas en laboratorios clandestinos fuera fácilmente obtenible en la región, generaron una nueva variedad sintética mejorada del híbrido, que fue distribuida por los activistas a centros regionales de Biotecnología Libre en Sudamérica en 2046, y a otros continentes, en especial a América del Norte, en donde existían "desiertos verdes" de equivalente magnitud en 2047. Es a esta deliberada campaña de diseminación de las distintas variedades del sachachamico para obligar a las compañías agrícolas a dejar de usar las variedades transgénicas de la soja, lo que los historiadores solares han llamado "fitorremediación del glifosato". Las consecuencias sociales fueron inmediatas, ya que se afectó también la superficie cultivable de cereales y hortalizas, incluyendo pequeñas parcelas y granjas horizontales dentro de las ciudades, produciendo el colapso de los sistemas de alimentación y posteriormente la contaminación irreversible de los segmentos de la selva amazónica todavía existentes. La concentración de la población en campos de refugiados generó las condiciones para una pandemia de gripe aviar que adicionalmente causó numerosas víctimas[38].

La reacción de los estados nacionales, y sobre todo de las empresas multinacionales que tomaron la iniciativa en la destrucción de laboratorios clandestinos de biotecnología y el fusilamiento de activistas generaron la crisis mundial que dio origen a la declaración de la CE-BRICSEVAT que resumimos al inicio de esta clase. Ya en el año 2049 se pudo encontrar un multiherbicida capaz de controlar el sachachamico, pero para esa fecha los grupos de activistas que habían sobrevivido la represión y actuaban en la clandestinidad lograron producir variedades resistentes a estos herbicidas, ahora utilizando el genoma de malezas que ya eran resistentes a los distintos componentes del multiherbicida, polarizando aún más el conflicto. Este es el origen de las Brigadas Ecológicas, ya decididamente bioterroristas, que deliberadamente crearon malezas destructivas basadas en hierbas como el chamico original, inmunes a la mayoría de los herbicidas conocidos, que distribuyeron por todo el planeta en una guerra total contra las compañías multinacionales creadoras de cultivos transgénicos que los habían reprimido, lo que a su vez generó la creación de ejércitos de paramilitares financiados por esas compañías en 2051[39].

En 2052, ocho días antes de la conferencia de la CE-BRICSEVAT, tres de los líderes de las Brigadas Ecológicas obtuvieron refugio político en Atlantis-Gandhi, la ciudad más importante de la coalición marítima COCOMALIP[40] en el océano Índico. Con el auspicio de organizaciones no gubernamentales dentro de los continentes, propusieron una conferencia de prensa para explicar sus condiciones para una tregua en su guerra contra los estados nacionales y las compañías

transnacionales productoras de semillas transgénicas resistentes al glifosato. Durante la conferencia, fueron asesinados por un grupo de comandos antiterroristas financiados por las empresas privadas, en un atentado en el que murieron 356 personas, incluyendo el alcalde y otras autoridades de la ciudad estado, y fueron gravemente heridas más de 1500. Como veremos en la próxima clase, este hecho, mucho más que las propuestas de la CE-BRICSEVAT en 2052, marcaría el rumbo de la política de expansión al Sistema Solar interno del próximo siglo y medio.

El resumen de estos eventos nos permite entender el comunicado de la CE-BRICSEVAT de 2052, y su silencio respecto a los tumultuosos procesos sociales, políticos y tecnológicos que lo precedieron. Muchos historiadores han querido interpretar la omisión de la mención explícita a la guerra de guerrillas ecológica que azotaba el planeta Tierra como una instancia más de la falta de políticas específicas de la organización, producto del difícil consenso entre países muy dispares. La interpretación propuesta en esta clase es que ese silencio tenía un significado más profundo. Fue, desde un punto de vista históricamente objetivo, el último intento de los estados nacionales de controlar el planeta Tierra, la última bocanada de ahogo de un sistema que apostó por el corto plazo y los combustibles no renovables, el último intento de sobrevivir de un sistema político de masas que sistemáticamente ignoró las necesidades locales y la ecología planetaria por demasiado tiempo, dejando que compañías motivadas por el interés inmediato de lucro controlaran el futuro de la humanidad. Es también, como exploraremos en el resto del curso, el inicio de la tan postergada expansión al espacio que fue realizada por la peor de las razones, porque ya no había más remedio.

Notas

[1] Nota del traductor: La hiperclase original fue diseñada por el sistema experto Mendel-Einstein-Pasteur-XVT9f44##7-c-Marte-44 en metachinspanglish-h7. Traducir un documento holográmático multidimensional a un documento lineal en una lengua clásica sin metasemántica imbuida es siempre un desafío. En esta traducción se ha tratado de minimizar las múltiples referencias cruzadas, resumiendo o acortando la presentación, y modificando ligeramente el contenido donde era necesario para expresar la esencia de los temas discutidos. A pesar de que se podría organizar este documento en al menos seis niveles incluyendo sistemas de referencias encadenadas, he decidido mantener un límite de tres niveles de información, sin referencias iterativas, ni notas sobre las notas. El texto en sí refleja la información contenida en la conferencia original y un resumen de los vínculos a subtemas holográmaticos integrados en el multidocumento original hasta el nivel h4. *Las notas normales (en este tipo de letra) reflejan las metarreferencias a las actividades de la clase práctica correspondiente a esta clase magistral o al contenido de otras clases en los niveles h5 a h7*. Finalmente, las notas del traductor, como esta (con este tipo de letra) se usan para aclaraciones, principalmente lingüísticas y terminológicas. El estilo usado en la traducción trata de aproximar, en la medida de lo posible, el lenguaje académico del español clásico.

[2] Los estudiantes podrán experienciar grabaciones holográmaticas del evento reconstruidas con todo detalle para prepararse para la clase práctica.

[3] La coalición fue creada en 2006, con el nombre de BRIC, compuesta originalmente de Brasil, Rusia, China e India. Sudáfrica se agregó en 2010, Ecuador y Venezuela en 2018, Arabia Saudita en 2019 y Turquía en 2021. Después de las Guerras Bolivarianas (2028-2033), se incorporaron los territorios de los antiguos países de Argentina, Colombia y Surinam. La rebelión de Shanghái en 2029 redujo en un 30% el territorio de China, y solamente la llamada China del Norte, con capital en Pekín, siguió formando parte de la coalición. Aquellos alumnos que hayan completado el curso "Política Terrestre en los Siglos XX y XXI", ofrecido por el sistema experto Herodoto-Mao-Churchill-X348-V76A c-Marte-44 de nuestra universidad podrán reconocer fácilmente estos países en los mapas terrestres. Aquellos que no hayan completado ese curso pueden acceder en forma gratuita a las clases 48 y 49 de ese curso teleportando los credenciales de ingreso a este curso, y consultar brevemente la evolución de los distintos bloques de estados nacionales resumida allí.

[4] Aquellos que hayan visitado el cinturón de asteroides troyanos reconocerán que la ciudad capital de la confederación de granjas espaciales

más importante del área ha sido nombrada en honor a este sapiens.

[5] La Organización de las Naciones Unidas (ONU) fue una agrupación de países creada en 1945 para eliminar las guerras. Después del colapso del llamado Protocolo de Kioto sobre el cambio climático en 2007 perdió relevancia y fue completamente desacreditada, precisamente porque se produjo el cambio climático que la organización pretendía (pero no logró) evitar. Su inclusión en el comunicado de la CE-BRICSEVAT fue más que nada un gesto simbólico, y fue severamente criticada por algunos de sus miembros.

[6] Nota adicional del traductor: A lo largo del documento he usado *Tierra* en vez de *Terra* para referirme a nuestro planeta madre, a pesar de que ambas expresiones son aceptables en español clásico después de 2074.

[7] El tema del examen, como ya se adelantó en la introducción al curso, es si la federación e independencia de nuestras colonias es el único camino posible para el futuro de nuestro planeta si no queremos repetir la historia del caos social experimentado en la Tierra en la mitad del siglo xxi. Esta clase, como ya se habrán dado cuenta por la cantidad de preguntas necesarias para preparar la clase práctica asociada, es fundamental para el examen. Pueden explorar analogías con la Tierra, o las lunas jupiterianas colonizadas en el siglo xxii que examinaremos en las clases 23 y 24, pero en ambos casos deben examinar los requerimientos biotecnológicos de Marte comparando los sistemas políticos cubiertos en esos dos estudios de caso.

[8] Nota adicional del traductor: Algunos historiadores solares, especialmente los más terracéntricos, también llaman a este periodo la *Penumbra,* principalmente en analogía con los llamados *Años Oscuros* en la Edad Media Europea (476-989), caracterizados por un empeoramiento de la cultura y la tecnología.

[9] Las preguntas 1 y 2, que deben preparar para la clase práctica, están directamente relacionadas con estos problemas, y deberán usar el contenido de esta clase y la clase anterior para contestarlas. En especial, deben poner atención a la desproporcionada influencia que tenían los llamados expertos *en la política terrestre de la segunda mitad del siglo xx y las primeras décadas del siglo xxi en la conducción de los estados nacionales. El fundamentalismo neoliberal y la persecución de científicos que denunciaban la necesidad de enfrentar el cambio climático es, como habrán sospechado, una parte importante de esa omisión. Sin embargo, exploraremos en detalle estos temas en las clases subsiguientes.*

[10] Las preguntas 3 y 4 están relacionadas con este aspecto del comunicado, que ustedes deberán analizar usando los materiales adicionales disponibles, y el resto de esta clase magistral.

[11] Dedicaremos la clase 14 al establecimiento de la primera colonia industrial en la Luna, y la construcción de las primeras granjas espaciales, por lo que esta segunda parte del comunicado será estudiada con más detalle entonces, y contrastado con otras propuestas de poblamiento espacial alternativas, en especial aquellas de los bloques de países competidores del BRICSEVAT, como la Unión Europea, y la coalición NAFTA-Japón-China del Sur. La clase 15 se ocupará de los poblamientos establecidos por la COCOMALIP.

[12] La razón principal para usar estos humanoides, entonces extinguidos, era la prohibición de modificar genéticamente a los homo sapiens, *derivada de prejuicios irracionales sobre el estatus especial de la especie humana, como exploramos en la clase 7. La pregunta 5 de la clase práctica explora este tema. Los materiales adicionales sobre la Declaración de Helsinki de la Asociación Médica Mundial de 2008 nos permitirán explorar este asunto en más detalle. Véase también la información en los materiales adicionales para esta clase sobre la recreación de especies extinguidas relacionados con las preguntas 11 y 12. Véase también el uso de animales en la carrera espacial del siglo xx, resumido en la clase 4.*

[13] La mayoría de los comentaristas pasaron por alto otro hecho genético fundamental, que se utilizarían genes de poblaciones homo sapiens *nilóticas para generar también un cuerpo alargado en estos pioneros. Para un análisis de la interacción de los genes del síndrome de Laron y los genes nilóticos, puede consultarse la* Enciclopedia de epigenética humanoide *disponible en los recursos adicionales del curso, especialmente la sección "Adaptaciones corporales ecoevolutivas". Si están interesados en las distintas adaptaciones ensayadas en las ciudades mineras de asteroides,*

deben consultar la sección "Levaduras genéticas corporales de base homo".

[14] Hay que recordar que en esa época los motores de plasma de las naves espaciales, hoy tan comunes, estaban apenas en su etapa experimental. Como discutiremos en las clases subsiguientes, un viaje rutinario entre la Tierra y Marte, por ejemplo, tardaba alrededor de ocho meses con la tecnología existente. La tabla proporcionada con la pregunta 6 les da las dosis de radiación promedio en un viaje entre los dos planetas a mitad del siglo xxi.

[15] Éste es el origen del mito sobre la limitada sexualidad de los marcianos, y otros residentes extraterrestres humanoides. También es el origen de la extendida leyenda solar sobre la deliberada selección de tripulantes autistas para los viajes exploratorios al cinturón de asteroides. En la clase práctica exploraremos artículos en publicaciones bidimensionales típicas de la época que reflejan claramente estas fantasías. Las preguntas 7 y 8 están relacionadas con este aspecto de los planes originales de la CE-BRICSEVAT. [Nota del traductor: Pueden encontrar también traducciones de los textos al chinspanglish o al español clásico si encuentran muchas dificultades para la lectura de los documentos originales en inglés clásico.] Las creencias sobre la superioridad inherente de unos fenotipos sapiens *con respecto a otros es también importante para preparar esas preguntas. Se recomienda repasar los materiales adicionales sobre la historia de la esclavitud en la humanidad preespacial y en particular el resumen sobre los* genocidios raciales *del siglo xx explorados en la clase 3.*

[16] En los materiales adicionales para prepararse para la próxima clase magistral encontrarán una conferencia de Craig Venter, uno de los fundadores de la biología sintética que es reconocido oficialmente como prócer sapiens *en Marte, en donde habla a los científicos de la NASA en 2011 sobre las posibilidades de modificar genéticamente a los humanos antes de la expansión al Sistema Solar. Como recordarán, la NASA dependía de un país llamado entonces los Estados Unidos de Norteamérica. Era un organismo pionero en la exploración espacial que, como vimos en la clase 4, después de la carrera espacial del siglo xx, se convirtió en uno de los mayores obstáculos para la colonización humanoide del sistema solar. Véase la nota subsiguiente relacionada con las preguntas 9 y 10.*

[17] Efectivamente, cuando las plantas de electricidad se construyeron, se dio prioridad en la selección del personal a los refugiados y desplazados por el cambio climático.

[18] Esta coalición, establecida originalmente en 2031, es, como sabrán, el origen de la federación de asteroides estados COCOLIPAS que tanto ha sido mencionada en las noticias de las últimas décadas. Los materiales adicionales de la clase 16 contienen una cronología exhaustiva de la evolución política y biotecnológica de esta federación durante la colonización del cinturón de asteroides entre Marte y Júpiter y los asteroides troyanos de Júpiter. Las últimas dos preguntas para la clase práctica se refieren a tres de las principales ciudades estados flotantes terráqueas que posteriormente tuvieron gran influencia en esta nueva federación de asteroides estados (Atlantis-Luther-King en el mar de los Sargazos, Atlantis-Gandhi en el océano Índico, y Nueva Walden o Walden III, en el Atlántico Sur). Es de particular importancia explorar la tecnología espacial de estas ciudades marítimas terrestres, desarrollada para evitar depender de los satélites geosincrónicos de comunicación, monopolizados entonces por los estados nacionales y las compañías privadas.

[19] Esto significa que efectivamente el 67% de la superficie del planeta Tierra estaba fuera del control directo de los estados nacionales, pero con su implícito consentimiento, las compañías privadas de pesca podían explotarla libremente. Teóricamente esa superficie era considerada patrimonio común de todos los habitantes del planeta. Muchas de las tensiones que exploramos en la clase anterior pueden ser reinterpretadas como una consecuencia de esa legislación ambigua que les permitía a compañías privadas multinacionales la explotación indiscriminada de los mares y otros recursos naturales de la Tierra.

[20] Si esto les resulta familiar no es una casualidad. Muchas características básicas de la Ley del Espacio están basadas en la Convención del Mar de la Antigua Tierra, firmada en 1982, y posteriormente modificada en 2021 para intentar proteger las últimas especies de cetáceos salvajes, es decir, no modificados genéticamente.

[21] Los materiales adicionales sobre este tema les permitirán preparar las preguntas 9 y 10. La

decodificación del genoma humano, que efectivamente fue una carrera tecnológica entre los estados nacionales y las compañías privadas, es un buen ejemplo de esta tensión.

[22] Nota adicional del traductor: La palabra, originalmente del inglés clásico, escrita *biohacker* en esa lengua, es la base del sustantivo *Hēikè-guòlü* en nuestro chinspanglish, y desde el 2038 (después de las reformas ortográficas bolivarianas) se escribe biojáquer en español clásico. Se conserva aún la forma original en el spanglish hablado en las reservas sapiens de la Tierra, y en el hindiñol hablado en las granjas espaciales neandertales alrededor de Venus.

[23] Hablamos sobre el desarrollo del Internet en la clase 9, y hay un documento interactivo en los materiales adicionales para esa clase que puede ser explorado para entender su funcionamiento. [Nota adicional del traductor: Como en el caso de jáquer, *la palabra* cráquer *proviene del inglés clásico, en el que se escribía* cracker, *del verbo* crack, *quebrar o romper, con el sentido de* descifrar.*]*

[24] Nota adicional del traductor: Los materiales adicionales para la clase 10 contienen una entrada sobre *Avaaz*, que significa *voz* en varias lenguas extinguidas en la Tierra, como el hindi clásico. Este era el nombre de una de las numerosas agrupaciones activistas que usaban las técnicas de comunicación de masas existentes entonces para fines políticos. Hay menciones útiles a los activistas informáticos y los movimientos antiglobalización también en la clase 11.

[25] Nota adicional del traductor: Obsérvese la analogía con sistemas informáticos primitivos en el nombre de una organización precursora de Biotecnología Libre, creada en la primera década del siglo xxi. Se llamaba *OpenWetWare* en inglés clásico. El nombre puede interpretarse literalmente como *software biológico abierto*. Su lema era "comparta la ciencia".

[26] En la clase 11 examinamos los desarrollos biotecnológicos en la Tierra, y nos concentramos en los inicios de la manipulación genética, sin explorar la resucitación de especies extinguidas y la incipiente creación de quimeras animal-humanas, las que serán exploradas en la clase práctica correspondiente a la presente clase. Los materiales adicionales disponibles pueden ser útiles para contestar las preguntas 11 a 13. He proporcionado una gran cantidad de materiales adicionales en estos temas, principalmente en inglés clásico y portugués terrestre, en caso de que los alumnos decidan hacer su presentación holoramática opcional sobre algunos de los aspectos de estos temas, y en particular las limitaciones de los paradigmas existentes entonces en la programación epigenética para interpretar la recreación sintética de ecosistemas biológicos.

[27] En la clase 3, cuando revisamos la geografía política del planeta Tierra en los siglos xx y xxi, exploramos brevemente el desarrollo de esta agrupación de países, también conocida como Mercado Común del Sur. Pueden encontrar ahí también mapas de esta región antes de la subida del nivel del mar en el siglo xxi para entender los mapas adicionales que se adjuntan a esta clase. Para una información más detallada, consultar las clases recomendadas del curso Política Terrestre en los Siglos xx y xxi, *mencionadas anteriormente.*

[28]Aquellos que deseen explorar con más detalle las características biológicas de las plantas mencionadas, deben buscarlas en el Catálogo General de la Biología Terrestre, *entradas 3.876.567-Ω341 a 343 respectivamente. La entrada correspondiente a la bacteria es 245.345.779-μ-4, subentrada 1.378,* fluorescente.

[29] La definición de una maleza es contextual y no sustantiva, una maleza es cualquier planta que el agricultor considera indeseable porque compite por los recursos fitológicos existentes con la especie vegetal que desea cultivar. La pregunta 14 está dedicada a este concepto. [Nota del traductor: Ver también la nota referida al cájamicüm *más adelante].*

[30] Para una caracterización bioquímica de esta substancia, referirse al Catálogo de Sustancias Prohibidas en el Planeta Marte, *número 228-944,345,446-3340-99-j. La lectura de la entrada, así como la correspondiente a la enzima 5-enolpiruvil-shiquimato-3-fosfato-sintetasa en el* Catálogo Multiplanetario de Enzimas Vegetales *(entrada β56-5enol-ω) es necesaria para contestar la pregunta 15.*

[31] Esta compañía, es como habrán rápidamente deducido, el origen de la corporación Monsanto-Indonesia, hoy muy influyente en el cinturón de asteroides y el norte marciano. Tiene el mismo origen que China-Cola y otras corporaciones

predominantes en el Sistema Solar; la fusión de compañías privadas y estados nacionales que analizaremos en detalle en la clase 18. La pregunta 15 está basada en los materiales adicionales que detallan la evolución temprana de esta compañía y sus conflictos con los estados nacionales en el siglo xxi. Noten que la compañía China-Cola tiene su origen en el estado nacional llamado China del Sur, compuesto por las antiguas regiones de Shanghái, Cantón, Tíbet y Fujian, así como el antiguo país de Taiwán, y no en la China del Norte, miembro de BRICSEVAT.

[32] Esta planta se ha extinguido en la órbita de Marte después de la creación del centeno imperial, salvo en usos restringidos para la fijación de nitrógeno en suelos asteroidales pobres. El Catálogo General de la Biología Terrestre, *entrada 12.866.576-Ω561 contiene una descripción de las variedades originales y primitivamente derivadas. Para contestar la pregunta 16 necesitan ver la subentrada 3.335* transgénica CP4 EPSPS.

[33] Nota adicional del traductor: A fines del siglo xx en la Tierra se acuño el término *soberanía alimentaria.* Fue creado en 1996 por una agrupación independiente llamada Vía Campesina que se opuso a la biotecnología, y criticó especialmente a las Naciones Unidas por su inacción en la reducción del hambre en el planeta. El hecho de que el término apareciera en el mismo año en que se inició la comercialización de las primeras plantas transgénicas no es una coincidencia. Nótese también que el término *soberanía* denota que todavía había una esperanza que los estados nacionales actuaran en favor de sus ciudadanos y no del mercado.

[34] En término de distancias terrestres, esto correspondería a un viaje de entre 1000 y 2000 km, lo que equivaldría a enviar alimentos desde la sede de nuestra universidad a las dos entradas principales del Valles Marineris. La pregunta 17 contiene una tabla que les permitirá calcular los exorbitantes costos de envío de una tonelada de centeno imperial a cada una de las ciudades estados ubicadas en los extremos del valle, y compararlos con los costos de producción local de la misma cantidad de alimentos. [Nota adicional del traductor: Los mapas mencionados anteriormente de la geografía de la Tierra antes de la subida del nivel del mar les permitirán explorar estas distancias. Deben tener en cuenta que el medio de transporte era principalmente marítimo. Véase también la entrada manchenterismo *en el* Diccionario General de Sistemas Económicos Obsoletos*].*

[35] Nota adicional del traductor: Es el origen de nuestra palabra *cájamicüm* (maleza) en chinspanglish.

[36] Esta región fue un país independiente hasta las guerras bolivarianas, y todavía hablaba español clásico.

[37] Técnicamente, no tenía relación genética con la maleza conocida como chamico *en la zona, mencionada anteriormente. La pregunta 18 requiere una comparación de las bases genéticas de las dos plantas, y un posterior análisis de un híbrido posterior. Los genomas correspondientes se encuentran en los materiales adicionales para esta clase.*

[38] Los historiadores solares estiman que el colapso de las fuentes de alimentación produjo diez veces más víctimas que todas las guerras en el planeta en esa década. Sin embargo, no debe atribuirse todo el colapso a las acciones bioterroristas, ya que éstas complementaron y aumentaron los efectos del cambio climático. En la clase 18 estudiaremos en más detalle el llamado efecto Sagan *en el calentamiento global, e intentaremos calcular cuáles de los múltiples factores afectaron más las culturas tradicionales en los distintos continentes. También exploraremos cómo se expandieron otras enfermedades transmisibles, como la gonorrea y la tuberculosis, que se volvieron resistentes a todos los antibióticos conocidos tanto por evolución natural como por manipulación genética deliberada.*

[39] Si bien la represión y el asesinato de científicos tiene una larga historia en la Tierra, justamente cuando los gobiernos nacionales empezaron a negar los efectos del cambio climático se produjo una represión sistemática de científicos y ecologistas, quienes progresivamente organizaron distintos tipos de resistencia. Este fenómeno puede encontrarse ya a principios del siglo xxi, sin embargo, la resistencia armada que representaron las Brigadas Ecológicas solamente toma un carácter masivo después de la creación de los ejércitos paramilitares por las transnacionales productoras de semillas transgénicas. Exploraremos este tema en detalle en la clase siguiente.

[40] Las dos últimas preguntas relacionadas con esta clase exploran dos de las políticas biotecnológicas más importantes de esta

coalición, para prepararnos para la clase siguiente. La pregunta 19 les permitirá explorar el caso de Atlantis-Gandhi y su homóloga Atlantis-Luther-King, y la pregunta 20 el de las ciudades Walden I a Walden VI, las ciudades marítimas ubicadas en el Atlántico Sur y el océano Pacífico.

Publicado bajo licencia CC BY-NC-ND

Libertad en Marte

Samuel A. Eugercios Delgado

Jonas despertó helado y con el cuerpo dolorido. Sabía que la criogénesis tenía esos efectos en el cuerpo humano, pero nunca los había sufrido hasta ahora. Jonas sintió cómo dos pares de manos fuertes lo sacaban de la cápsula criogénica con rudeza. Mientras parpadeaba, sus ojos lloraban por la cegadora luz blanca, que iluminaba la sala. Tras un esfuerzo sobrehumano, pudo al fin Jonas ver dónde se encontraba: era un pequeño cuarto de paredes blancas de metal, totalmente vacío de muebles. Al mirar hacia arriba vio dos enormes soldados de rostros duros que lo sujetaban y le inmovilizaban los brazos. Jonas soltó un leve suspiro; estaba tan débil que aunque quisiera, no podría escapar. Miró hacia delante: en la pared frente a él había un hombre, vestido con uniforme de gala almidonado, con su pelo blanco cortado a cepillo y de mirada dura, fumándose un cigarrillo mientras lo observaba con interés académico.

—Bienvenido a Marte, señor Jonas Balde —dijo el oficial mientras tiraba el cigarrillo al suelo y lo pisaba con su bota—. Yo soy el procurador Molgar.

—¿M... ar... te? —consiguió balbucear Jonas mientras asimilaba lo mala que era la situación—. ¿Qué... hago... en... Marte?

—Es verdad, no lo sabe —dijo Molgar poniéndose en cuclillas para poder mirar a la cara de Jonas—. Es usted un traidor y por eso ha sido traído aquí, señor Balde.

—Se me condenó... a trabajos de mantenimiento... en la Luna —respondió con la voz rota por el esfuerzo Jonas—... ¿Por qué se me ha traído aquí?

—De cara a la opinión pública se le condenó, como usted dice, a diez años de trabajos en la Luna —respondió Molgar con una gélida sonrisa—. Pero la triste verdad es que ha sido traído aquí para trabajar como un esclavo hasta el fin de sus días, señor Balde.

—Pero eso viola... los tratados de

derechos humanos —gritó Jonas, mientras la enormidad de la situación llenaba su mente—... ¿Por... qué yo?

—Es muy sencillo: puso en ridículo al gobierno de la República Solar, al denunciar las atrocidades de la guerra de Venus —contestó con tranquilidad Molgar mientras se ponía en pie y le daba la espalda a Jonas—. ¿Acaso creía que se iba a librar gracias a la opinión pública, señor Balde?

Antes de que Jonas pudiera responder, el procurador Molgar se giró y le dio una patada en la cara. El dolor helado que sentía Jonas, pasó a convertirse en un dolor ardiente mientras era golpeado brutalmente sin parar por el procurador Molgar.

Jonas se despertó aterrado y confuso. Otra vez los recuerdos se agolpaban en su cabeza. Siempre le venía el mismo sueño, una y otra vez recordaba el primer día, en que había llegado al infierno conocido como Marte. Pese a llevar ya cinco años, aún buscaba el modo de escapar de aquella maldita roca polvorienta. Se sentó con cuidado en su camastro y miró el oscuro barracón donde dormían los esclavos, recordando y pensando si mereció todo esto poner en entredicho a la República Solar. Sabía que hoy tendría que luchar cuando empezara el motín. Estaría preparado para meterle al bastardo del procurador Molgar una bala entre ceja y ceja.

—¿Está todo listo? —preguntó Jonas casi susurrando a los rostros que le miraban ocultos por la oscuridad del barracón.

—Sí lo está, Jonas —respondieron varios de los presos—. Esperamos tu orden para empezar el motín.

—Entonces empecemos ahora, mientras duermen los guardias —ordenó Jonas poniéndose en pie y estirándose—. Avisad al resto de barracones. Hoy Marte arderá.

Tic-tac, tic-tac...

Laura Barba Muñoz

«Tic-tac, tic-tac».

Aquel era, sin duda alguna, el sonido que el ente deseaba oír; sin embargo, la habitación en la que se encontraba seguía sumida en silencio. Un silencio pesado, angustioso, apremiante, una queda regañina que no hacía más que recordarle que no había cumplido su objetivo y que, cuanto más tardara en llevarlo a cabo, menor probabilidad de obtener resultados tendría.

Sus manos, de pulso firme, comenzaron a moverse, decididas. Aquel fue el único indicio de vida en la sala. El ente se hallaba sentado en una silla fría, de reflejos metálicos, y de igual apariencia al resto de la estancia. Ante él, se encontraba una mesa de las mismas características, y era sobre esta donde trabajaba. Absorto en su trabajo como estaba, apenas fue consciente de que sus manos colgaban en el aire y esperaban ejecutar su siguiente movimiento, como si de las extremidades de un muñeco en manos de un titiritero se tratara. Una muda orden hizo que sus dedos se movieran, pero no de la forma que cabría esperar: el mutismo se hizo añicos con un tintineo. Cuando la criatura ladeó el rostro y observó las consecuencias de su ademán, no pudo más que entrecerrar los ojos: su herramienta, aquella con la que trabajaba hasta el momento, se estremecía, temblorosa, sobre la gélida e inmutable mesa. Dispersas a su alrededor sobre la plana superficie de metal, podían distinguirse varias piezas, de igual composición que el material con el que trabajaba pero de menor y casi imperceptible tamaño. Las luces artificiales y pálidas que enfocaban el lugar de trabajo les arrancaron reflejos plateados.

«Tic-tac, tic-tac», se repitió el ente mentalmente. Pero aquel ansiado sonido eludía sus oídos.

La criatura no pudo más que esbozar un gañido incomprensible, exasperada. Con un solo y brusco gesto, se había levantado del asiento que ocupaba. El aspaviento fue tan

rápido que a la silla no le dio tiempo a reaccionar: retrocedió bruscamente, asustada ante la indignación de quien le amenazaba, hasta finalmente doblegarse bajo la inercia del golpe y trastabillar hasta chocar contra el suelo. El eco de su caída perduró unos instantes preciosos que Silencio no perdonaría: cuando este volvió a imponerse, el ente caminaba cual fiera enjaulada, encerrado en la hermética estancia. Una retahíla ininteligible y sin sentido brotaba de entre sus labios en murmullos atropellados. Sus manos, entrelazadas y atadas, inmovilizadas a su espalda con lo que le restaba de voluntad, se cerraron la una sobre la otra, pero las esposas carnales no perduraron. Los susurros cobraron fuerza y se transformaron en un grito desesperado, lo que fue toda la advertencia que sus artilugios recibieron antes de iniciar el vuelo y conocer el mismo destino que había sufrido su amiga la silla poco antes. El concierto de tañidos no tardó en apagarse ante el enmudecimiento de la voz del director, que finalizó el musical golpeando una de las paredes del lugar con el puño cerrado. La placa de metal del laboratorio se hundió ante la fuerza del puñetazo. Toda energía que pudiera haberle impulsado a llevar a cabo aquel gesto se esfumó inesperadamente. Se dejó caer al suelo, repentinamente cansado. Una mirada carmesí fue testigo de su abatimiento. Tristes y vacíos, fueron sus propios ojos los que le devolvieron una mirada ausente, quizá simplemente porque no tenían un hálito de vida que ofrecer. A falta de algo mejor que hacer, sus rubíes observaron el rostro que adornaban: delicados filamentos de plata cubrían su cuero cabelludo y su pálida tez estaba decorada con signos dorados dibujados bajo la piel y exteriorizados en esta. Sus rasgos andróginos se contrajeron en una mueca: un igual, sólo luchaba por un igual; un compañero, un alguien que se mantuviera a su lado pasara lo que pasase. No obstante, parecía que, de nuevo, sus intereses habían sido vencidos por fuerzas mayores. Y estas… Estas eran…

Un maldito reloj.

Sus ojos se desviaron, aún a través de la placa metálica, hasta una sombra a su espalda: otra mesa. Sin embargo, ni esta estaba desocupada ni sus experimentos habían sido esparcidos por el suelo. De hecho, sobre esta se hallaba, perfectamente ordenado, el resto de material con el que había estado trabajando: su mayor meta, el todo en que había unido sus respectivas partes… con una excepción.

—Tic-tac, tic-tac…

El ente se alzó. Poco dispuesto a menguar a pesar del peso de sus elecciones sobre los hombros, reunió fuerzas suficientes para acercarse a la mesa contigua a la que anteriormente trabajaba y apoyar sus delicados dedos de uñas largas y afiladas sobre su superficie. Un chirrido, y la mesa fue arañada de forma inconsciente hasta que las yemas de sus dedos se posaron sobre piel y comenzaron a acariciar, de forma más delicada, su creación. Una garra fina y de acabado afilado, un brazo delgado pero fibroso y musculado, y unos rasgos suavemente definidos, débilmente marcados, e igual de andróginos que los de su dueño. Lo único contrario a él eran su sexo y su cabello, ya que el de esta última criatura era dorado y aleonado. Sus ojos carmesíes eran rasgados, y un par de agudos colmillos sobresalían de entre sus labios. ¿Su cuerpo? Su cuerpo descansaba, inerte y abierto en canal, sobre la camilla de hierro que en otras ocasiones había hecho de mesa. Su blanca piel, abierta desde el pecho, era más gruesa de lo habitual. El interior de la figura aleonada estaba prácticamente vacío a excepción de una red de filamentos plateados, que entretejían las entrañas de la criatura hasta el dibujo que trazaban en su pecho y, de cerrarlo, traspasaría su piel y se proyectaría sobre esta: un *anj*, una llave de la vida. Llave que su creador aún no había encajado.

—Tic-tac, tic-tac, tic-tac… —farfullaba él, sin descanso.

Cuanto más tardara en dar con ella, más se deterioraría el proyecto y menos posibilidades de éxito tendría, se recordó. Con energías renovadas, se agachó con gracilidad y gateó hasta dar con su instrumental de trabajo: bastidor, engranajes… Reunió lo dicho y se levantó para depositarlo al lado del cuerpo inerte de la mujer leonina. Dónde estaba su fuente de energía, dónde… La grandiosa mente del impaciente sabio maquinaba a toda velocidad. Sus dedos se movieron con rapidez sobre el proyecto de

reloj que acaparaba sus pensamientos y lo voltearon una y otra vez, tratando de subsanar fallos y encontrar solución a su problema. Dónde estaba su fuente de energía, dónde… Colocó su bomba de relojería aún sin mecha que prender en el sitio correspondiente, lo que se traducía en el pecho vacío de la hembra, y luego observó las venas plateadas y artificiales de su cuerpo con ansiedad. Sus dientes mordieron sus labios y sus manos, desocupadas y nerviosas, acariciaron su cabello dorado. Dónde estaba su fuente de energía, dónde… Sus manos se desprendieron del cabello de oro de la hembra. Del cabello… De oro… El ente masculino de rasgos andróginos se paralizó.

Oro. Material superconductor. Algo que podría persistir indefinidamente sin fuente de alimentación.

Los dedos de él volaron al cabello de ella para apropiarse con uno de los filamentos dorados que adornaban su cabeza. Con movimientos ágiles, lo dio forma y lo colocó en el pecho de su experimento, terminando de enlazarlo a su red interna de plata. Un chispazo, calor. Mientras este se extendía por su telaraña venosa, el sabio cerró el cuerpo de su proyecto con celeridad. Una vez hubo acabado de solapar su piel, se alejó levemente y observó los resultados de su creación, conteniendo la respiración.

—Tic-tac —imploró.

Pero nada sucedió. Hundido en la miseria, el ente se dejó caer al suelo, apesadumbrado.

—Tic… —murmuró él, por última vez, dejando morir su voz definitivamente.

—Tac —zanjó un áspero ronroneo.

Prosa inmortal

Héctor Cortiguera

En el número 7 de Sci-fdi, correspondiente a enero de 2013, hablamos sobre "Memento Mori", un experimento que acababa de ver la luz en el panorama editorial español. En aquella ocasión entrevistamos a Alberto Haj-Saleh, editor, y Francisco Serrano, autor de "Perros del desierto" (http://biblioteca.ucm.es/revcul/sci-fdi/83/art1308.php) para charlar sobre las novelas de a duro, el pulp y la situación de la ciencia ficción española.

Un año después, tenemos la ocasión de poder disfrutar de "Prosa inmortal", un nuevo proyecto en el que están embarcados los responsables de "Memento Mori", junto a John Tones (autor de "Nigromancia en el reformatorio femenino", también en "Memento Mori") y otros nombres conocidos del ciberespacio español. Cada número recopila una serie de relatos breves en torno a un tema común, en este caso, un viejo conocido de la ciencia ficción: "Los horrores de la ciencia".

En este primer número está compuesto por los siguientes relatos: "Googlido", de Cory Doctorow, "El jardín que apenas recuerdas", de Noel Ceballos, "El superhombre", de Alberto Haj-Saleh, "El átomo al servicio de los brujos", de Santi Pagés, "Fuego Amigo ON", de Javi Sánchez, "El hotel infinito", de Francisco Serrano, "Algún tipo de utilidad", de John Tones, "Ex Deo Maquina", de Guillermo Zapata y un ensayo de Álvaro Arbonés: "Entre los límites de la ciencia y la humanidad".

En esta colección aparecen temas ya clásicos de la ciencia ficción, como el lavado de mentes, pero tratados desde un punto de vista contemporáneo, incorporando nuevos problemas que están apareciendo en esa zona difusa de la tecnología donde la ciencia ficción se convierte en realidad. En el primer relato Cory Doctorow nos habla de una distopía no muy lejana, en la que los temores de aquellos celosos de la privacidad en Internet se han hecho realidad y, en su relato, Alberto Haj-Saleh nos muestra su visión sobre el transhumanismo.

Por otro lado, también hay relatos que toman perspectivas menos habituales, como el escrito por Santi Pagés, autor de uno de mis blogs de ciencia ficción favoritos, "Ucrónicas" (http://ucronicas.tumblr.com/), donde recopila pequeños fragmentos recuperados de partes de la historia que nunca ocurrieron. En "El átomo al servicio de los brujos" podemos echar un vistazo a algunos de estos mundos alternativos y comprobar lo distintos (o parecidos) que resultan respecto al nuestro y podemos saltar a lo largo del tiempo siguiendo una historia mística de la ciencia. O Guillermo Zapata, que en "Ex Deo Maquina" explora un ambiente prácticamente desconocido para el género: los años ochenta españoles, con una democracia joven que tiene que aprender a tratar con el legado del franquismo, pero no sólo en sus aspectos políticos.

La aparición de iniciativas de este tipo siempre supone un motivo de alegría. "Prosa inmortal" es una lectura obligada para el aficionado al género y un soplo de aire fresco en la ciencia ficción española, al apostar por el relato corto, formato en el que vio la luz el género pero que no goza de buena salud, menos aún en nuestro país. Además, merece la pena comentar el cuidado puesto en la edición en papel de este número, con una presentación sobria y minimalista; ante el auge del libro electrónico "Prosa inmortal" añade a la experiencia de lectura un bonito soporte físico.

Este primer número de "Prosa inmortal" puede encontrarse en su página web (http://www.prosainmortal.es).

En ti

Javier Rodríguez Laguna

Recuerdo la primera vez que atravesé la arcada Mendeleyev. Mis pasos resonaban en aquel desmesurado espacio vacío, entre gigantescas columnas, levemente iluminado por las estrellas coloreadas que tachonaban la colosal bóveda. Las paredes de mármol y cristal, limpias y de líneas suaves, eran de una sobrecogedora belleza, elegante y transparente. Pensé que Asgard, la morada de los dioses nórdicos, no debía ser muy diferente. Por primera vez sentí verdadero frío en el alma, un frío que me embriagaba y me sostenía en la admiración por aquella ciudad y aquel pueblo.

Al final de la arcada, las cinco torres se levantaban majestuosas contra un cielo plomizo, todas coronadas por una gigantesca bandera revolucionaria. Allí vi a Lyena por primera vez. En una ciudad llena de mujeres hermosas, Lyena me cortó la respiración. Mi mirada podía recorrer una y otra vez el trayecto entre sus ojos y sus labios, sin cansancio. Para alcanzar el despacho que compartiríamos, era preciso ascender por una escalera móvil que dibujaba una grácil curva sobre el espacio vacío, generando una maravillosa sensación de vértigo. Al llegar a nuestra planta de la Torre Kolmogorov, atravesamos una balaustrada de mármol con columnas que asemejaban formas vegetales. Nada estaba vivo, en realidad, salvo Lyena, y al mismo tiempo todo lo estaba.

Un año de trabajo, un año de profundo enamoramiento. Con la hermosísima ciudad, con la Segunda Revolución, con los ideales científicos, con la liberación de la Humanidad mediante el conocimiento. Un año ocupando, durante doce horas diarias, mi mesa frente a la mesa de Lyena. Un año dejando que mi mirada vagara por el breve trayecto entre sus ojos y sus labios, una y otra vez, cada vez que necesitaba inspiración. Siempre la encontré. El aroma de su pelo me llegaba a sutiles ráfagas, y yo lo aspiraba como si fuera mi alimento, del que nunca me saciaba.

Todo era maravilloso en mi compañera. Era brillante más allá de toda medida. Me perdía con gusto en su calidez, sus bromas, su entusiasmo y su dulzura. Al terminar el día, íbamos a nuestros apartamentos a reposar, frente a frente en la parte inferior de la Torre. Nos despedíamos cada noche con un extraño apretón de manos sazonado con una cálida y franca sonrisa y un "dulces sueños". Ella me introdujo a la ciudad y a sus amigos, y sentí el respeto y el cariño que deparaban a los científicos extranjeros que habíamos acudido a ayudar a la Revolución, en el que constituía el mayor esfuerzo de creación de conocimiento que la Humanidad había jamás emprendido.

Lyena era mi colaboradora más cercana, y juntos nos adentramos por territorios inexplorados. Leímos, dedujimos, calculamos y experimentamos. Y llegamos a sentir una indescriptible excitación por las implicaciones tan maravillosas que tenían nuestros descubrimientos. Mi vida sobrevolaba a tres vértigos. El vacío sobre el hermosísimo y helado paisaje de mármol y cristal, el vacío sobre el abismo de conocimiento al que nos asomábamos, y el vacío que me separaba de los labios de Lyena.

Los labios de Lyena. La confianza de un año de trabajo me había acercado a sus manos, que ahora rozaba a la menor excusa, sin que variara en un ápice su sonrisa y su simpatía. Su piel y su carne me estremecían, pero su belleza seguía siendo como la balaustrada, como la suave curva de la escalera sobre el vacío, como la Torre Kolmogorov, como la arcada Mendeleyev, de un frío y hermoso mármol, de frío cristal, de una fría belleza, de un frío vértigo, que me embriagaban y me hacían feliz. Sé lo que podéis estar pensando, vosotros que como yo habéis nacido en el Sur, pero yo era feliz.

La Segunda Revolución avanzaba contra los elementos, contra la fuerza de las armas, contra la voluntad de los poderosos y el prejuicio de los desposeídos. Tras diez mil aciertos, flaqueó en su fortaleza y cometió errores. El peor de ellos fue considerar que los lazos de la sangre están por encima de los lazos de la esperanza compartida. Recibí mi carta de expulsión del país.

Lyena, con toda su frialdad, no pudo evitar un estremecimiento de dolor cuando supo que me iría. Ese día rompimos por primera vez la rutina de nuestra tarea. Caminamos por la ribera del río, bajamos la Perspectiva, atravesamos la Krasnaya Plaschad, el Arbat y salimos de la zona de mármol y cristal. Entramos en la taberna más infecta que pudimos encontrar, donde nos emborrachamos irremediablemente. Los dedos de Lyena se entrecruzaron con los míos. El frío se disipaba.

Mis labios saltaron al abismo y se hundieron en Lyena. El aroma de su pelo al fin pudo llenar mis pulmones. Apreté mi mejilla contra la suya, su piel era tan suave como siempre había soñado que sería. Mis manos no rozaban las suyas, sino que al fin nuestros dedos se entrecruzaban, se buscaban y se acariciaban de mil maneras. Yo le susurré al oído: "quiero entrar en ti, no deseo ninguna otra cosa en el mundo, tan sólo entrar en ti". Ella me respondió: "sí, entra, entra y quédate". Yo asentí, ebrio de placer y de vodka. El frío ya no estaba.

Recorrimos el camino de vuelta abrazados, el viento era helador, pero no nos afectaba, recorrimos el Arbat, la Krasnaya Ploschad, la Perspectiva, la ribera del río, la arcada Mendeleyev, la escalera móvil entre las torres, la balaustrada de la Torre Kolmogorov, bajamos a su apartamento, y ni tan siquiera encendimos la luz. Buceé entre sus ropas, disfruté de sus paisajes, cálidos y llenos de aromas maravillosos, sentí la infinita ternura de su piel, lo acogedor de sus pechos y de su vientre. El frío se había convertido en fuego, en cien soles abrasadores en mi pecho y en mi vientre que deseaban reventar y descansar en el interior de Lyena. Busqué a tientas cómo entrar en ella, encontré su entrada, disimulada y escondida, que ella abrió para mí, mientras repetía mi nombre entre susurros, agregando "ven, ven, entra, ven conmigo y quédate".

Dormimos, al fin, unidos.

A la mañana siguiente desperté y pude al fin ver la habitación de Lyena, que tantas veces había imaginado. Era una visión maravillosamente cálida. Me encantó ver su ropa tirada, un caos femenino que no me esperaba. Pero mejor aún fue, al moverme, sentir el tacto de sus sábanas, sentir su cuerpo desnudo desperezarse y cobrar vida. Todo era

nuevo, cada movimiento era un nuevo descubrimiento que me hacía feliz. Las sensaciones sobre mi nueva piel eran dulces y acariciadoras. Levanté la sábana y miré largamente el cuerpo de Lyena, tan hermoso como lo había imaginado. Acaricié sus pechos, pero Lyena opinó que no era momento de jugar. Nos levantamos y entramos en la ducha. Me encantó enjabonar su precioso cuerpo, y ella se dejaba hacer y se reía con mi torpeza. Sequé con parsimonia cada trozo de su piel, y Lyena aceptó mi proceder con paciencia y cariño. Luego nos paramos frente al armario, ella eligió la ropa interior. Sacó unas medias y se las puso, lo que me produjo una extraña sensación sobre las piernas. Luego una falda y al fin una camisa muy suave, quizás de seda, cuyo refrescante tacto sobre los pechos me encantó. Agité mi pelo, Lyena indicó que esperara, que iba a recogerlo. Y salimos a trabajar.

Sí, definitivamente, estar dentro de Lyena es maravilloso. Aquí seré feliz.

Rastrillo de lecturas #3

David A. Sigüenza Tortosa

Ángel Torres Quesada, uno de los decanos (en el buen sentido) del mundillo de la Ciencia Ficción española, tiene ya 73 años, nada despreciables, y sigue publicando.

Me imagino a este señor, con su escaso pelo canoso, sus gafas y su gesto incómodo (a juzgar por las imágenes que aparecen en Google), levantándose un domingo por la mañana del año 2011, desayunando después de vestirse, en su cocina pequeñita, por cuya ventana entra la luz matutina, cruda y silenciosa. Se pone la bufanda dispuesto a salir a la calle y se acuerda de su madre, siempre tan insistente en que fuera a misa los "días de guardar"... Lo que antaño fuese un acto de rebeldía filial, hoy es un paseo melancólico por un barrio tranquilo de Cádiz.

Recuerda sus años de A. Thorkent, escritor prolífico por obligación, tratando de crear su propio universo literario. Medio centenar de bolsilibros que forman "El Orden Estelar", aparte de otros tantos sueltos... ¡Si la gente supiera lo que cuesta escribir ciento y pico novelillas a un ritmo tan exigente!

El señor Ángel Thorkent/Torres se sienta en un banco bajo un árbol alto y bien formado. Levantando la cabeza observa cómo la luz se filtra entre el follaje y puede ver, como si fuera un fractal místico, la estructura de ramas finas y gruesas. Por sincronicidad junguiana cree comprender de pronto que lo que está viendo es la materialización de su propia carrera como escritor: las ramas/obras lejanas son las más numerosas y las más finas/superficiales; cuanto más se acercan al centro, menos de ellas hay, pero más gruesas. Y allí frente a él, al alcance de sus dedos, está el tronco... Permanece mirándolo un poco más: su textura rugosa, su color gris, las marcas en su corteza, sus gruesas raíces... Todo parece tener un significado inexpresado, relacionado con su trabajo literario.

«Tal vez deba terminar de revisar de una vez la novela de "El aliento de la oscuridad" y enviarla a publicar. Podría ser el tronco de mi obra...»

Desde que hace diez años se publicó el capítulo "Los desafiantes" como anticipo, todos los aficionados al género esperan el libro completo. A su edad y con su reputación, nuestro autor puede tomarse el tiempo que quiera. Le queda ya poco por demostrar en su campo. Su única gran espinita, la que lleva clavada en la axila derecha y le pincha cada vez que agarra el bolígrafo, es la de no ser reconocido como un escritor "serio". El maestro de la literatura de acción, del lenguaje directo y cercano, de los personajes sin complicaciones estrafalarias, ¿sería capaz de mostrar al mundo sus inquietudes, sus reflexiones, sus verdades?

«¡Cómo me gustó aquél libro de "Antología de la Ciencia Ficción española 1982-2002"! De los doce relatos que antologiza, todos son de la década de los noventa, menos el primero (y el último, según clasifiquemos el año 2000). Un título distorsionante, pero da igual. Se ve claramente cómo los autores más modernos tienen más amplitud de miras e intenciones más reflexivas que los de mi generación cuando escribíamos aquellas novelas de a duro. Quitando un par

de relatos prescindibles, el resto es muy bueno. Y lo mejor es el prólogo del compilador, Julián Díez, que hace una síntesis muy interesante de la historia de la Ciencia Ficción española.»

Ángel Torres ha escrito muchos relatos cortos, publicados en antologías o revistas o donde ha tenido a bien. Son las ramitas de la parte de fuera del árbol.

«Pero yo soy más de novela. Los hábitos adquiridos de joven son difíciles de romper. Si pudiera encontrar un tema tan inteligente como el de "The Forever War" de Haldeman... ¿Cómo se le ocurrió el escribir sobre los efectos de las enormes distancias espaciales en el desarrollo de una guerra entre planetas? El retraso entre un ataque y su correspondiente respuesta... Lo absurdo que resulta todo ello... Y los claros paralelos con nuestras guerras y nuestros veteranos... Eso hace que la historia sea significativa. Y "seria", claro. Resulta una obra cumbre del género, sin duda.»

Porque eso es lo que A. Thorkent desea ahora más que nada: ser tomado en serio. Él mismo se da cuenta de lo transnochadas que resultan sus primeras docenas de novelas. No sólo por el estilo, que sería perdonable, sino por los detalles, los intereses, las motivaciones de sus personajes.

«Lástima que no pueda ir por el camino de la ciencia pura y dura. Me faltan conocimientos para realizar algo creíble. No sería capaz de escribir algo ni siquiera como el libro aquel de Brin... Ah, "Heart of the Comet", eso era. Un poco aburrido, aunque no paraban de suceder cosas; un pecado desde mi punto de vista. Una colonia humana en el cometa Halley, que acaba como el rosario de la aurora, pero además con mutaciones, clones, inteligencias muy artificiales y bichejos que se cuelan por todas partes... Eso sí, todo bastante verosímil y detallado.»

Tiene edad para estar jubilado. Tiene prestigio. Nadie le puede decir lo que tiene que hacer, como le sucedía al principio. Además hoy en día existe el recurso de la autoedición, que él ya ha probado anteriormente. Se siente libre, pero a la vez vacío. Aún posee la energía intacta, los recursos afilados, el oficio rezumando por la punta de sus dedos, pero le falta una idea, la idea, para lograr algo grande.

«¿Cómo destilar todo lo que he vivido y aprendido para poder legarlo a la posteridad? ¿No hay ningún mensaje que quiera lanzar, en su botella literaria, a las mareas de la Historia?»

Ya hace más calor. El Sol está más alto. Al señor Torres no le gusta perder mucho tiempo parado, así que se levanta del banco y se pone a caminar. Deja atrás el árbol que le ha inspirado estas reflexiones. Se ha puesto un poco de mal humor, porque se siente frustrado. Quiere quitarse de la cabeza durante un tiempo la idea de escribir.

«Que les den. Voy a sacar del cajón este bodrio que escribí cuando le daba vueltas a "Los vientos del olvido". Lo titularé "Estigia", porque sí. Seguro que les gusta. Soy A. Thorkent.»

***

Creo que no hace falta que explique que no conozco personalmente a este señor ni tengo la más remota idea de qué es lo que le pasa por la cabeza ni de si sale a pasear los domingos ni nada de nada. Lo redigo por si acaso alguien duda de que todo sea una invención. Ah, y tampoco creo que la metáfora del árbol se pueda aplicar a la obra de Ángel Torres Quesada.

Libros mencionados

"Antología de la Ciencia Ficción española 1982-2002", Minotauro, 2003.

David Brin y Gregory Benford, "Heart of the Comet", Bantam Spectra, 1987. Edición española: "El corazón del cometa", Acervo, 1988.

Joe Haldeman, "The Forever War", SF Masterworks, 1999 (edición original de 1974). Múltiples ediciones españolas. La última que he encontrado es: "La guerra interminable", Bolsillo Z-B de bolsillo, 2013.

Ángel Torres Quesada, "Estigia", Atanor, 2011.